NOS VEMOS EN TUS SUEÑOS

Olga López

Imagen de la portada: Atardecer en Tarifa, fotografía de Paco Ruiz

ISBN: 978-84-9916-340-6
DL: PM. 2741-2009
Impreso en España / Printed in Spain
Impreso por Bubok Publishing

A Cati y Rafael, que están ahora donde Ángel estuvo en sueños.

ÍNDICE

1

Las siete y media de la mañana. A esa hora sonó el despertador con su irritante pitido habitual.

Ángel abrió los ojos y lo primero que pensó fue: “Otra vez ese maldito sueño”.

Se levantó mecánicamente y se dirigió hacia el cuarto de baño para asearse, como hacía todos los días laborables a esa hora. Cuando estaba recién levantado apenas pensaba en nada; le costaba cierto tiempo poner en funcionamiento su mente tras las horas de sueño. Pero ahora sentía cierto desasosiego que no sabía explicar.

Llevaba siete noches soñando el mismo sueño. Mejor dicho, soñando que estaba en el mismo lugar.

No es que fuera una pesadilla. Antes al contrario, el lugar al que iba a parar irremediablemente durante esas últimas siete noches era casi idílico. Pero le inquietaba que fuera siempre el mismo y que nunca pasara nada, exceptuando el hecho de que ya había estado allí antes.

Mientras se lavaba los dientes, Ángel repasó mentalmente los detalles de su sueño. Se encontraba en una especie de jardín con el suelo tapizado de hierba verde, algunas flores de vivos colores aquí y allá, un banco de piedra y, a la derecha del banco, un pequeño estanque

alimentado incesantemente por un pequeño salto de agua apenas tan alto como Ángel.

El agua...Ángel dejó de cepillarse por un momento y recordó un curioso detalle: el sonido del agua llevaba música. Una música muy débil pero que se distinguía perfectamente del sonido normal del agua al caer en un estanque.

Había otra cosa que le llamó mucho la atención cuando "estuvo" allí, y era la luz. No parecía provenir de ningún foco sino de todas partes. Era una luz blanca y difuminada que le daba al lugar un toque onírico e irreal.

¿Y qué es lo que hacía él en sus sueños recurrentes? La primera vez se limitó a mirar a su alrededor sin moverse del sitio, pero una vez llegó a ser consciente en pleno sueño de que ya había estado allí otras veces empezó a mostrar curiosidad y a recorrer el jardín examinando todos los detalles. Jamás se había encontrado con nadie ni había escuchado voces ni nada parecido, salvo esa musiquita que parecía provenir del agua. Siempre estaba solo e intrigado.

¿Qué podía pensar de ese sueño que se repetía una y otra vez? Ángel no podía dar una explicación razonable. Jamás había recordado un sueño con tanta nitidez, ni recordaba ningún sueño que se hubiera repetido otras veces.

¿Sería por culpa del estrés? Esos últimos meses estaba trabajando muchas horas y apenas tenía tiempo libre para descansar. En cualquier caso, se dijo a sí mismo mientras se vestía, si fuera por culpa del trabajo tendría otros síntomas menos placenteros que ese sueño, y

de momento no se sentía mal ni física ni mentalmente. Ángel sacudió la cabeza negativamente. No, aquello no podía ser consecuencia del estrés. Lo mejor era no darle demasiada importancia. Al fin y al cabo, ¿no dijo alguien que "los sueños, sueños son"? Obsesionarse con aquello era una pérdida de tiempo. Y él tenía otras cosas más importantes en las que pensar.

Como todos los días, se preparó un café instantáneo y se lo bebió sin siquiera sentarse. Recogió sus cosas del comedor (la cartera, el portátil y la chaqueta) y salió de su casa. Comenzaba una larga jornada laboral.

Ángel era de Burgos, pero llevaba dos años viviendo en Madrid. Llegó a la capital tras aceptar una oferta de trabajo que entonces se le antojó muy ventajosa. Pero necesitó poco tiempo para comprobar que el buen sueldo se lo estaban cobrando con creces en forma de número de horas dedicadas al trabajo.

Gracias a la recomendación de un amigo, también de Burgos pero que llevaba en Madrid más tiempo que él, consiguió alquilar un piso pequeño pero bien arreglado en el barrio de Chueca. El alquiler no era barato, pero ganaba un buen sueldo y prefería vivir en el centro de la ciudad que buscar otro piso más barato pero también más alejado de todos los servicios, incluido su trabajo. Además el barrio tenía cierto encanto castizo que compensaba incluso los comentarios jocosos y las burlas que le hacían

los compañeros acerca de los vecinos, y que aludían a la nada desdeñable presencia de homosexuales. Que, por otra parte, jamás le habían incomodado. A fin de cuentas, se decía Ángel, cada uno vive su vida como quiere.

No le costó mucho hacerse nuevos amigos en la capital. Al fin y al cabo, ¿no dicen que en Madrid nadie es forastero porque todos lo son? Muchos de esos amigos, como Ángel, habían ido a parar a la gran urbe por motivos de trabajo. Ángel sentía que, si quería seguir adelante con sus aspiraciones, Burgos se le iba a quedar pequeño muy pronto, así que vio en la oferta que le hicieron en Madrid la ocasión para trasladarse allí donde las posibilidades de promocionar serían más y mejores. Después de todo, en las ciudades pequeñas y según los círculos que se frecuenten, sigue siendo importante quién eres y quién es tu familia. Y Ángel no era de una familia pudiente. Además, le encantaba el anonimato del que disfrutaba en Madrid, donde nadie conoce a nadie.

Una de las ventajas de vivir donde vivía es que estaba a tiro de metro de su trabajo. El tráfico en Madrid era sencillamente infernal y tener que ir en coche hasta su lugar de trabajo le hubiera puesto literalmente de los nervios. Por no hablar de la pesadilla de buscar aparcamiento en una zona atestada de oficinas. De esta forma podía incluso aprovechar el trayecto en metro para repasar informes, ponerse al día con el correo y alguna otra cosa relacionada con el trabajo. Algunas veces estaba tan absorto con

lo que hacía que no se daba cuenta de que tenía que bajarse en su parada, y se veía obligado a recoger sus cosas a toda prisa antes de que las puertas del vagón se cerraran ante sus narices.

Mientras iba en metro hacia la oficina, repasando unos informes, Ángel recordó que Miguel, un compañero de trabajo que había venido de Barcelona hacía un año y con el que había llegado a tener cierta amistad, le advirtió medio en broma que si seguía así iba camino de convertirse en un monje al servicio de la empresa. No se veían muy a menudo porque trabajaban en departamentos distintos, pero cuando coincidían en la cafetería a la que iban a desayunar siempre lograban mantener conversaciones fluidas sobre otros temas que no fueran el fútbol o el tiempo. Miguel era ingeniero de telecomunicaciones y seguía bastante de cerca las novedades tecnológicas y científicas. Y no sólo eso: le encantaba explicárselas a los demás. Ángel solía decirle tras alguna de esas explicaciones, también medio en broma:

-Quizá yo sea un monje al servicio del trabajo, pero tú eres un friki.

A lo que Miguel contestaba, riendo:

-Sí que lo soy. Y a mucha honra.

Ángel llegó al trabajo a las nueve, como de costumbre. Estaba muy contento porque hacía un par de semanas, y tras una reunión con su jefe en la que le expresó lo contentos que estaban con su trabajo, le habían asignado un pe-

queño despacho con ventanas al exterior. Le gustaba no tener que compartir una sala grande con otras personas porque así podía concentrarse mejor. Aparte de que las palabras del jefe podían indicar que el tan esperado ascenso podía estar a la vuelta de la esquina.

Todavía no había tenido tiempo de darle un toque personal al despacho. Lo único que había colocado junto a la pantalla del ordenador era una foto de sus padres, que le miraban sonrientes.

Llevaba una media hora trabajando cuando alguien dio dos toques enérgicos en la puerta y la abrió. Era Miguel.

-Muy buenos días –saludó jovialmente- ¿Qué tal?

-Aquí liado, como siempre –respondió Ángel.

-Como siempre –repitió Miguel con una media sonrisa. Y enseguida añadió - ¿Te va bien que quedemos para desayunar?

-¿Y eso? –se extrañó Ángel. Era la primera vez que Miguel venía a su despacho para quedar con él a desayunar. Normalmente se encontraban en la cafetería y de pura casualidad. La mayor parte de las veces iban a horas diferentes.

-Tengo algo que contarte. ¿De aquí a media hora te va bien?

-¿A las diez? Sí, me va bien. Aunque no me podré entretener mucho, a las diez y media tengo una reunión.

-No te preocupes, no te entretendré más de la cuenta –le dijo Miguel en un tono que Ángel ad-

virtió como ligeramente burlón. Y luego añadió – Nos vemos en la cafetería entonces. A las diez.

Ángel llegó a la cafetería a las diez y cinco. Miguel ya estaba allí, sentando ante una de las mesas.

-Hola –saludó Miguel. En ese momento se acercó el camarero para tomarles nota – Mira qué bien, has llegado justo a tiempo. ¿Qué vas a tomar?

-Medio bocadillo de jamón y una cerveza sin alcohol –respondió Ángel.

-A mí me traes un bocadillo de tortilla francesa y una cerveza con todo su alcohol –pidió Miguel. Cuando el camarero se alejó, añadió – Hoy traigo hambre.

-Tú siempre traes hambre –dijo Ángel en tono jocoso.

-Tienes razón –reconoció Miguel- ¡Además, me encantan los bocatas de tortilla! Me recuerdan a cuando era pequeño y mi abuela me los preparaba para merendar, después de que yo le rogara mucho. Siempre me decía que no había que comer huevo tan a menudo, ¡pero es que me gustaba tanto…!

Al cabo de cinco minutos regresó el camarero con los bocadillos y las bebidas.

-Lástima que aquí no le pongan tomate al pan –se quejó Miguel- ¿Cuándo aprenderéis los de la meseta que el pan con tomate es un manjar de dioses?

-A mí no me mires, que el pan con tomate me gusta –replicó Ángel.

-Sí, pero tampoco lo reclamas si no te lo ponen –contestó Miguel – Mira el bocadillo que te han traído: el pan sólo tiene aceite por dentro. ¡Eso está más seco que la mojama!

-A todo se acostumbra uno –dijo Ángel, encogiéndose de hombros y atacando su medio bocadillo de jamón. Cuando acabó de tragar el primer bocado, dijo – Por cierto, ¿tú no tenías algo que contarme?

Miguel suspiró hondo antes de responder.

-Sí, tengo algo que contarte –y añadió, sin más preámbulos y mirándole fijamente- Me voy de la empresa.

Ángel se quedó sorprendido con el bocadillo en la mano.

-¿Que te vas? ¿En serio?

-Sí. Estoy harto de trabajar como un burro. Me he buscado la vida y he encontrado otro trabajo. Me apetece un cambio de aires.

-Pero… ¿es que no te pagan bien?

-Teóricamente sí…pero estoy tantas horas en el trabajo que al final el sueldo por hora viene a ser el de una señora de la limpieza –bromeó Miguel.

-Eso te va a pasar en todas las empresas a las que vayas –comentó Ángel, pesimista.

-Quizá en España sí…pero voy a irme del país.

-¿Te vas fuera? ¿A dónde?

-A Helsinki.

Ángel se quedó de piedra al oír el nombre de la ciudad.

-¿A Finlandia? ¿Y qué se te ha perdido tan lejos?

Miguel se encogió de hombros.

-Me apetece ir a otro país, conocer otras gentes, otros lugares, otra forma de trabajar, vivir aquella cultura...

-Pero aquello en invierno es muy frío y deprimente. Al menos eso me han dicho –replicó Ángel. No sabía por qué, le dolía la perspectiva de no volver a ver a Miguel. Sentía que era lo más parecido que tenía a un amigo de verdad en Madrid, aunque nunca hubieran tenido un trato muy frecuente.

-Bueno, no todo van a ser ventajas –dijo Miguel con una sonrisa- Seguro que voy a echar de menos muchas cosas de aquí, pero al menos tendré la seguridad de que a partir de las cinco de la tarde mi tiempo va a ser mío y sólo mío. Y confío también en que los compañeros de trabajo no serán unos buitres como los que me veo obligado a padecer aquí. Desde el primer día que entré, tuve la impresión de que todo lo que dijera podía ser utilizado en mi contra.

-Como cuando la policía detiene a los malos y les recitan sus derechos –observó Ángel irónicamente.

-Exactamente igual. Por eso casi siempre ejerzo mi derecho a permanecer en silencio –respondió Miguel con una amplia sonrisa.

Ángel suspiró. No dejaba de darle vueltas a la idea de que estaba a punto de perder el contac-

to con alguien que hubiera llegado a ser un amigo de verdad. Y ese pensamiento le provocaba cierta sensación de abandono.

-De todas formas, tener que irse tan lejos para eso…no sé si compensa –dijo finalmente, como intentando persuadirle de que se quedara, aunque sin mucha convicción.

Miguel se tomó unos segundos para responder.

-De momento sí me compensa. Además, no siempre es invierno…llegará el verano y sus noches blancas. Me hace ilusión que sean las doce de la noche y todavía haya luz del día. Y también podré ir al Cabo Norte a visitar a Papá Noel –añadió, riendo.

Ángel también rió.

-Desde luego, eres como un niño, pero sin el "como" –dijo.

Miguel rió de buena gana.

-Eso mismo dice mi madre… Que, por cierto, ha venido a verme. Ahora mismo debe estar visitando el Museo del Prado o alguna otra cosa de por aquí. Hemos quedado para comer juntos.

-¿Tu madre? ¿Desde Barcelona?

-Así es.

-¿Y ya sabe que has decidido marcharte a Finlandia?

-Sí, la llamé por teléfono para decírselo.

-¿Y qué te ha dicho?

-Que sea buen nene y me porte bien –bromeó Miguel -¿Qué me va a decir? Pues que, si eso es lo que he decidido…adelante con ello.

-¿En serio? Buf, mis padres no sé qué dirían. A mi madre seguro que le daba un disgusto de los gordos. Ya lleva mal que esté en Madrid…y eso que Burgos está relativamente cerca si lo comparamos con Helsinki.

-Bueno, hoy día los aviones hacen que las distancias no parezcan tan largas… Además, siempre se pueden pillar vuelos baratos.

-Sí, eso es cierto –reconoció Ángel.

Se quedaron callados durante un largo minuto, que Ángel aprovechó para terminar lo que le quedaba de bocadillo. Llamaron al camarero y pidieron los cafés.

-¿Vas a Burgos a menudo? –le preguntó Miguel.

Ángel resopló antes de responder.

-El año pasado fui tres veces…contando navidades –reconoció con cierto remordimiento de conciencia mal disimulado.

-¡No me extraña que tu madre lleve mal que estés en Madrid! ¡Si no vas a verla! –le recriminó Miguel amistosamente.

-Sí, supongo que en gran parte es culpa mía –admitió Ángel, incómodo- Pero, después de trabajar hasta las tantas de lunes a viernes, lo que más me apetece los fines de semana es quedarme en casa a hacer el vago y salir por la noche.

Miguel se lo quedó mirando con una media sonrisa y se encogió de hombros.

-No sé si vale como excusa…pero tú sabrás –dijo finalmente.

Ángel se tomó lo que quedaba del café de un trago y miró su reloj.

-Tengo que irme…-empezó a decir.

-Lo sé. La reunión –le cortó Miguel.

-¿Cuándo te vas? –preguntó Ángel, ya levantándose del asiento.

-Me quedaré aquí cinco minutos más y luego subiré.

Ángel se quedó desconcertado por unos segundos.

-¡Ah, te referías a Helsinki! –bromeó Miguel –Bueno, en Personal ya he dicho que me iba, así que dejando los quince días de rigor, y descontando los días de vacaciones que me deben…Pasado mañana es el último día que vendré a trabajar.

-Así que supongo que ya no nos veremos… -dijo Ángel.

-Me temo que supones bien. Me esperan dos días moviditos. Ya sabes: escribir informes, explicar a otros lo que estoy haciendo…Ni siquiera sé si tendré tiempo de bajar a desayunar. Tendré que conformarme con los cafés infames y los emparedados de plástico de la máquina.

-Pues nada, que te vaya muy bien por el helado Norte –dijo Ángel, tendiéndole la mano. Miguel se levantó y, para sorpresa de Ángel, le dio un fuerte abrazo.

-Lo mismo te digo –respondió Miguel tras el abrazo- ¿Sabes? Siempre me has parecido un tipo en el que se puede confiar. Y eso, en la empresa de tiburones y aves de rapiña en la que tú

y yo trabajamos (yo por poco tiempo, afortunadamente), es mucho decir.

Ángel sonrió tímidamente, preguntándose a sí mismo si realmente era una persona en la que se podía confiar. Últimamente estaba tan obsesionado con progresar en la empresa que empezaba a pensar que, si bien no todo valía para ascender, había muchas jugadas maquiavélicas que haría sin dudar un solo instante.

-Igual no soy tan bueno como tú piensas –dijo, con una sonrisa que apenas le llegó a los ojos.

-Yo creo que sí, que eres una buena persona, pero que ahora mismo estás un poco… ¿cómo lo diría? Desorientado. Sí, esa es la palabra.

Ángel le miró, sorprendido.

-¿Desorientado? ¿A qué te refieres? –le preguntó.

Miguel titubeó un poco antes de responder, con el semblante serio por primera vez en toda la conversación, mirándole fijamente.

- Perdona si me tomo unas confianzas que no me has dado, pero no me gustaría marcharme sin decirte esto. Tengo la impresión de que crees tener muy claro lo que quieres conseguir y te estás dedicando en cuerpo y alma a perseguir tu objetivo, pero en el fondo te preguntas si merece la pena. ¿Me equivoco?

Ángel se sintió todavía más sorprendido (y desarmado, cosa que odiaba especialmente) ante la respuesta de Miguel. No sólo porque había dado en el clavo, y con ello demostraba conocerle muy bien, sino también porque durante

unos segundos le había hecho plantearse algo que llevaba mucho tiempo evitando pensar.

Finalmente volvió a cerrar su mente a esos pensamientos, se refugió detrás de su coraza y contestó con amable frialdad:

-Creo que hoy por hoy tengo muy claro lo que quiero y que merece la pena conseguirlo. Mi prioridad ahora es el trabajo; ya me plantearé otros objetivos más adelante.

Miguel bajó la cabeza y, cuando la levantó para mirarle, tenía una sonrisa triste.

-Está bien. Que tengas suerte entonces y consigas alcanzar tus metas.

-Gracias. Lo mismo te digo –respondió Ángel, y le dio una palmada amistosa en el brazo. Fue hacia la barra para pagar su desayuno, pero Miguel le dijo a sus espaldas:

-¡Ni se te ocurra pagar! Invito yo.

Ángel se dio la vuelta aunque sin dejar de caminar hacia la salida. Lo único que se le ocurrió decir como despedida fue un apresurado "gracias".

"Como no me dé prisa voy a llegar tarde a la reunión", pensó nada más darle la espalda a Miguel, así que abrió la puerta de la cafetería y se incorporó a paso ligero al ajetreo de la calle. Mientras tanto Miguel seguía sentado ante su taza de café, moviendo la cabeza de un lado a otro y con una sonrisa triste en los labios.

Eran poco más de las dos de la tarde cuando Ángel sintió que su estómago empezaba a rugir

pidiendo comida. Resopló, pues ese iba a ser otro día más en el que no tendría tiempo de comer más que un bocadillo sentado frente a la barra del bar. Tenía una reunión a las cinco para la que necesitaba preparar un informe, y apenas había podido recopilar la información necesaria.

Salió de su despacho todo lo rápido que sus piernas le permitían y, cuando pasaba junto al mostrador de recepción para tomar el ascensor que le llevaría a la calle, casi chocó con una mujer de unos sesenta años que estaba esperando a que regresara la recepcionista.

-¡Perdón! –exclamó Ángel mientras tomaba a la mujer del brazo para evitar que perdiera el equilibrio.

-No importa –dijo la mujer con una sonrisa que realmente indicaba que no le importaba. Ángel se la quedó mirando unos instantes, pues había algo en el rostro de la mujer que le resultaba familiar. Entonces la mujer añadió – Estaba esperando a la recepcionista para que me indicara en qué despacho trabaja mi hijo. ¿Sabes si tardará mucho?

-¿Cómo se llama su hijo? –preguntó Ángel, intrigado. No era nada habitual que los trabajadores de su empresa recibieran la visita de sus familiares.

-Miguel –respondió la mujer- Miguel Salvador. ¿Le conoces? Trabaja en el departamento de Sistemas. Hemos quedado a comer y me dijo que viniera a buscarle porque iba a llevarme a un restaurante cerca de aquí.

-¿Usted es la madre de Miguel? –preguntó Ángel asombrado. Ahora comprendía por qué el rostro de la mujer le resultaba conocido. Miguel se parecía mucho a ella físicamente- Sí le conozco, desayunamos juntos a veces. Precisamente hoy me ha dicho que se iba de la empresa porque se marcha a Finlandia a trabajar.

-Así es –asintió la mujer, que no parecía asombrada por el hecho de que Ángel supiera que era la madre de Miguel- Tú debes ser Ángel, ¿verdad? Encantada, yo me llamo Sofía –y, para mayor sorpresa, le estampó dos besos en las mejillas que le pillaron completamente desprevenido.

Ángel se quedó descolocado durante unos segundos. ¡Qué mujer tan espontánea! ¿Y Miguel le había hablado de él?

-Menudo cambio, ¿verdad? –comentó Sofía refiriéndose a su hijo, como si no hubiera percibido el asombro de Ángel- Pero Miguel es así, siempre buscando su lugar en el mundo. ¡Espero que lo encuentre algún día, y que no lo encuentre demasiado lejos! –añadió, riendo.

La mujer le estudió durante un par de segundos y aventuró:

-Tú debes ser de la edad de Miguel, ¿me equivoco?

Ángel titubeó. A decir verdad, nunca habían hablado de sus edades respectivas, aunque suponía que serían parecidas.

-Cumplo treinta años dentro de cuatro meses, en agosto –respondió Ángel finalmente.

-Entonces eres un año más joven- respondió Sofía rápidamente- Miguel cumplió los treinta en abril del año pasado, así que más o menos sois de la misma edad. Miguel me ha hablado de ti. Dice que eres lo más parecido a un amigo que tiene por aquí.

-Si yo soy lo más parecido a un amigo… ¡no debe tener muchos amigos en Madrid! –exclamó Ángel, sorprendido de que Miguel le hubiera dicho eso a su madre.

-Bueno, ya sabes –comentó Sofía- Una cosa son los amigos para salir de copas y para pasar el rato, y otra los amigos "de verdad". Supongo que se refería a estos últimos. Miguel es un chico sociable y alegre, pero es muy selectivo cuando se trata de entablar amistades. Por eso el hecho de que te considere su amigo es algo significativo.

-Yo también le considero un amigo –reconoció Ángel- Aunque tengo la impresión de que nos ha faltado tiempo para llegar a serlo del todo. ¡El trabajo absorbe mucho tiempo! –añadió, como excusándose.

Sofía le miró durante unos instantes con una sonrisa que le recordó mucho a Miguel. Era la misma sonrisa que tenía cuando no estaba de acuerdo con él y parecía que iba a decirle algo pero finalmente permanecía en silencio.

-Si quiere ir a buscarle a su despacho, es el número 240. Está al fondo a la derecha –la orientó Ángel.

-¡Vaya! ¡Como los lavabos públicos! –bromeó Sofía- Siempre están al fondo a la derecha.

Ángel sonrió levemente mientras pensaba que la media hora que se había reservado para comer se le estaba acortando de manera alarmante.

-Bueno, no te entretengo más, que tú también querrás ir a comer –dijo la mujer como adivinando sus pensamientos. Se detuvo unos instantes, pensativa, y añadió- Ahora que lo pienso, ¿por qué no vienes a comer con nosotros? Seguro que a Miguel le parecerá una buena idea.

-Se lo agradezco, pero tengo mucho trabajo pendiente y no voy a poder estar más de media hora –contestó Ángel tras vacilar un poco- Pensaba bajar a comerme un bocadillo y subir enseguida.

Si hubiera tenido más tiempo, le habría atraído la idea de comer con Miguel y su madre, pero difícilmente se tomaba alguna licencia cuando se trataba de su trabajo. Inconscientemente, echó un vistazo a su reloj de pulsera.

-Qué lástima –dijo la mujer, y parecía lamentarlo sinceramente- En fin, me alegro de haberte conocido y te agradezco tu amistad con Miguel.

-Yo también me alegro de conocerla –respondió Ángel, también sinceramente.

La mujer, ni corta ni perezosa, le dio otros dos besos en las mejillas. Se quedó mirándole, como dudando de si decirle algo, pero finalmente añadió, antes de darle la espalda:

-¡Ah! Y cuídate. Comerse un bocadillo a toda prisa no es muy bueno para el estómago. Para

que la comida nos aproveche es necesario tomarse tiempo y tranquilidad.

"Tranquilidad. ¿Qué es eso?", pensó Ángel irónicamente mientras el ascensor le llevaba hasta la planta baja.

En la reunión de las cinco se acordó que Ángel iría esa misma tarde a visitar a un cliente que había solicitado un presupuesto para una auditoría. Era un cliente importante y su jefe le había dado a entender que esperaban que consiguiera ese proyecto como condición para seguir teniéndole en cuenta cuando llegara la hora de los ascensos.

Ángel salió de la oficina a toda prisa y se apostó en la acera para tomar un taxi. El tráfico ya era muy intenso a aquella hora, así que pensó que, por un simple cálculo de probabilidades, era muy posible que pasara un taxi lo bastante pronto para llegar a tiempo a la reunión con el cliente.

Pero no pasaba ningún taxi, y Ángel comenzó a impacientarse. No quería llegar tarde a la cita con el cliente. No podía ir caminando porque no estaba lo bastante cerca, y no podía tomar ningún autobús porque aún tardaría más en llegar.

El tiempo pasaba y seguía sin aparecer ningún taxi. Ángel miró su reloj de pulsera con creciente impaciencia. Lo único en lo que podía pensar en esos momentos es en que llegaba tarde a la reunión, con el mal efecto que eso causaría en el potencial cliente.

Justo cuando se estaba planteando llamar al cliente para decirle que llegaría un poco más tarde de lo previsto vio un taxi bajando la calle en sentido opuesto. No se lo pensó dos veces y cruzó la calle sin mirar.

Oyó un fuerte chirriar de frenos a su derecha, y después… la nada.

2

Cuando Ángel recobró la consciencia, lo primero que se preguntó es cómo podía estar soñando si acababa de salir de la oficina para encontrarse con un cliente. Porque, después de mirar a su alrededor, llegó a la conclusión de que estaba soñando.

Se encontraba en el mismo lugar al que iba a parar en sueños una y otra vez durante los últimos días. El mismo jardín con sus florecillas de colores, la misma fuente en un rincón…

Sólo que en esta ocasión había algo que no había estado allí las veces anteriores.

Una chica muy joven estaba de pie, delante del banco de piedra, y le miraba sonriente. Por su aspecto aparentaba tener unos dieciséis o diecisiete años de edad.

Ángel se sentía tremendamente desconcertado. Primero, porque no entendía por qué estaba soñando justo en ese momento. Segundo, porque era la primera vez desde que tenía aquel sueño recurrente que había alguien más en él. Y tercero, porque el rostro de esa chica le resultaba extrañamente familiar.

Sí, su cara le sonaba, pero no sabía cuándo ni dónde la había visto antes. Aun sin ser guapa, su aspecto era muy agradable y transmitía simpatía: era de mediana estatura (Ángel le sacaba la cabeza) y su cabello era lacio, de color

castaño oscuro y le caía sobre los hombros. Sus ojos tenían un color indefinido entre verde y marrón, y su piel era muy pálida. Tenía algunas pecas dispersas por el rostro que le daban un aire travieso. Vestía una camiseta blanca y unos vaqueros gastados que se le ajustaban a las piernas.

La joven fue la primera en hablar.

-Hola –dijo con naturalidad, sin dejar de sonreír.

Ángel seguía desconcertado. Ahora que había escuchado su voz, se acentuaba la sensación de que había conocido antes a esa chica. Pero seguía sin recordar.

-¿Dónde estoy? – preguntó, intentando poner orden en su mente.

La chica se acercó un poco más a él sin que desapareciera la sonrisa de sus labios.

-Lo sabes muy bien –respondió dulcemente- Estás en tus sueños.

-Sí, lo sé. Pero... ¿por qué he soñado con este sitio durante tantos días? ¿Por qué esta vez estás tú aquí, hablando conmigo? ¿Quién eres? ¿Por qué tengo la sensación de que te conozco?

La joven soltó una risa alegre.

-Bueno, eso son muchas preguntas para contestarlas todas a la vez... -se dio la vuelta ágilmente para ir a sentarse en el banco de piedra y añadió – Ven conmigo y siéntate. Tenemos mucho de que hablar.

Ángel dio unos pasos hacia delante. Su mente intentaba comprender lo que estaba pasando, pero se sentía demasiado confuso en esos

momentos como para encontrar una explicación lógica, así que se limitó a obedecer y se sentó junto a ella en el banco, sin llegar a tocarla.

-Empecemos por responder a la primera pregunta –dijo la joven. Dio un leve suspiro y añadió- Los sueños son algo muy curioso. La mayoría de las veces no son más que un reflejo distorsionado de los ajustes que hace la mente mientras dormimos para ordenar todos los recuerdos y las experiencias del día anterior. Pero en ocasiones también permiten que el Monitor se comunique con la persona donde se aloja.

La chica se detuvo, quizá esperando alguna pregunta por parte de Ángel, pero éste parecía bloqueado. Así que se encogió de hombros y continuó.

-Esperaba que me preguntaras qué o quién es el Monitor, pero veo que estás todavía algo desconcertado por las circunstancias en las que te encuentras. No importa. Ya lo irás sabiendo a su debido tiempo. De momento, y contesto así a tu primera pregunta, te diré que has estado soñando con este lugar porque el Monitor estaba creando un lugar en tus sueños donde poder comunicarse contigo.

-Pero las otras veces no había nadie cuando soñaba con este lugar –replicó Ángel.

-Es cierto –admitió la chica- Digamos que había problemas con la comunicación. Tu mente estaba demasiado agitada, no se lo estabas poniendo demasiado fácil al Monitor, y por eso el lugar se encontraba vacío una y otra vez.

-¿Significa eso que ahora mi mente está dispuesta para hablar con ese Monitor del que hablas? –dedujo Ángel.

La chica volvió a sonreír, pero esta vez era una sonrisa triste.

-Así es –respondió, moviendo la cabeza afirmativamente- Ahora estás dispuesto para comunicarte con el Monitor.

-¿Y por qué precisamente ahora? –preguntó Ángel. No sabía por qué, tenía la sensación de que la respuesta no le iba a gustar, y no se equivocó.

-Porque tu mente no tiene más remedio que escucharle –dijo la chica- Ahora mismo estás en coma profundo.

Ángel se levantó del banco como impulsado por un resorte.

-¿Qué has dicho? –gritó.

La chica levantó la cabeza y siguió esbozando una sonrisa triste. Su mirada era la del portador de malas noticias que espera que no suenen demasiado terribles para el que las recibe.

-Me has entendido perfectamente –le respondió suavemente. Hizo una pausa de unos segundos y le preguntó a su vez- ¿Qué es lo último que recuerdas antes de aparecer aquí?

Ángel se detuvo a pensar. ¿Qué era lo último que recordaba? Había quedado para ver a un cliente y había salido de la oficina para buscar un taxi. De repente había visto uno que venía en dirección contraria y cruzó la calle sin pensárselo dos veces. No recordaba nada más.

-¿Sabes qué pasó después de que vieras el taxi? –preguntó la joven.

Ángel empezó a renunciar a toda lógica y a asumir que estaba dentro de sus sueños. Así que le pareció perfectamente normal que la chica supiera todo lo que había ocurrido.

-No –dijo, y la voz le salió muy débil- Dímelo, por favor.

-Estabas tan obsesionado por la idea de tomar el taxi que cruzaste la calle sin mirar. Un coche te atropelló. Saltaste por los aires y aterrizaste unos metros más allá en el suelo. La caída te provocó un traumatismo craneal que hizo que tu cerebro resultara dañado. Ahora mismo está dormido y no sabe cómo despertarse.

Ángel cayó de rodillas y se tapó la cara con las manos. Ahora lo entendía. Estaba en coma. Él no estaba realmente allí, sino postrado en una cama de hospital, con la cabeza rota.

Bajó la vista y se miró. Llevaba la misma ropa que cuando salió de casa aquella mañana, aunque el traje estaba sucio y arrugado y tenía los pies descalzos.

-Mis zapatos…-susurró- ¿Qué ha pasado con mis zapatos?

-Los perdiste cuando saltaste por los aires –contestó la chica.

Durante mucho tiempo (al menos durante el tiempo en el que transcurren los sueños) Ángel permaneció inmóvil, arrodillado en la hierba, con las manos en el rostro. Poco a poco empezó a apartar las manos, deseando que todo aquello

fuera una pesadilla de la que pronto iba a despertar. Pero cuando miró a su alrededor sólo vio el rostro de la chica muy cerca del suyo. También estaba agachada, intentando confortarlo con su mirada.

Ángel se puso en pie de golpe y retrocedió dos pasos.

-Entiendo que te cueste aceptarlo –dijo la chica mientras se acercaba de nuevo a él. Ángel siguió retrocediendo mientras sentía que la furia crecía por momentos en su interior- Pero piensa que al menos no estás muerto, que tienes una segunda oportunidad para…

-¡Cállate! –gritó Ángel con toda la fuerza de sus pulmones.

La chica se quedó quieta y le miró a los ojos con determinación.

-Ángel, trata de entender tu situación… -le dijo suavemente, pero él volvió a interrumpirla.

-¡No quiero escucharte! ¡No quiero saber nada! ¡Lo único que sé es que estoy en coma, encerrado en un sueño absurdo!

Ángel se sintió de repente como un perro enjaulado y miró frenéticamente a su alrededor, como si quisiera encontrar una salida. Pero el jardín parecía extenderse hasta donde le alcanzaba la vista. Movido por un impulso irracional, y dándole la espalda a la muchacha, comenzó a caminar todo lo deprisa que pudo, sin mirar atrás.

Se alejó tan rápidamente que no pudo ver la mirada extraña de la joven ni escuchar lo que esta dijo, casi para sí misma:

-Es inútil. Volverás…

Mientras tanto, Ángel caminaba cada vez más deprisa. Tanto, que a veces le daba la impresión de que sus pies no tocaban el suelo; era como si volara. La vista del jardín se iba difuminando poco a poco a medida que la velocidad aumentaba, hasta que finalmente sólo vio manchas verdes a ambos lados.

Cuando se cansó de esa carrera insensata se detuvo y, para su sorpresa, se encontraba en el punto de partida. Ahí estaban la fuente, el banco de piedra… y la chica de pie frente a él, mirándole con una sonrisa en los labios.

-Siento mucho decirte esto, Ángel, pero no puedes huir…Estás dormido y no puedes despertar. Este es el mundo de los sueños, aquí no rige la lógica del mundo real. Es mejor que te quedes conmigo y que hablemos. Tenemos mucho de qué hablar, y ahora tienes todo el tiempo del mundo…

La joven extendió los brazos, como invitándole a que se acercara, pero él se encontraba demasiado confuso y furioso como para aceptar la situación.

-¡Déjame en paz! –gritó, y se tumbó boca abajo en el suelo para no verla.

Hacía mucho tiempo que no lloraba, pero en ese momento se sentía tan mal que no pudo evitar que le saltaran las lágrimas.

¿Por qué? ¿Por qué le había tenido que pasar aquello justamente a él? Era joven, tenía mucha vida por delante y muchos objetivos por cumplir…y todos se habían ido al traste por culpa

de aquél maldito accidente. ¿Qué iba a pasar a partir de ahora? ¿Se quedaría encerrado durante años y años en tierra de nadie, sin estar del todo vivo pero tampoco muerto? La perspectiva de estar así mucho tiempo le daba escalofríos.

“Ojalá me hubiera muerto”, pensó, en medio de su desesperación.

-Aunque ahora no lo creas, estar aquí es lo mejor que te ha podido pasar, dadas las circunstancias –dijo la chica, que se había acercado y en ese momento estaba agachada junto a él.

Ángel se tapó los oídos con las manos, en un vano intento de ignorarla. Empezó a sentir un mareo cada vez más intenso. Se incorporó con dificultad, pero todo le daba vueltas. Entonces, la sensación de mareo le venció y sintió como si se hundiera en un pozo oscuro que no parecía tener fin. Dio vueltas y más vueltas, tan mareado que no podía ni siquiera gritar, hasta que la nada se apoderó, una vez más, de él.

3

Abrió los ojos, deseando con todas sus fuerzas despertar en una cama de hospital, escayolado de pies a cabeza. Pero el escenario, aunque familiar, era muy distinto al que esperaba.

Estaba en una playa de arena fina y amarillenta que daba al mar abierto. Lucía un sol espléndido situado muy alto sobre el mar en calma. No había ni una sola nube en un cielo de color azul rabioso. Las olas le lamían los pies desnudos, semihundidos en la arena. Miró a derecha e izquierda, pero no alcanzó a distinguir dónde acababa la playa. No había edificios ni gente. Estaba completamente solo.

Sin saber muy bien por qué, sintió un deseo irrefrenable de meterse en el agua, cosa que hizo al instante, sin quitarse la ropa. Podía hasta sentir la humedad del agua y la ropa pegada al cuerpo. Cuando el agua le llegaba hasta el pecho, vio algo que le paralizó de terror.

Una ola enorme, gigantesca, se acercaba a la orilla a gran velocidad. Dio media vuelta e intentó regresar a la orilla, que estaba a unos escasos metros, todo lo rápido que podía, pero sentía que las piernas y los brazos le pesaban, como si tuviera que llevar a cuestas un lastre tremendo. Apenas lograba moverse de donde estaba, y se desesperaba porque la ola gigante

le alcanzaría y le destrozaría con su fuerza al romper contra la orilla.

A pesar de que sentía su cuerpo enormemente pesado, poco a poco consiguió salir del agua. Todavía con miedo se dio la vuelta y vio que lo que tenía ante él no era un mar tranquilo sino una muralla de agua. Gritó y perdió la consciencia. El pozo negro le engulló de nuevo.

De repente, se encontró en el colegio al que había ido de pequeño. Se encontraba en la última planta, junto a la escalera. Del rellano salían dos pasillos que llevaban a las aulas. La luz de la tarde entraba por unas ventanas situadas justo detrás de las escaleras. Como antes en la playa, se encontraba solo. Todo estaba en silencio. No había niños correteando por los pasillos y armando jaleo. El colegio estaba cerrado.

Entonces, desde el pasillo que tenía justo delante, vio una cabeza monstruosa y sin cuerpo volar hacia él, y sintió tanto miedo que bajó las escaleras no corriendo, sino volando. No podía pensar en otra cosa que en escapar de aquella cabeza volante que sentía muy cerca de él, a escasos centímetros de su nuca. A pesar de que su colegio no tenía más que cuatro plantas, a él le dio la impresión de que había bajado muchas más y que no se veía el fin. Cuando creía que ya no podría ir más rápido y que la cabeza finalmente le alcanzaría, la nada volvió a atraparle.

Esta vez se encontraba en una estación de metro, pero no en el andén sino abajo, en las vías. Una vez más, no había nadie más que él. Se dirigía hacia el túnel y, aunque seguía yendo

descalzo, los pies no le dolían. De hecho, tenía la impresión de estar caminando sobre colchones.

Una vez pasado el túnel, y para su sorpresa, no se encontró con una oscuridad absoluta, sino que había la claridad suficiente como para ir siguiendo las vías sin desviarse. En un principio, y como era natural estando solo, tan sólo escuchaba el sonido de sus pasos, pero en un momento dado se detuvo, pues le pareció que se escuchaba algo más.

De nuevo, sintió que el corazón le daba un vuelco. El sonido que escuchaba era el del metro acercándose. No había lugar a dudas, pues a lo lejos podía ver la luz cada vez más intensa de los faros del convoy, iluminando todo el túnel a medida que aproximaba.

Pensó que no tenía nada que temer, pues podría apartarse y colocarse en las vías que realizaban el recorrido en sentido contrario. Pero al girar la cabeza comprobó con horror que se acercaba otro convoy justo por esas vías, de modo que ambos trenes se cruzarían justo donde él se encontraba, sin darle la oportunidad de salvarse. Miró a uno y otro lado con desesperación. No podía pegarse a las paredes, no había sitio material para ponerse a salvo. Y, justo cuando los trenes se le echaban encima, el agujero negro volvió a devorarle y perdió la consciencia.

Abrió los ojos y se encontró en una enorme aula. Ahora no estaba solo: la sala estaba llena de jóvenes silenciosos, con el nerviosismo que

precede a la realización de un examen. Él también estaba sentado ante un pupitre, donde había un par de hojas en blanco y un bolígrafo.

En esos momentos sintió que, pese a que él creía que había terminado la carrera de Económicas hacía tiempo, en realidad no era así, sino que le quedaba aprobar aquel examen para finalizar los estudios definitivamente. Empezó a sentir un sudor frío cuando le vino a la mente el pensamiento de que no había estudiado absolutamente nada para aquel examen, y estaba en juego nada menos que su futuro profesional.

Sus pensamientos eran tan confusos que apenas podía concentrarse en nada. “Piensa”, se decía. “Intenta recordar algo de lo que aprendiste los años anteriores”. Pero no podía mantener la calma y recordar lo que sabía. Todo estaba confuso en su mente.

Entonces un profesor sin rostro conocido le entregó la hoja del examen. Ángel intentaba leer los enunciados, pero estaban tan borrosos que no podía leerlos. No hacía más que frotarse los ojos para poder verlos mejor, pero sin éxito. Si en alguna pregunta parecía entender algo de lo que ponía, las frases que leía no tenían ningún sentido para él, así que mucho menos podía responder a lo que se le preguntaba. Y la desazón comenzó a crecer en su interior, sobre todo teniendo en cuenta que el tiempo iba transcurriendo inexorablemente en su contra. Cada vez que intentaba escribir algo en la hoja en blanco se decía a sí mismo que era estúpido escribir una respuesta cuando no se sabía qué era lo

que estaban preguntando. De modo que la angustia y el nerviosismo comenzaron a adueñarse de él hasta que, una vez más, el torbellino negro le arrebató de aquel escenario.

Cuando recuperó la consciencia de nuevo, ya no sabía si quería abrir los ojos. Se dio cuenta de que todo aquello lo había soñado antes: formaba parte de su colección selecta de pesadillas, aquellas que en algún momento de su vida había recordado con verdadera angustia al despertar.

¿Por qué estaba pasando otra vez por todo aquello? ¿Sería por la situación anímica en la que se encontraba en ese momento? No quería aceptar que se encontraba atrapado en sus sueños, y estos le estaban visitando de nuevo.

Rezando porque aquello no fuera el escenario de otra de sus pesadillas, Ángel abrió los ojos. Esta vez se encontraba en un bosque cerrado, donde apenas se colaban unos cuantos rayos de sol. Frente a él, a una treintena de pasos y en un pequeño claro, se levantaba una cabaña de madera. La puerta de la entrada estaba abierta de par en par, pero era imposible ver nada del interior: estaba completamente oscuro.

Sin pensar, Ángel dirigió sus pasos hacia la cabaña. A cada paso que daba, estaba más convencido de que lo que había en el interior de la cabaña no le iba a gustar, pero no podía evitar dejar de acercarse. El miedo empezó a crecer en su interior, pero no era lo suficientemente intenso como para evitar que siguiera cami-

nando hacia aquella puerta abierta. Cuando le faltaban cuatro o cinco pasos para alcanzar la puerta y el terror que sentía era casi insoportable, un pensamiento claro y rotundo, que sonó en su interior como un grito, apareció en su mente:

"¡No quiero seguir soñando con esto!"

Entonces, ese pensamiento tomó las riendas de su voluntad y se detuvo, apenas a dos metros de la puerta. Se desplomó en el suelo, como fatigado por un cansancio terrible y, antes de perder la consciencia, deseó de todo corazón volver al jardín de la fuente y el banco de piedra. No quería ser prisionero de sus pesadillas mientras siguiera en coma.

Cuando abrió los ojos se encontró de nuevo en el jardín, tumbado boca abajo sobre la hierba en posición fetal. La chica estaba de rodillas junto a él, acariciándole el pelo.

-Me alegro de que hayas vuelto –se limitó a decir.

Ángel se incorporó y se puso de pie. Se sentía terriblemente cansado tanto física como mentalmente, pero ahora tenía la firme determinación de adaptarse a aquella extraña situación. No quería que la ola de sus pesadillas volviera a arrastrarle, y si la forma de hacerlo era permanecer con aquella chica y conversar con ella…eso es exactamente lo que haría.

-Yo también me alegro –respondió Ángel- He tenido un viaje bastante desagradable.

-Lo sé. Lo he visto todo –dijo la chica con una sonrisa, y se puso en pie de un salto.

Ángel la miró interrogativamente. La chica respondió a la pregunta no formulada mientras recorría el reducido espacio que iba entre el banco de piedra y el estanque:

-Estoy en tu mente. Lo sé todo de ti. Tus deseos, tus miedos, tus pensamientos más ocultos…

-¿Quién eres tú? –preguntó Ángel entrecerrando los ojos y ladeando la cabeza- ¿La voz de mi conciencia o algo así?

La chica rió abiertamente.

-No, no soy la voz de tu conciencia –respondió, todavía entre risas- Si lo fuera, me habría presentado ante ti como Pepito Grillo. Eso habría sido más apropiado. Pero no, soy mucho más que la voz de tu conciencia.

-¿Entonces quién eres? –insistió Ángel con impaciencia. Le fastidiaba la gente que daba rodeos o que contestaba a medias cuando se le preguntaba.

La chica se tomó unos segundos antes de contestar. Se sentó junto al estanque y comenzó a acariciar la superficie del agua con las manos.

-Técnicamente podría decirse que soy una proyección –respondió finalmente la joven- Una proyección del Monitor para poder comunicarse contigo. No soy real, soy una ilusión. Una simple intermediaria entre el Monitor y tú. Alguien con el que poder hablar en este escenario creado específicamente para ese fin.

-O sea, que no eres una invención mía – razonó Ángel.

-No –respondió la chica y añadió, con una enigmática sonrisa- Ángel, te lo he dicho antes: en tu mente no estás sólo tú. También estoy yo. Está el Monitor.

Ángel movió la cabeza varias veces. Bastante le costaba comprender cuál era su situación actual como para que encima pudiera asimilar que en su mente había un fisgón invisible.

-Pero tú no eres el Monitor –dijo, buscando aclarar su mente con verdades de Perogrullo.

-Ya te lo he dicho, Ángel: soy una proyección –insistió la chica- Piensa en mí como un holograma, si eso te resulta más fácil de entender. Soy un holograma que, en este mundo onírico en el que estamos, puedes ver y tocar como si fuera un ser humano de carne y hueso. Tengo una apariencia humana porque se supone que así te sentirás más cómodo hablando conmigo. ¿O quizá prefieres esta otra forma?

En ese momento, la chica desapareció para dar paso a una esfera radiante de luz blanca y pulsante que flotaba frente a él.

-No, creo que prefiero que vuelvas a tu aspecto de antes –respondió Ángel- Me sentiría un poco raro si le hablara a una bola de luz.

Casi instantáneamente, la bola de luz desapareció y en su lugar apareció la chica de nuevo.

-Ya me lo imaginaba –dijo ella con una sonrisa traviesa.

Ángel se quedó un rato pensativo y, después de mirar a la joven durante unos segundos, le preguntó:

-¿Por qué tengo la sensación de que te conozco? No sé, tu cara me resulta familiar, pero no recuerdo de qué. ¿Acaso he soñado contigo antes pero lo había olvidado hasta ahora?

La chica soltó una risita breve y respondió, moviendo la cabeza:

-Vaya, así que has olvidado esta cara…Pues no ha pasado tanto tiempo. ¿Doce años, quizá?

Ángel la miró perplejo, todavía más confundido que antes.

-Veo que sigues sin recordar –observó la chica. Suspiró levemente y añadió- Está bien, te daré una pista. Mi aspecto es el de una chica que conociste en el instituto.

El joven se quedó pensativo mientras estudiaba los rasgos de la muchacha-proyección. No era el tipo de chica por el que él pudiera llegar a sentirse atraído físicamente. A él, que en el instituto había tenido cierto éxito entre las chicas, siempre le habían gustado las más vistosas. En cambio la chica que estaba frente a él, aun teniendo un físico agradable, se veía demasiado…no sabía cómo calificarla. ¿Normal? De modo que, una vez descartada la posibilidad de que hubiera tenido algún lío con ella, empezó a pensar en compañeras de clase.

Justo entonces recordó de quién se trataba.

-¿Aurora? –preguntó, aunque estaba seguro de que era ella- ¿Aurora Blanco?

-¡Premio! –exclamó la chica con una sonrisa divertida. Ángel pensó que la chica (o lo que fuera) se lo debía de pasar en grande siguiendo sus procesos mentales, pero a él le incomodaba

bastante conversar con alguien que lo sabía todo sobre él…incluso aquello que había relegado al olvido.

Una vez resuelto el enigma, otra pregunta surgió en la mente de Ángel:

-¿Y por qué ella? ¿Por qué has escogido su apariencia? Aunque recuerdo haber mantenido una buena relación con ella, no llegamos a intimar mucho. ¡Ni siquiera se le puede llamar amistad a lo que tuvimos!

En un primer momento la chica pareció no haberle escuchado. Sus manos seguían jugueteando con el agua del estanque. Pero finalmente respondió:

-Es cierto que no tuviste una relación muy estrecha con ella, pero hay una razón para que el Monitor escogiera esta apariencia. A ver, Ángel... ¿cómo te lo diría? Aurora representa un momento de tu vida en el que había muchos caminos prometedores ante ti, en el que tenías unos ideales que iban más allá de lo puramente material…Representa una etapa de tu vida en la que todavía no adorabas al Becerro de Oro.

Ángel se extrañó un poco al escuchar esa expresión, pero enseguida supo a qué se refería. Si ella le conocía tan bien como afirmaba (y estaba seguro de ello), sobraban las explicaciones y las excusas.

-Entonces... ¿por qué todo esto? –preguntó Ángel finalmente, en un hilo de voz. No podía olvidar que, en el mundo real, se encontraba inconsciente en un hospital.

La chica se acercó un poco más a él y le tomó la mano. Para su asombro, a pesar de que acababa de sacarla del agua, no estaba mojada.

-Intenté decírtelo en nuestro primer encuentro, pero estabas tan ofuscado que cerraste tus oídos a mis palabras –respondió suavemente- Todo esto no es sino una puesta en escena para que reflexiones sobre cómo estás encauzando tu vida. Estás en el mundo de los sueños. Aquí el tiempo no transcurre de la misma forma. De momento no puedes despertar, así que tenemos tiempo de sobra para conversar sobre lo que has hecho hasta ahora con tu vida, y sobre todo para que te pares un momento y pienses si es así como quieres que sea realmente.

-Entiendo –dijo Ángel- Ante un paro forzoso, intentas aprovechar la coyuntura para hacer ajustes en la maquinaria.

La “otra” Aurora rió suavemente.

-Algo así. Pero no haré ningún ajuste que tú no quieras hacer. No haré nada que vaya en contra de tu voluntad.

Ángel se quedó mirando a la lejanía, pensativo.

-¿Qué me dices? –preguntó la “otra” Aurora- ¿Aceptas mi propuesta de “ajuste”?

El joven la miró, con una media sonrisa. A pesar de que todavía ignoraba muchas cosas, estaba empezando a acostumbrarse a la sensación de estar consciente en el mundo de los sueños.

-Está bien, acepto que lo intentes, aunque me temo que no tengo otra elección. ¿O me equivoco?

-Pues sí, te equivocas. Siempre hay otras alternativas, aunque creo que seguir conmigo será la más provechosa para ti –respondió la chica. Aunque su apariencia era de adolescente, hablaba con un aplomo y una serenidad que le daba un toque extraño a su aspecto juvenil.

-¿Ah, sí? ¿Y cuáles serían las alternativas? –preguntó Ángel en tono irónico- ¿Seguir huyendo de mis pesadillas, por ejemplo?

-No exactamente –respondió la chica tras un leve titubeo- Digamos que la elección está entre sueños controlados e incontrolados. Si decides ir por libre te pasarás todo este tiempo soñando. Habrá veces en que los sueños sean agradables, y otros en los que te visitarán tus peores pesadillas, sin que tú puedas controlar lo que sueñas en ningún momento. En cambio, si decides quedarte conmigo, te guiaré y te ayudaré a moverte por este terreno. Aunque no te garantizo que siempre estés en una situación agradable; seguramente te verás obligado a pensar en cosas que has mantenido alejadas, recordarás hechos pasados que querrías olvidar, y eso indudablemente te hará sentir mal. Eso sí, serás dueño de tus actos y tus decisiones en todo momento.

Ángel no se lo pensó demasiado.

-Creo que me inclinaré por la segunda opción –dijo firmemente. Poco a poco la confusión se iba alejando de su mente y se hacía más

dueño de la situación- Prefiero controlar mis sueños a que mis sueños me controlen a mí.

-Sabía que dirías eso –dijo la chica con una amplia sonrisa.

-Claro que lo sabías. ¿Acaso no lo sabes todo? –replicó Ángel rápidamente.

-Sí –respondió la chica. Y añadió, con aire desafiante pero divertido a la vez- A partir de ahora veremos lo que sabes tú.

4

-Joder, tío, vaya mierda –se lamentó Guzmán, su amigo y compañero de pupitre, cuando terminó la clase de Historia- Esta profe tiene ideas de bombero ¿A quién se le ocurre emparejarnos por decreto para hacer un trabajo? ¡Podría haber dejado que nos agrupáramos nosotros solos!

Ángel se encogió de hombros y guardó los apuntes en la carpeta.

-A mí, francamente, me daba lo mismo –reconoció, y se puso de pie para estirar un poco las piernas hasta que comenzara la clase siguiente.

-¡Claro, porque tú no tienes como compañera de trabajo a Mila Sánchez, como yo! –replicó Guzmán- Si al menos estuviera buena…pero da una grima, con esas gafas de culo de vaso y esos hierros en la boca…

-Oye, oye, que tampoco tienes que enrollarte con ella –le dijo Ángel, divertido- Sólo tienes que hacer un trabajo de Historia.

Guzmán siguió sentado, con el disgusto pintado en el rostro.

-¿Con quién te ha tocado a ti, por cierto? –le preguntó, cabizbajo.

-Con Aurora Blanco –respondió Ángel.

-Bueno, al menos esa es de las que sacan buenas notas y todo –masculló Guzmán- Y también está mucho más buena que Mila.

Ángel rió de buena gana.

-De verdad, tío, siempre piensas en lo mismo…

Guzmán levantó el rostro para mirarle, ya de mejor humor.

-Qué quieres –dijo, con una sonrisa irónica- Tengo diecisiete años y las hormonas en todo lo alto. Sólo pienso en lo único…

-Yo también tengo diecisiete años y no soy un obseso sexual como tú –bromeó Ángel.

-Claro que no. Si yo fuera un guaperas como tú, iría más servido y no estaría todo el tiempo pensando en pillar cacho –replicó Guzmán en tono burlón.

Ángel sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta para ir al lavabo. Justo iba a cruzarla cuando oyó que le llamaban a sus espaldas. Se giró y era Aurora.

-Hola –le saludó la chica con una tímida sonrisa.

-Hola –respondió él, lacónicamente.

-Quería hablarte del trabajo de Historia que nos ha tocado hacer juntos... –dijo ella con voz vacilante. Parecía un poco intimidada ante su presencia. Según le habían dicho sus amigos, tenía mucho éxito entre las chicas de su clase, pero a él no le gustaba ninguna así que las trataba a todas con la misma cordialidad distante - Verás, había pensado que fuéramos esta tarde a la Biblioteca Municipal para decidir cómo vamos a enfocar el trabajo y empezar a buscar bibliografía –dijo la chica- ¿Te parece bien?

-¿Esta tarde? Perfecto –respondió Ángel- Te esperaré a la salida, en la puerta del insti.

Aurora asintió con la cabeza, dio media vuelta y volvió a su mesa.

A las cinco, la hora en la que acababan las clases, Ángel fue hacia la puerta de salida del instituto y se encontró con Aurora, que ya le estaba esperando. Se saludaron brevemente y comenzaron a caminar en dirección a la biblioteca, que quedaba a unos diez minutos a pie.

Nunca habían hablado demasiado. Por aquel entonces los chicos y las chicas andaban juntos pero no demasiado revueltos. Exceptuando las parejitas, claro. Quizá por eso la profesora de Historia se había empeñado en hacer parejas mixtas para hacer el trabajo.

En cualquier caso, Ángel pensó que había tenido suerte con Aurora. Era una chica que sacaba buenas notas y se la veía lo bastante sensata como para no estar babeando continuamente en su presencia (como probablemente hubieran hecho otras chicas de la clase), así que seguro que haría su parte del trabajo llegado el momento.

Mientras caminaban, y para romper el hielo, Ángel preguntó:

-¿Y qué tal? ¿Ya sabes lo que harás cuando termines en el instituto?

Aurora resopló y respondió, con una sonrisa nerviosa:

-Todavía no lo sé… Quiero ir a la universidad, claro, pero no sé muy bien qué carrera quiero hacer. ¿Tú si lo sabes?

-No lo sé, no lo tengo muy claro todavía –reconoció Ángel, y su semblante se puso serio al recordar una discusión reciente con su padre- Estoy entre lo que me gusta y lo útil.

-Entonces estás igual que yo. A mí me gustaría estudiar algo que me guste y que me sirva también para ganarme la vida después, pero la elección resulta más difícil de lo que parece –dijo la chica.

-Pues sí. Lo normal es que lo que te resulte más apetecible para estudiar te lleve directamente al paro –comentó Ángel irónicamente, utilizando las mismas palabras que le había dicho su padre en la última discusión.

-Desde luego es un triste sino el nuestro –dijo Aurora sonriente, ya más relajada- Tenemos que tomar una decisión importante sobre nuestro futuro cuando apenas tenemos claro lo que queremos.

Ángel se encogió de hombros y exclamó:

-¡Así es la vida!

Aurora asintió, dando un suspiro.

-¿Sabes? –dijo la joven al cabo de unos segundos- Me gustaría pensar que puedo conseguir trabajar en lo que me gusta, aunque de entrada lo tenga más difícil para encontrar un trabajo. Me gustaría creer que puedo conseguir lo que me propongo. ¿No se supone que ahora somos jóvenes y tenemos que luchar por nuestros sueños?

-¿Y cuáles son tus sueños? –preguntó Ángel a su vez.

Aurora miró al cielo y suspiró.

-Siempre me ha interesado la arqueología…Me gustaría ser arqueóloga, investigar sobre nuestro pasado, trabajar al aire libre buscando restos de otras culturas…

-Suena bien, desde luego –reconoció Ángel.

-No creo que me haga rica, pero estoy segura de que no me importaría porque estaría disfrutando con mi trabajo –dijo Aurora, ilusionada.

-¿No te habrán influido las pelis de Indiana Jones? –bromeó Ángel.

-No –contestó Aurora riendo- creo que desde pequeña ya escarbaba el suelo con una pala de juguete a ver qué me encontraba. Mi destino era ser geóloga… ¡o arqueóloga!

-Bueno, dicen que todo es proponérselo, así que espero que lo consigas –dijo Ángel sonriente.

-Ojalá –susurró Aurora con ojos soñadores, sonriendo para sí misma.

Siguieron caminando en silencio unos metros, esquivando a la gente que iba por la calle, y ya en la misma puerta de la biblioteca Aurora se detuvo y le preguntó:

-¿Y tú? ¿A qué te gustaría dedicarte cuando seas mayor?

Ángel suspiró.

-Siempre he pensado que me gustaría hacer algo útil para los demás, pero no sé muy bien el qué –respondió, sin evitar sentirse un poco ridículo pues se lo había comentado a su amigo Guzmán y todavía podía escuchar en su cabeza los comentarios burlones que sus palabras habían provocado.

Pero Aurora, lejos de burlarse, le miró con ojos comprensivos y le dijo:

-Eso es estupendo y muy noble por tu parte.

-Gracias –musitó Ángel. Iba a abrir la puerta de entrada de la biblioteca, pero Aurora le detuvo.

-¿Sabes? Me has sorprendido de veras con eso de que quieres dedicarte a ayudar a los demás. No encaja muy bien con el hecho de que seas el guaperas de la clase que tiene a un montón de chicas locas por tus huesos…

Ángel no pudo evitar reír abiertamente.

-Al final, entre mis amigos y tú, vais a conseguir que me lo crea –dijo.

-Se nota que no escuchas los comentarios que hacen muchas chicas a tu paso… -comentó Aurora irónicamente- Más de una hubiera dado su brazo derecho por hacer el trabajo de Historia contigo. ¡Seguro que ahora mismo están haciendo vudú con una foto mía!

Los dos rieron a carcajadas y entraron en la biblioteca.

En el sueño en el que estaba instalado desde el accidente, Ángel recordó con toda nitidez aquella conversación con Aurora camino de la biblioteca, a pesar de que hacía tiempo que la había arrinconado en lo más hondo de su memoria. No pudo evitar sonreír amargamente al pensar en lo que habían quedado aquellos ideales de adolescencia. Sus deseos de dedicarse a algo que fuera útil para los demás poco a poco

fueron quedando en nada. Eligió la carrera de Económicas, terminó los estudios, buscó trabajo y poco a poco la inercia de la vida le hizo poner los pies y la vista en la tierra, y ya no vio nada más que lo que tenía delante.

Mientras estaba sumido en sus pensamientos, la otra Aurora estaba a su lado. Ángel la miró detenidamente. Desde luego, pensó, su aspecto era exactamente igual a como aparecía en sus ahora nítidos recuerdos. Sin embargo su mirada era muy diferente, era una mirada más sabia y a la vez enigmática.

-Supongo que sabes lo que estaba pensando, ¿verdad? –preguntó Ángel con una sonrisa amarga.

La chica asintió con la cabeza con una sonrisa comprensiva.

-La adolescencia es una edad en la que se tiene toda la vida por delante y muchos sueños por cumplir –respondió finalmente- Pero, aunque la vida intente llevarnos por otros caminos, siempre somos libres para reemprender viejos proyectos.

-Eso es fácil de decir, pero no tan fácil de hacer –replicó Ángel secamente.

Aurora se acercó más a él y, mirándole fijamente, le dijo, recalcando cada una de las palabras:

-Ángel: somos libres de elegir. Siempre.

-¿En serio? Pues yo no he elegido estar aquí precisamente –replicó Ángel con sarcasmo.

La otra Aurora resopló, como pensando que le esperaba un duro trabajo con él.

-De alguna forma lo hiciste, ¿no crees? –dijo ella empleando un tono de voz suave pero afilado- Las prisas, esas malas consejeras, te llevaron a cruzar sin mirar. Podrías haber elegido avisar al cliente y haber esperado pacientemente a que llegara un taxi, pero elegiste la opción más imprudente. Ahora tienes que aceptar las consecuencias.

Ángel no respondió y giró el rostro, malhumorado.

-Aunque siempre puedes aprovechar las circunstancias para aprender algo de ellas –añadió la joven mirándole de reojo.

-Ya –masculló el joven, mirándola de nuevo pero todavía de mal humor, aun a sabiendas de que en aquel mundo era inútil rebelarse por su situación- Según tú, tengo que tomarme esto como unas largas vacaciones en las que meditar sobre mi vida, ¿no es así?

La joven asintió con la cabeza.

-Pero… ¿y si estas “vacaciones” se alargan demasiado? ¿Y si me quedo hecho un vegetal toda la vida? Igual mi cerebro se deteriora tanto que ni siquiera es capaz de mantener… esto –dijo el joven con un ligero atisbo de angustia en su voz, señalando con un vago gesto el jardín donde se encontraban.

La otra Aurora le tomó la mano (una mano cálida y suave) y le dijo mientras le dedicaba una mirada intensa y llena de confianza:

-Ángel, no te preocupes: te despertarás.

El joven le dirigió una mirada escéptica.

-¿Además de leerme la mente, también adivinas el futuro? –preguntó, irónicamente.

La chica rió abiertamente.

-Se nota que no sabes con quién estás hablando… -dijo, acentuando más el enigma de su mirada. Y añadió, al cabo de unos segundos- De todas formas, en este caso no hace falta escudriñar tu futuro... Conozco perfectamente el estado de tu cerebro y sé con toda seguridad que no tienes daños irreversibles. Además, confío en los médicos que te están atendiendo.

-Supongo que eso debería consolarme –dijo Ángel después de soltar un bufido.

-Eso debería darte esperanzas –matizó la chica.

El joven no dijo nada y estuvo durante un buen rato con la cabeza gacha, pensativo. De repente, pareció caer en la cuenta de algo y comentó:

-Acabas de decir que confías en los médicos que me están atendiendo. ¿Significa eso que puedes saber lo que está pasando ahí fuera?

La chica asintió con la cabeza.

-Sí, pero te advierto que no estoy por la labor de preocuparte innecesariamente, así que te responderé sólo si lo que diga te puede ayudar.

-Está bien. Veremos a qué puedes contestar. Tengo montones de preguntas –dijo Ángel un poco más animado ante la posibilidad de saber algo de lo que ocurría fuera de su sueño.

-También tenemos mucho tiempo, así que puedes empezar a disparar cuando quieras –replicó la otra Aurora con una cálida sonrisa.

-Pero antes me gustaría pedirte un favor… -Ángel se revolvió incómodo en el banco de piedra - ¿Podrías cambiarme esta ropa? Me siento un poco ridículo así, descalzo y vestido con un traje sucio.

La joven se echó a reír y, levantando la palma de las manos, exclamó:

-¡Es muy fácil! Elige qué ropa quieres llevar y… ¡tatachán! La llevarás puesta.

Sin pensárselo dos veces, el joven cerró los ojos y se imaginó con la ropa deportiva que solía ponerse los sábados por la mañana. Abrió los ojos y se vio exactamente con las prendas y el calzado que había imaginado.

-Vaya, pues sí que era fácil… -musitó Ángel.

-Recuerda que estamos en tus sueños –le dijo la joven- Tienes cierto control sobre lo que te rodea.

Ángel esbozó una gran sonrisa y exclamó:

-Ahora que estoy más cómodo… ¡empieza la sesión de preguntas!

5

Ángel vaciló durante unos segundos. Las preguntas se le agolpaban en la cabeza y no sabía por cuál empezar.

-Adelante, pregúntame lo que quieras –insistió la joven.

-Son tantas las cosas que quiero preguntarte… –confesó Ángel, todavía vacilante.

-No importa –le animó la chica- Pregunta lo primero que se te ocurra.

El joven sacudió afirmativamente la cabeza, intentó poner orden en su mente y preguntó:

-¿Quién eres? –la joven abrió la boca para responder, pero Ángel la interrumpió- Sí, ya sé que me has dicho que eres una especie de "proyección" del Monitor. Pero, ¿qué es lo que tú llamas el "Monitor"?

La otra Aurora le miró largamente y respondió con otra pregunta:

-¿Has oído hablar alguna vez de la chispa divina?

-¿La chispa divina? –repitió Ángel, desconcertado- Sí, me suena, aunque te advierto que lo mío son las cuentas; no estoy muy puesto en filosofía y religión.

-No importa –dijo la chica- Si sabes a qué me refiero, basta con que te diga que el Monitor es en realidad la chispa divina que reside en todas

las mentes normales de los seres humanos. Y tú estás incluido entre ellos, por supuesto.

Ángel se quedó tan asombrado con la respuesta de la otra Aurora que estuvo un buen rato sin decir palabra.

-¿Eso significa... que el Monitor es Dios? –preguntó atropelladamente. Ni por asomo se hubiera imaginado algo así.

-No exactamente –respondió la joven- Es un "trocito" de Dios, pero no "es" Dios. No es una persona como tú, pero puede comunicarse contigo. Y tú con él, por supuesto. De hecho, nuestra conversación es una de las formas que el Monitor ha empleado para comunicarse contigo dadas estas circunstancias.

Ángel hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, aunque no era del todo cierto que comprendiera las palabras de la chica.

-Pero la posibilidad de comunicarse depende más de ti que de él, porque si hay algo que el Monitor respeta escrupulosamente es tu libertad de elegir –añadió la otra Aurora mirándole fijamente, como si deseara fervientemente que Ángel comprendiera sus palabras.

Ángel se quedó un buen rato cabizbajo y pensativo. Desde luego la situación en la que se encontraba bien se podía calificar de surrealista. No estaba despierto pero tampoco se podía decir que estuviera soñando. Controlaba hasta cierto punto todo lo que le pasaba, pero tenía frente a él a un interlocutor que estaba fuera del control de su imaginación y que le daba respuestas extrañas (aunque coherentes).

-Antes me dijiste que no eras la voz de mi conciencia... -recordó Ángel casi en un susurro – Y ahora me dices que eres una chispa divina alojada en mi mente. Si no eres mi conciencia, ¿para qué estás aquí?

La chica suspiró y se puso detrás de la oreja un mechón de cabello para evitar que se le fuera a la cara, en un gesto muy femenino. Desde luego, pensó Ángel, para ser una simulación tenía en cuenta hasta los más mínimos detalles.

-El Monitor observa, toma nota, recoge y, si le dejas y tienes los oídos bien abiertos, te sopla al oído para "tirar" de ti hacia arriba – respondió ella finalmente con una amplia sonrisa.

-¿Cómo? – Ángel la miró con cara de no haber entendido nada.

-El Monitor está alojado en tu mente para ayudarte a crecer personalmente y a prepararte para la vida eterna. Es un regalo que Dios te hizo para estar cerca de ti, para que no estés solo en la lucha por la existencia.

-Ya –se limitó a decir Ángel.

-Tú crees en Dios –afirmó la chica.

Ángel permaneció en silencio mientras contemplaba el pequeño salto de agua.

-Aunque tu idea de Dios no es muy elaborada –continuó la chica- Más o menos te quedaste en el Dios cristiano.

-No conozco otro –replicó el joven secamente.

-Estos últimos años no has tenido muy en cuenta a Dios –siguió afirmando la chica, sin preguntar siquiera si estaba o no en lo cierto. ¿Para qué, si "vivía" en la mente de Ángel?

Ángel esbozó una sonrisa torcida.

-Digamos que hicimos un trato: yo no le pregunto si existe, si él no me pregunta si existo –respondió el joven.

-Pero tú existes –dijo la joven devolviéndole una sonrisa limpia.

-Teniendo en cuenta la situación actual, ya no sé si existo o si soy el sueño de una mente enloquecida –respondió Ángel duramente.

-Sabes perfectamente que existes –insistió la joven- La pregunta es, ¿crees que Dios existe?

Ángel soltó un bufido impaciente.

-¡Y yo qué sé! –respondió, haciendo un aspaviento.

-¿Crees que Dios existe? –repitió la joven al cabo de unos segundos.

-Después de lo que he vivido en mi vida, tengo serias dudas –respondió Ángel, malhumorado- Sobre todo cuando compruebo que las injusticias abundan por todas partes. ¿No se supone que, si Dios existiera, no habría injusticias ni habría gente sufriendo por ellas?

-Crees que lo que te está pasando actualmente es una injusticia –afirmó la otra Aurora. Ángel encontraba cada vez más irritante que ella lo supiera todo de él.

-Pues sí, la verdad –reconoció Ángel- Estaba a punto de ascender en la empresa y, bueno…supongo que otros habrán aprovechado la circunstancia de que estoy fuera de la circulación para ocupar ese ascenso. Es más, es bastante probable que piensen que lo mejor que

pueden hacer es despedirme, si es que no me dan por muerto ya.

Estaba acomodando sus cosas en su nuevo despacho cuando alguien asomó la cabeza por la puerta abierta. Era Valverde, un compañero de trabajo de su departamento, economista de profesión como él. Era algo mayor que Ángel, y desde el primer momento que se conocieron sintió una gran aversión hacia él. Enseguida tuvo la impresión de que todo lo que le dijera podría ser utilizado en su contra. Y acontecimientos posteriores le confirmaron esas impresiones.

-Enhorabuena por el despacho –le dijo Valverde con una sonrisa que a Ángel se le antojó como falsa.

-Gracias –replicó Ángel sin mirarle, ocupado en colocar sus cosas en cajones y armarios.

-Esto sólo puede significar que pronto te van a ascender a jefe de proyecto –comentó Valverde, y por el tono de su voz Ángel dedujo que esa perspectiva no le hacía ninguna gracia.

Ángel se encogió de hombros.

-De eso no sé nada –contestó fríamente, deseando en su interior que se marchara pronto. Cada vez le resultaba más molesta su presencia - ¿Querías algo?

-Sí, quería pedirte un favor –Valverde mostró unos papeles, y Ángel procuró no exteriorizar su irritación- Hay unos balances que me descuadran, y no acierto a ver dónde me he equivocado. Por eso me gustaría que les echaras un vistazo. Ya sabes, cuatro ojos ven más que dos… Seguro que es una tontería, pero no caigo.

Ángel se lo quedó mirando, procurando mantener cara de póquer. "Qué majo", pensó. "Si le digo dónde está el fallo, como me ha dicho que es una tontería, no tendrá ningún mérito. Y si yo tampoco acierto a descubrir el fallo, el que quedaré mal seré yo".

-Ahora mismo estoy de trabajo hasta las cejas –se excusó Ángel- Si tengo un momento le echaré un vistazo, pero no te garantizo nada.

Valverde le entregó los papeles con una sonrisa helada.

-Está bien –le dijo- Me harías un favor.

Recordar a Valverde hizo que el humor de Ángel empeorara todavía más.

-Que no te asciendan o que pierdas tu trabajo no es el fin del mundo –respondió la joven- Eres lo bastante bueno en tu profesión como para conseguir un buen empleo.

-Sí, claro, en otro sitio donde tendré que empezar de cero de nuevo –dijo Ángel sarcásticamente.

-La vida está llena de situaciones donde hay que empezar de cero –replicó la otra Aurora – Y justamente eso es lo que nos hace aprender y lo que nos estimula para ser mejores. ¿No lo entiendes? La vida es aprendizaje, y precisamente para que aprendamos Dios nos deja ser libres y equivocarnos. Una de las consecuencias de este hecho es que la vida nos parezca injusta, pero eso es porque tenemos la libertad de elegir entre lo que está bien y lo que está mal.

Ángel no respondió.

-Piensa por un momento qué clase de mundo sería éste si Dios estuviera presente para rectificar nuestros errores, para arreglar todas las injusticias de un plumazo. Imagina que no tuviéramos la posibilidad de levantarnos tras una caída porque antes de caer una mano invisible nos salvara de estrellarnos contra el suelo. Quizá podría parecer un mundo feliz, pero ¿crees realmente que seríamos algo distinto a marionetas? Ser libre significa ser libre para equivocarse. Además, ¿no es verdad que se aprende más de los errores que de los aciertos?

-O sea que, según tú, tengo que agradecer todas las desgracias que me pasen, porque son oportunidades para aprender –recapituló Ángel, no muy convencido de las palabras de la joven.

-De algún modo sí, tienes que dar gracias por las adversidades de la vida, pues son ellas las que forjan tu carácter y te dan fuerza para afrontar los posibles contratiempos que lleguen después. Piensa en un niño sobreprotegido por sus padres. ¿Está mejor preparado que otros para enfrentarse a la vida? No sólo no lo está, sino que su autoestima estará unos puntos por debajo que el resto de niños que han sido educados bajo una protección normal.

-¿Piensas que soy un niño sobreprotegido? –preguntó Ángel, suspicaz.

-Claro que no –respondió la chica casi inmediatamente- Y no sólo no lo creo, sino que creo que tienes muy buena madera, por decirlo de alguna forma. Creo que tienes en tu interior to-

das las herramientas para desenvolverte airoso en la vida y para sacarle el máximo provecho. De lo contrario no estaría hablando contigo aquí y ahora sobre todo esto.

Ángel se quedó en silencio, pensativo.

-Sé que en el fondo quieres creer que soy real y que Dios, la realidad de la que procedo, también lo es –añadió la joven- Pero has recibido un duro golpe con tu accidente y te rebelas contra tu situación.

-Es cierto que me rebelo, aunque sé que es inútil –reconoció el joven, cabizbajo- Despertar de este sueño no depende de mi voluntad, sino de mi cerebro y de los médicos que me atienden.

-Entonces, puesto que rebelarte es inútil, aprovecha este paro forzoso para aprender algo de él –dijo la otra Aurora, mirándole tan intensamente que Ángel no pudo sostener su mirada- Sé que, si hay algo que odias, es perder el tiempo. Pues bien, aprovecha este tiempo para aprender. Puedes estar seguro de una cosa: lo que aprendas aquí te será de gran ayuda en la vida que te espera cuando despiertes. Te garantizo que no será una pérdida de tiempo.

Pero Ángel parecía estar dándole vueltas a otra cosa.

-Sólo de pensar que ahora mismo Valverde estará intentando ocupar mi puesto... -musitó, malhumorado.

-¿Y qué si es así? –exclamó la joven con vehemencia- ¡Deja de pensar en Valverde! Aprende a relativizar lo que te sucede. ¿Acaso es una

catástrofe que te echen del trabajo o que se retrase tu ascenso? ¡De lo que tienes que preocuparte ahora es de cuál va a ser tu actitud ante la vida a partir de ahora! Yo de ti me preocuparía por cambiar tu escala de prioridades. Estos últimos años has dado demasiada importancia a tu trabajo, en detrimento de otras cosas importantes.

-¿Otras cosas? ¿Como cuáles? –preguntó Ángel a la defensiva.

-Cosas como la amistad –respondió la chica, y añadió- y el amor…

-El amor… -repitió Ángel con retintín.

-Sí, el amor –insistió la joven, muy seria- Y con amor no me refiero a eso que buscabas todos los sábados por la noche en los bares de copas.

-Por qué lo llaman amor, cuando quieren decir sexo… -citó Ángel, distraídamente.

-Eso mismo –asintió la otra Aurora, y añadió - ¿No crees que deberías plantearte qué es lo que buscas en una pareja?

Ángel estaba sintiéndose cada vez más molesto con el giro que estaba tomando la conversación.

-A nadie le gusta enfrentarse con lo que no anda bien en su vida –comentó la joven, comprensiva.

-No es que no ande bien –replicó Ángel, a la defensiva- Simplemente no me he dedicado a buscar una compañera para toda la vida y esas cosas. Eso se encuentra, no se busca.

-Ya, pero tú no encuentras porque tienes en mente un tipo de mujer que no es la más apta para ti –volvió a afirmar la otra Aurora con contundencia.

-Empieza a fastidiarme el aire de sabihonda que tienes... -le espetó Ángel, con el ceño fruncido.

-Te fastidia porque sabes que tengo razón –repuso la joven sin inmutarse- Siempre te has sentido atraído por mujeres guapas y vanidosas. Como tienes buena planta, ellas también sienten atracción hacia ti... pero la relación no va más allá de lo puramente físico. Es cierto que, en ese aspecto, te ves recompensado, pero al final no puedes evitar sentirte solo...

-¿Y qué me sugieres que haga, niña lista? –preguntó Ángel con sarcasmo.

-Es fácil –respondió la joven sin inmutarse- Primero plantéate si el tipo de compañera que quieres es el que hasta ahora has estado buscando, si te conformas con el revolcón de una noche o te gustaría una compañera de verdad.

-Vale –replicó Ángel- Y si resulta que quiero buscar otro tipo de chica, ¿qué hago? ¿Pongo un anuncio en Internet?

La otra Aurora sonrió enigmáticamente.

-Quién sabe –respondió- Igual la tienes más cerca de lo que piensas...

6

-¿Diga?

-Hola, Ángel, soy Remedios.

-Hola, señora Remedios, dígame.

-Caramba, vaya voz que tienes…

-Debo de haber pillado la gripe, porque me he levantado con fiebre y me duele el cuerpo como si me hubieran dado una paliza.

-Entonces hoy no irás a trabajar, ¿no?

-No, no iré.

-Menos mal, porque conociéndote ya te veía yendo a trabajar con fiebre y todo.

- …

-Vaya por Dios. Precisamente hoy tengo que ir al hospital a acompañar a mi madre a hacerse unas pruebas. Te llamaba para decirte que esta mañana irá mi hija a limpiarte el piso. Pero ahora mismo preparo un caldo con cuatro hierbas que tengo y le encargo que te lo lleve.

-No se moleste…

-Quita, quita, qué molestia va a ser esa. Cuando hay fiebre hay que tomar líquidos, y una buena sopa resucita a un muerto.

-Tampoco hace falta limpiar hoy…

-Hombre, para mi hija no es molestia. Además, si estás con fiebre, prefiero que vaya para que te eche un vistazo…No es cuestión de que te pongas a cuarenta de fiebre, solo como estás, y

que no tengas fuerzas ni para llamar al médico. Por cierto, ¿has llamado al médico?

-Todavía no…

-Pues en cuanto me cuelgues, llama.

-De acuerdo, señora Remedios.

-Y cuídate, que los hombres solteros y solos como tú no se cuidan lo que deberían…

-Lo intentaré…

-Así me gusta. Luego por la tarde iré a ver cómo estás.

-Como quiera, señora Remedios, aunque ya sabe que no tiene por qué molestarse…

-No digas tonterías. A mí no me cuesta nada cruzar dos calles y subir a verte. Lo dicho: cuídate.

-Gracias…

En medio del sopor de la fiebre, Ángel oyó el sonido de una llave girando en la cerradura y la puerta de la entrada que se abría.

-¿Se puede? –preguntó la voz de una chica joven a lo lejos.

-Sí, pasa –acertó a responder él.

Oyó unos pasos decididos por el pasillo que finalmente se detuvieron a la entrada de su habitación en penumbra. Ángel levantó la cabeza y vio en el quicio de la puerta a una joven alta y delgada. Llevaba la melena de color castaño oscuro recogida en una coleta y vestía con un suéter de lana y unos vaqueros de color gris. No llevaba rastros de maquillaje en el rostro ni ador-

nos superfluos, exceptuando un pañuelo de vivos colores anudado al cuello.

-Buenos días –dijo la joven sin entrar en la habitación- Soy Alba, la hija de Remedios. ¿Qué tal te encuentras?

Ángel se incorporó trabajosamente en la cama antes de responder.

-Bueno…he tenido días mejores –dijo intentando esbozar una sonrisa.

La chica sonrió ante el comentario de Ángel y preguntó de nuevo:

-¿Ha venido el médico?

-Sí –respondió Ángel- Me ha dicho que hasta la semana que viene me olvide de ir a trabajar. Tengo gripe, así que lo único que puedo hacer es tomar antitérmicos y guardar reposo. De hecho acabo de tomarme una aspirina y ya empiezo a notar que me está bajando la fiebre.

-Muy bien. Ahora es cuestión de hacerle caso al médico y descansar, para que tus defensas hagan el resto.

-Sí, pero es tan aburrido estar en casa sin poder hacer nada… -se quejó Ángel.

-En eso estoy de acuerdo contigo, pero no te queda otra –dijo la chica jovialmente- Y ahora que estás algo más espabilado, ¿te importaría irte al comedor? Voy a ventilar un poco la habitación y a hacerte la cama. Huele demasiado a cerrado y conviene que se renueve el aire.

Ángel se levantó obedientemente, se puso un albornoz y se sentó en el sofá del comedor. Notó un poco de mareo y entonces cayó en la cuenta de que llevaba muchas horas sin probar bocado,

pero tampoco tenía ganas de comer ni le apetecía prepararse nada.

A los cinco minutos, Alba apareció en el comedor.

-Ya tienes la cama hecha. Puedes volver a acostarte, si quieres.

-Gracias, creo que es lo que voy a hacer. Me noto un poco mareado –y se levantó del sofá lentamente. Se sentía enormemente cansado.

-Por cierto, ¿has comido algo? –preguntó la joven, acercándose a él por si necesitaba ayuda.

-No, pero no tengo hambre.

-Pues tienes que comer si quieres recuperarte pronto –dijo Alba, tajante- Ahora mismo te preparo algo. Por cierto, te he traído un caldo que ha hecho mi madre para la hora de la comida.

-Sí, lo sé, me lo ha dicho cuando me ha llamado por teléfono esta mañana. Remedios es como mi madre de Madrid. Me mima demasiado…

Alba se echó a reír alegremente.

-Sí, ella es así, es igual con todo el mundo. Siempre tiene un momento para echarle una mano a alguien.

-Y tú vas tras sus pasos, por lo que veo –replicó Ángel medio en broma mientras se metía en la cama. Alba se sentó a los pies de la cama con las piernas cruzadas, como si estuviera sentada en el suelo.

-Ya se sabe, de tal palo… -respondió ella sonriendo- Aunque, ¿sabes? Mi madre tiene razón: se disfruta más dando que recibiendo. Lo curioso es que hay mucha gente que piensa lo contrario.

No entienden que me guste ir a visitar ancianos…

-¿Visitar ancianos? –repitió Ángel con asombro.

-Sí, trabajo como voluntaria para una oenegé que se dedica a visitar a ancianos que viven solos. Les hago compañía, les hago recados, les leo en voz alta… A algunos les hago la limpieza de casa o les ayudo a asearse…

Ángel seguía sin salir de su asombro.

-¿Cuántos años tienes? –preguntó finalmente.

-Diecinueve, ¿por?

-No sé… -dijo Ángel, confuso- Pensaba que la gente de tu edad estaba por otras cosas…

Alba se echó a reír de nuevo. Ángel pensó que le gustaba la risa de la joven, tan alegre y tan carente de burla. Era la risa de una persona feliz.

-Pues ya ves, no todos los de mi edad están "por otras cosas". De hecho, todos los que trabajamos como voluntarios para la oenegé tenemos menos de veinticinco años. Además, si te organizas un poco hay tiempo para todo. Yo por ejemplo sólo visito ancianos dos días a la semana. El resto del tiempo me dedico a ir a la universidad y a hacer trabajillos para pagarme mis gastos.

-¿Qué estás estudiando?

-Bellas Artes –respondió Alba- Me gusta mucho pintar, ¿sabes? Se me da bien.

-Qué suerte. Siempre he envidiado a la gente que tiene dones artísticos. Me temo que yo llegué tarde al reparto de esa clase de dones –confesó Ángel. Y preguntó, interesado- ¿Y qué pintas

exactamente? Te advierto que no sé mucho de estilos, es sólo para hacerme una idea.

-Me gusta pintar paisajes abstractos –respondió la chica, evidentemente contenta de que Ángel mostrase interés por lo que hacía- Me encanta jugar con los colores y crear juegos de luces y sombras. También me inspiro mucho en los sueños, me gusta recrear ambientes oníricos en mis cuadros.

-Muy bien. Avísame cuando hagas una exposición. Me encantaría ver tus cuadros –dijo Ángel. Se dio cuenta que, desde que había llegado Alba, se sentía más animado. Suponía que era por la compañía de la joven y por la conversación que le daba. Tendría demasiado tiempo ese día para estar solo.

La joven suspiró profundamente.

-Ese sería mi sueño, montar una exposición… -confesó- De momento está difícil, pero espero poder conseguirlo algún día. ¡Aunque sólo vayan a verla mis viejecitos! –añadió, riendo.

-Y yo, no lo olvides –apostilló Ángel con una sonrisa.

La chica le dedicó otra sonrisa y se puso de pie.

-Al final nos hemos enrollado a hablar, y todavía no has comido nada. Voy a ver qué puedo prepararte –comentó ella, y se fue hacia la cocina. Ángel la escuchó abrir la nevera y algún que otro armario.

-No tienes casi de nada –observó Alba al cabo de unos minutos.

-Normal –respondió Ángel- No como en casa y a la hora de cenar ceno cualquier cosa.

-Ya. Pues creo que me voy a acercar un momento hasta la frutería que hay aquí abajo y voy a comprar naranjas. Un poco de vitamina C te va a ir genial para la gripe.

-Espera, que te doy dinero…

-No te preocupes, que yo llevo. Ya harás cuentas con mi madre –replicó Alba, y se dirigió hacia la puerta de entrada cogiendo al vuelo la chaqueta que había traído.

La joven volvió al cabo de un cuarto de hora, estuvo trasteando en la cocina, y unos minutos después apareció en el dormitorio de Ángel con una bandeja en la que había un vaso de zumo de naranja natural y un par de tostadas de pan de molde con jamón de York.

-Aquí tienes –le dijo mientras le entregaba la bandeja- Yo mientras tanto iré limpiando.

-De acuerdo. Gracias por todo –dijo Ángel y comenzó a comer, aunque sin muchas ganas.

-De gracias nada. Son cien euros –bromeó Alba, y salió de la habitación. Al poco rato Ángel la oyó cantar mientras hacía la limpieza del piso. Recordó que su madre también solía hacerlo, y anotó mentalmente que la llamaría ese día por la noche. Hacía muchos días que no hablaba con sus padres por teléfono. Siempre lo achacaba a que llegaba a casa muy tarde y cansado, pero hoy ni siquiera la gripe tenía que ser una excusa para no hablar con ellos.

-Si te molesta que cante me lo dices –le dijo Alba desde el otro extremo del piso, levantando

un poco más la voz para que Ángel pudiera oírla bien- Me imagino que con la fiebre no tendrás ganas de muchas tonterías.

-No te preocupes, no me molesta para nada –la tranquilizó Ángel- Al contrario, me has hecho recordar a mi madre. Ella también canta cuando hace las tareas de casa, solo que su repertorio se centra más bien en la copla española.

Oyó como Alba reía a lo lejos.

-Mi madre también es del mismo estilo –comentó ella y añadió, al cabo de unos segundos - Por cierto, con eso de que vives solo en Madrid, debes echar de menos a tu familia, ¿verdad?

-Un poco, sí –reconoció Ángel- Sobre todo en días como hoy, aunque suene un poco egoísta.

- A todos nos gusta que nos mimen cuando estamos malitos. Eso no es ser egoísta. Lo egoísta sería que tú no hicieras lo mismo por los demás - dijo la chica mientras se la oía mover lo que había en los estantes para quitarle el polvo- ¿Y tienes muchos amigos en Madrid?

-Sí, tengo amigos con los que salir y eso –respondió él.

-Pero… ¿son amigos de los que vienen a verte cuando estás enfermo, o de los de salir a tomar copas? –preguntó sagazmente Alba.

En esos momentos, Ángel no supo muy bien qué decir.

-Bueno, la verdad es que hasta ahora no me había puesto nunca enfermo aquí en Madrid –respondió finalmente.

-En ese caso, esta es una buena oportunidad para ponerles a prueba, ¿no crees? –observó Al-

ba, sin bajar el ritmo de trabajo. Ahora estaba moviendo sillas y mesas para limpiar los rincones.

-Supongo –se limitó a decir Ángel. A decir verdad, no creía que él fuera a llamarles para contárselo, y dudaba que ellos le llamaran a él si no era un día festivo.

En ese momento sonó el móvil de Ángel, que estaba en la mesita de noche. Ángel descolgó. Le llamaban desde el trabajo preguntándole por sus tareas pendientes. Tuvo que levantarse de la cama para tomar unas notas y, cuando descolgó, no pudo evitar soltar un bufido de contrariedad.

-Los del curro no te dejan en paz, ¿no? –observó Alba mientras seguía con las tareas de limpieza.

-No –respondió Ángel con fastidio- Les da igual que tenga gripe. Me han pedido que les envíe por correo electrónico un informe que tenía pendiente para hoy.

-¿Y no puedes decirles que no puedes hacerlo porque el médico te ha dicho que tienes que descansar? –preguntó la chica, casi enfadada- Que no eres una máquina, joder.

-No, me temo que no puedo –respondió Ángel con un deje de amargura- Para ellos soy una máquina de trabajar, mis circunstancias personales se las traen al fresco. Y, si me niego… será cuestión de tiempo que me inviten a tomar la puerta de salida, con la excusa de que no tengo buena actitud para el trabajo o algo así.

-Pues vaya, cómo está el mundo laboral… -comentó Alba con deje castizo.

-Sí, así están las cosas en el mundo real –replicó Ángel, que se puso de nuevo su albornoz y se fue hasta el comedor a encender su ordenador portátil.

Al cabo de media hora de estar trabajando con el informe le dolían los ojos y la cabeza, así que se tomó un respiro y se sentó en el sofá. Justo entonces Alba apareció de nuevo por allí.

-Ya he terminado –anunció la joven- Por suerte eres muy ordenado y eso me ha hecho ir más rápido.

-Es verdad, no soporto el desorden. ¡Espero que no se convierta en una manía compulsiva! –dijo Ángel con una sonrisa, que Alba le devolvió.

-Casi es hora de comer. ¿Quieres que te caliente la sopa? –preguntó la joven.

-Sí, gracias, creo que me irá bien –respondió Ángel mientras se frotaba sienes y ojos alternativamente.

Al cabo de un rato salió de la cocina un agradable olor a caldo de pollo, que hizo que Ángel sintiera una punzada de nostalgia. ¿Cuánto tiempo hacía que no probaba la comida casera?

La chica vino de la cocina con dos platos. Ángel la ayudó a poner la mesa, aunque no hacía falta preparar mucho.

-Mi madre ha hecho caldo para un regimiento –comentó ella mientras se sentaba a la mesa- Y el ejercicio me ha dado hambre.

-No tienes por qué excusarte –le dijo él- Además, no me gusta nada comer solo. Es lo más triste que hay.

-Es verdad –admitió ella, mientras movía distraídamente el caldo con la cuchara para que se enfriara.

Al principio comieron en silencio, que Alba rompió para preguntarle:

-¿Quieres que ponga la tele? Estoy tan acostumbrada a no verla que nunca me acuerdo de encenderla.

-No, mejor no –respondió él- Tal y como me encuentro me daría más dolor de cabeza todavía si pongo la tele.

-Como quieras –dijo ella encogiéndose de hombros- Por mí, mejor. Paso de ver la tele. Es mucho más interesante leer un libro o pintar. Cuando estoy pintando se me pasan las horas en un santiamén, aparte de que disfruto un montón. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

-¿A mí? Descansar –respondió Ángel con una media sonrisa.

-Vale, pero… ¿no tienes ninguna afición, algo que te guste hacer cuando no estás trabajando, aparte de descansar?

Ángel se quedó un rato pensativo antes de responder.

-Me gusta leer, ir al cine… Y de vez en cuando (menos de lo que me gustaría) juego a squash en un gimnasio al que me apunté al poco de llegar a Madrid. Pero hace ya tanto tiempo que no voy que no aguantaría jugando ni cinco minutos seguidos. La verdad es que últimamente lo único que me apetece es hacer el vago en el sofá.

-Pues mira por dónde, vas a estar unos días haciendo lo que te gusta –observó Alba con una sonrisa burlona.

-Ya, lo malo es que no es lo mismo cuando me duele todo el cuerpo y siento como si mi cabeza estuviera a punto de estallar – replicó Ángel con una expresión de dolor en su rostro.

-Qué quieres, chico. No siempre recibimos lo que nos gustaría tener –dijo Alba- Pero, a pesar de que te den la lata en la oficina de vez en cuando, intenta aprovechar estos días para descansar.

Ángel soltó un bufido.

-¡Qué remedio! –exclamó.

-Tenemos que cuidar nuestro cuerpo. No vinimos al mundo con otro de repuesto –apuntó la joven mientras recogía los platos de la mesa.

Ángel asintió sin decir nada y la observó durante unos segundos. Le gustaba la sencillez y la espontaneidad de la chica. Parecía decir las cosas tal como las pensaba, pero sin hacer que la otra persona se sintiera molesta por ello.

Cuando acabó de comer, Ángel volvió a sentarse en el sofá. Seguía encontrándose mal, pero la sopa parecía haberle reanimado un poco.

Después de unos minutos, Alba salió de la cocina y le dijo:

-Tengo que irme, esta tarde tengo clase en la universidad. Mi madre seguramente vendrá dentro de un par de horas a ver cómo te encuentras. Yo de ti me dormiría una buena siesta y dejaría el informe para mañana. ¡Tampoco creo

que se vaya a hundir el mundo si no lo entregas hoy!

Ángel sonrió débilmente y asintió. Lamentaba tener que quedarse solo, pero tampoco podía pedirle a Alba que se saltara las clases y se quedara con él. Hubiera sonado demasiado extraño de alguien a quien acabas de conocer ese mismo día.

-Tranquila, estaré bien –dijo finalmente- Si noto que me sube la fiebre me tomaré otro antitérmico y me echaré un rato a dormir.

-Cuídate –le dijo la joven con una ancha sonrisa antes de dar media vuelta y salir del comedor.

-Gracias por todo –dijo Ángel mientras se tumbaba en el sofá. Y al cabo de unos instantes añadió, sin que la chica pudiera oírle pues ya había salido por la puerta- Ha sido un placer conocerte.

7

Ángel se preguntó por qué, justo cuando estaba hablando con Aurora sobre buscar una compañera, le vino a la mente el recuerdo del día en que conoció a Alba. Curiosamente, en aquel estado de sueño lúcido en el que se encontraba, los recuerdos eran tan nítidos que era como volver a vivirlos con todo lujo de detalles.

Todavía andaba inmerso en sus recuerdos cuando cayó en la cuenta de la coincidencia de los hombres. Aurora, Alba…

“Parece que los amaneceres me persiguen”, pensó, sonriendo para sus adentros.

La otra Aurora permanecía sentada en la hierba y parecía seguir el hilo de sus recuerdos y de sus pensamientos, limitándose a mirarle mientras esbozaba una media sonrisa. Ángel pareció darse cuenta de que no estaba solo y le devolvió la mirada, sin saber muy bien qué decir.

-¿Sabes qué fue de la verdadera Aurora? –preguntó el joven tras abandonar momentáneamente sus reflexiones.

-Finalmente se marchó de Burgos, estudió para arqueóloga y ahora está trabajando en un yacimiento de Galicia donde conoció al que ahora es su marido –respondió la otra Aurora.

-Así que al final consiguió ser lo que quería… -murmuró Ángel.

-Aurora tiene una cualidad muy valiosa –comentó la chica mientras acariciaba una flor cuyos pétalos tenían un brillante tono violeta- Es muy idealista pero tiene los pies en el suelo y sabe lo que quiere.

-Me alegro por ella –dijo Ángel sinceramente- Ojalá sea feliz.

-Lo será –respondió la otra Aurora con gran convicción- Tiene todos los ingredientes para serlo.

-¿Y cuáles son esos ingredientes? –preguntó el joven rápidamente.

La joven se echó a reír, con esa risa tan alegre y natural tan propia de ella.

-Te gustaría que te dijera el secreto de la felicidad, ¿verdad? –dijo, con un leve tono burlón en la voz.

-Por supuesto. Así cuando despertara escribiría un libro de autoayuda y me haría rico –respondió él, siguiendo la broma.

-Bueno, podría decirte que no hay tal secreto –dijo ella mientras se agachaba para oler las flores- Serás feliz siempre que hagas caso a tu Monitor. O, si así es más claro para ti, al dictado de tu corazón.

-Eso es como no decir nada –se quejó el joven, con un suspiro.

-Creo que lo entenderás mejor cuando comprendas cuál es el papel del Monitor en tu mente, y cuando entiendas que tienes que...-la chica se mordió el labio inferior y añadió- No, creo que te lo diré más adelante. Todavía tienes que darte cuenta de muchas cosas por ti mismo.

Ángel se encogió de hombros y miró hacia el salto de agua sin pensar en nada en concreto. La chica siguió jugueteando con las flores del suelo.

-¿Sabes una cosa? –dijo la joven finalmente- Alba y su madre fueron de las primeras personas en ir a verte al hospital, el mismo día del accidente.

-¿En serio? –preguntó Ángel, aunque no le sorprendió- ¿Y cómo se enteraron?

-Pues… "casualmente" Remedios pasaba a unos cien metros de allí cuando el coche te atropelló –a Ángel le sorprendió que recalcara justamente esa palabra, pero en aquel momento no le dio demasiada importancia- Vio el tumulto y se acercó por si podía ayudar en algo. ¡Menudo susto se llevó cuando te vio tirado en el suelo, sangrando e inconsciente!

-Pobre mujer… -musitó Ángel, lamentando sinceramente que le hubiera visto de ese modo.

-Fue contigo en la ambulancia, llamó a tu trabajo, a tus padres…y, cómo no, a su hija, que fue enseguida al hospital. No se movió de allí hasta que no llegaron tus padres. Todavía hoy sigue yendo a visitarte todos los días al hospital.

Ángel no pudo evitar sentir un nudo en la garganta de la emoción. Sentía tanta gratitud hacia Remedios que creía que el pecho le iba a estallar. Y no sólo eso: sintió también una gran tristeza al pensar en sus padres.

-¿Y mis padres? ¿Cómo lo llevan? –preguntó, con una mirada anhelante, todavía con el nudo en la garganta.

La chica suspiró profundamente antes de responder.

-Te puedes imaginar lo duro que fue para ellos… Pero te sorprendería la entereza que están demostrando. Además, tienen una gran confianza en tu recuperación, y eso les da ánimo para afrontar tu estancia en el hospital.

-Supongo que ahora vivirán en mi casa… -aventuró Ángel.

La otra Aurora movió la cabeza afirmativamente.

-Aunque, más que en tu casa, pasan en el hospital la mayor parte del tiempo –observó la joven- Tú eres ahora mismo su prioridad número uno.

Ángel bajó la cabeza. Sintió una punzada de mala conciencia, pues desde que fue a Madrid había descuidado mucho el contacto con sus padres.

-¿Quién más ha venido a verme? –preguntó, intentando sacudirse de encima sus pensamientos.

-Los tres primeros días fue a verte Miguel, tu compañero de trabajo –respondió la otra Aurora- Se le veía realmente afectado por lo que te sucedió. Pero, como ya sabes, tenía que marcharse a Finlandia. Aún así, sé que llama a tus padres al menos una vez a la semana para preguntar por ti.

Ángel sintió una punzada de alegría al saber que Miguel seguía interesado después de haberse marchado de Madrid. “Eso es lo que hacen los amigos”, pensó.

-¿Y ha ido a verme alguien más? –preguntó. Sentía curiosidad por saber quién más se había interesado por él hasta el extremo de ir a visitarle al hospital.

-Tu hermano Berto –respondió ella.

-¿Pero nadie más?

La joven le miró muy seriamente, y negó con la cabeza.

-¿Nadie? –insistió Ángel.

-No –contestó la joven lacónicamente.

El joven pensó entonces en los compañeros de trabajo, en los amigos con los que salía los fines de semana, en mucha gente que conocía en Madrid.

-¿Y por qué no han venido a verme?

La joven se tomó unos segundos antes de responder, con un tono de dureza en la voz:

-Creo que para la mayoría es como si ya estuvieras muerto. Tendrías que haber escuchado las excusas que ponían para no ir a verte. Ya sabes, los hospitales son tan deprimentes…Pero lo realmente importante no es quién se ha olvidado de ti, sino quién te está ayudando aquí y ahora.

Ángel se quedó unos instantes pensativo. La chica tenía razón, pensó. Ahí fuera había gente que sí se preocupaba por él.

-Pero creo que hay otra pregunta que hace rato que te está quemando por dentro, ¿verdad? –dijo la otra Aurora, sagazmente.

Ángel sacudió la cabeza afirmativamente. No tenía sentido resistirse más:

-¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? –dijo, mirando a la otra Aurora fijamente a los ojos.

La chica, devolviéndole la mirada, le contestó:

-Veinte días.

Ángel abrió unos ojos como platos.

-¡Veinte días!-exclamó- ¡Si apenas parece que ha pasado un instante!

-El tiempo no transcurre del mismo modo aquí dentro que ahí fuera –observó la otra Aurora apaciblemente.

-Sí, y además el tiempo ahí fuera va en mi contra –replicó Ángel, con una nota de desesperación en la voz- Tengo entendido que, cuanto más tiempo se pasa en coma, más riesgo hay de no despertar nunca… o de que hayan daños irreversibles.

-Es cierto –reconoció la joven- Pero ya te dije que despertarás, ¿recuerdas?

-Sí, ya lo sé. El problema es cómo quedaré – replicó Ángel amargamente.

La chica se acercó a él y le tomó ambas manos. Su rostro quedó a escasos centímetros del de Ángel mientras le decía, con una mirada llena de calidez:

-Ten confianza, Ángel.

-Sí, confianza, pero, ¿cómo quedaré? – insistió el joven con impaciencia.

-Bueno... ya lo verás –dijo, jugueteando con los dedos de Ángel sin llegar a soltarle- No quiero que te angusties por eso. No quiero que pienses que el tiempo juega en tu contra y que necesitas salir de este estado como sea, porque entonces solo tendrás esa idea en la mente y lo que me interesa es que pienses en cosas mucho más constructivas.

-¿De qué me sirve pensar en cosas constructivas si luego voy a quedarme hecho un vegetal? –preguntó Ángel lúgubremente.

La otra Aurora sacudió la cabeza varias veces mientras aferraba con fuerza las manos de Ángel.

-No dejes que los pensamientos negativos te atrapen –le dijo- Estás dándole a tu accidente un carácter de desgracia absoluta que no tiene. Si finalmente no despertaras y te quedaras en estado vegetativo seguirías más o menos como hasta ahora: encerrado en el mundo de los sueños hasta que tu cerebro y tu cuerpo no pudieran más y tu "yo" quedara por fin libre. Pero te he dicho que despertarás.

-Sí, pero si despierto y me quedan daños cerebrales... ¡ya me dirás tú qué vida puede ser esa! –replicó Ángel, aterrorizado ante la perspectiva de quedarse postrado en una cama para siempre, ya fuera consciente o inconsciente.

-Tu vida siempre será como tú quieras que sea –respondió la joven con firmeza- Que sea cielo o infierno no depende de los demás o de si tienes o no secuelas físicas: depende de tu actitud ante la vida. Además, piensa una cosa: el

Monitor estará siempre contigo y, si le dejas, te ayudará más de lo que puedes imaginar. Puedes estar seguro de eso.

Ángel se quedó meditabundo durante unos instantes, mientras la joven le miraba atentamente.

-De lo que estoy seguro es de que mi vida no volverá a ser como antes –respondió él finalmente.

-En eso te doy la razón –replicó la joven con una gran sonrisa- Es más, aunque tú ahora no lo creas así, estoy segura de que a partir de ahora tu vida será mucho mejor. ¡Recuerda bien mis palabras!

8

Ángel se había tumbado en la hierba, contemplando un cielo de un azul imposible. La joven seguía sentada a su lado, esperando sus preguntas.

-Aurora…

-¿Sí?

-¿Tienes nombre? Ya sé que no eres la "verdadera" Aurora, pero no tengo un nombre mejor con el que llamarte.

La chica rió alegremente y respondió, aún sonriente:

-El Monitor no es una persona, así que no tiene nombre. Y yo, en tanto que proyección suya, tampoco. Pero puedes seguir llamándome Aurora. ¡Al fin y al cabo, tengo su aspecto!

-No es una persona… -repitió Ángel, y la chica asintió con la cabeza.

-Tú eres la persona aquí –repuso la chica mirándole fijamente.

-¿Y eso qué significa? –preguntó Ángel, intrigado. Nunca se había planteado la condición de persona.

-Significa –respondió ella- que tienes conciencia de ti mismo, que tienes voluntad, que puedes comunicarte con otras personas, y que no hay ninguna persona más que forme parte de ti. Puede sonar a perogrullada, pero es un detalle más importante de lo que parece.

-Entonces, si ni el Monitor ni tú sois personas… ¿cómo es que puedo comunicarme con vosotros?

-Buena pregunta –observó la chica luego de soltar una risita breve- De hecho podríamos decir que esta situación que estás experimentando ahora es un tanto atípica. Por decirlo brevemente, el Monitor se está comunicando contigo de una manera más directa de lo que suele ser habitual, aprovechando la oportunidad que le ha brindado un estado cerebral que no es el habitual de la vigilia, pero que tampoco es el del sueño corriente.

Ángel no respondió. Fijó su vista en un jirón de nube rabiosamente blanco que cruzaba el cielo lentamente.

-Si este no es el método habitual, ¿cómo se comunicaba antes el Monitor conmigo?

-Normalmente intenta comunicarse a través de los sueños, aunque eso no implica que el Monitor los controle. De hecho la comunicación por este medio suele fallar casi siempre. La mayoría de las veces suele haber demasiado "ruido" en vuestra mente como para poder transmitir algún mensaje inteligible.

Ángel recordó los sueños recurrentes que había tenido los días previos al accidente. La otra Aurora ya le había hablado de eso.

-Pero el Monitor siempre está ahí intentándolo –prosiguió la chica, que también se había tumbado y contemplaba el lento paso de las nubes, impulsadas por un viento inexistente- En las intuiciones, en las ideas que te asaltan

de repente…El Monitor es un currante que trabaja las 24 horas del día los 365 días del año. ¡No descansa nunca!

Ángel soltó el aire de sus pulmones con un golpe seco.

-Pues hasta ahora debo haber sido sordo como una tapia, porque no he sido consciente de que nada ni nadie se comunicara conmigo –replicó.

-Eso es porque estabas distraído por el "ruido" y no prestabas atención –dijo la chica con una media sonrisa.

-¿Y cómo se hace para escuchar? –preguntó Ángel.

La chica se incorporó y se quedó sentada en la hierba frente a Ángel.

-¿Realmente lo quieres saber? –inquirió ella a su vez. Parecía ilusionada ante el interés del joven.

Ángel se medio incorporó y la miró durante unos segundos antes de responder.

-Si algún día voy a despertar, necesitaré saber cómo escuchar estando consciente –respondió.

La chica se tomó un momento antes de contestar, aparentemente abstraída en la contemplación del cielo.

-Se trata de que, de vez en cuando, aquietes tu mente –dijo ella finalmente.

-¿A qué te refieres? ¿A que haga meditación o algo así? –preguntó él, intrigado.

-Hombre, la meditación es una práctica muy saludable, pero yo me refería a algo mucho más

sencillo. Ya sabes que la mente siempre está en ebullición, asaltada continuamente por pensamientos que la inmensa mayoría de las veces no son ni útiles ni positivos. El estilo de vida actual no es que ayude precisamente a que sea de otra forma. Pero no está de más que de vez en cuando te tomes un respiro de las actividades cotidianas, ahuyentes los pensamientos superfluos de tu mente y sientas el paso del tiempo fluir sobre ti. Si lo consigues, justo entonces el Monitor encontrará la manera de comunicarse contigo.

-No sé muy bien qué quieres decir con eso de sentir el paso del tiempo… -reconoció Ángel.

-Me refiero a que te relajes, intentando en lo posible no pensar en otra cosa que no sea disfrutar del momento presente. Hay quien a eso le ha llamado "beber tiempo". Justo en ese momento, cuando la mente no está ocupada en recordar sucesos pasados ni angustiada por posibles situaciones futuras, es cuando pueden llegar a ti pensamientos más elevados, puedes llegar a ver la vida con otros ojos. Puedes vivir la vida siendo dueño y señor de ella.

-¿Y eso se consigue simplemente relajándose de vez en cuando? Me parece una receta demasiado fácil –replicó Ángel irónicamente.

-¿Te parece fácil? –la otra Aurora se incorporó y se acercó más a él con aire desafiante- Entonces, ¿por qué hasta ahora no lo has conseguido ni una sola vez?

Ángel se quedó desarmado por un momento, sin saber muy bien qué decir. La joven esbozó una sonrisa triunfal.

-Bueno, uno no siempre tiene tiempo de… -empezó Ángel, pero la joven le interrumpió.

-Ángel –le dijo, tajante- Siempre se tiene tiempo. No hace falta que estés de vacaciones ni en lo alto de una montaña ni a la orilla del mar, ni en una habitación perfumada de incienso. El día tiene muchos tiempos muertos en los que puedes pararte a beber tiempo. Tan sólo hay que tener la voluntad de hacerlo.

Durante unos instantes ninguno de los dos dijo nada. El silencio era total en aquel escenario. Ángel pensó en ese momento que agradecería que sonara el canto de los pájaros. Instantáneamente comenzó a escuchar ese agradable sonido, y no pudo evitar sonreír para sus adentros. Recordó entonces que él tenía el poder de modificar aquel entorno. Miró entonces a Aurora, que justamente le estaba observando con una media sonrisa. Naturalmente, ella sabía.

-¿Por qué no lo intentas ahora? –le propuso la joven.

-¿Qué intente qué? ¿Que dejen de cantar los pájaros? –preguntó Ángel, confundido.

-No. Aquietar tu mente –respondió ella.

-¿Ahora? Seguro que ahora es mucho más fácil que cuando estoy despierto –dijo Ángel con suficiencia.

-¿Estás seguro? –replicó la otra Aurora, escéptica.

-Seguro –insistió el joven- No tengo nada que hacer, estoy en un lugar tranquilo que puedo controlar donde nada ni nadie va a molestarme. Creo que soy capaz de hacerlo.

-Adelante, inténtalo –le animó ella- Es más: voy a retirarme un momento para no distraerte ni molestarte.

-Tampoco es que haga fal… -comenzó a decir Ángel, pero la chica se esfumó ante sus ojos antes de que pudiera terminar la frase.

-Vaya, eso sí que es rapidez –comentó el joven. Y añadió para sí, mientras se desperezaba – Bueno, vamos allá. No debe de ser tan difícil…

Permaneció tumbado sobre la hierba mullida del jardín. Los pájaros seguían cantando, incluso podía sentir un calor tibio en sus mejillas procedente de la luz del sol que iluminaba el día ficticio de sus sueños. Recordó algún momento lejano de su niñez en el que había sentido algo parecido mientras iba de excursión por el campo, sentado en la hierba después de comer, con la somnolencia que da la digestión. Echó de menos la brisa de la tarde en su rostro, e inmediatamente comenzó a sentirla. Abrió los ojos y vio la hierba y las hojas de los árboles mecidas por ese ligero viento. Sonrió y volvió a cerrar los ojos. Ahora sí que se encontraba cómodo para relajar su mente.

Al principio le fue muy fácil relajarse y no pensar en nada más que en disfrutar de ese instante de paz y tranquilidad, pero muy pronto, y casi sin darse cuenta, comenzaron a asaltarle pensamientos de lo más dispar. Tan pron-

to pensaba en alguna situación pasada en el trabajo como en la réplica que tendría que haberle dado a un compañero especialmente estúpido. En cuanto se daba cuenta de que sus pensamientos se habían colado intentaba rehuirlos. Con los ojos cerrados, imaginó que tenía ante él una pantalla negra. Intentó no pensar más que en esa pantalla y que, cuando alguna imagen mental le asaltara, la sustituiría inmediatamente por la pantalla negra. Pero parecía una batalla imposible. Tarde o temprano, los pensamientos inútiles acababan apareciendo.

Ángel sacudió la cabeza, malhumorado. "No puede ser tan difícil", pensó. Intentó tranquilizarse y, puesto que imaginar la pantalla negra no le había dado resultados, abrió los ojos y los dirigió hacia el cielo, sin mirar hacia ningún punto en concreto.

El azul del cielo consiguió relajarle de nuevo, y se dijo para sus adentros que ahora sí podría relajarse adecuadamente. Pero apenas había acabado de formular ese pensamiento cuando, de repente, sus peores miedos comenzaron a acosarle.

"Estás perdiendo el tiempo. ¿De verdad piensas que vas a volver al mundo real y a continuar tu vida como si nada? Vas a quedarte aquí para siempre y lo sabes. Estarás atrapado en este sueño de por vida. ¿Y qué pasará cuando mueras? Simplemente dejarás de existir. Nada. Cero. Eso es en lo que te vas a convertir. Todos los esfuerzos que has hecho por conse-

guir algo en tu vida habrán sido inútiles, como el que persigue afanosamente estelas de humo”.

Ángel se incorporó de un salto, como el que se despierta de una pesadilla.

-¡No! –gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Inmediatamente apareció la otra Aurora ante él, apenas a dos metros de distancia. Ángel no se atrevía a mirarla a los ojos y permaneció con la cabeza gacha.

-Tenías razón –dijo el joven mirando la hierba que tenía a sus pies- Es más difícil de lo que parece.

La chica se acercó más a él y le levantó la barbilla con el dedo para obligarle a mirarla. Ángel le miró con ojos tristes, pero le confortó comprobar que ella sonreía comprensivamente.

-Al menos lo has intentado –le dijo ella con un tono de voz que tuvo un efecto balsámico para Ángel.

Ángel se arrodilló en el suelo, todavía desanimado ante la imposibilidad de tranquilizar su mente.

-¿Pero por qué es tan difícil? –se preguntó casi para sí- ¿Por qué empezaba a pensar en tonterías cada vez que intentaba relajarme? ¿Por qué venían a mi mente pensamientos negativos?

La otra Aurora se agachó frente a él, y su voz sonó tremendamente dulce cuando le respondió:

-Porque la mente es como un niño mimado que está acostumbrado a hacer lo que le da la

gana y necesita disciplina. Si la dejas libre seguirá parloteando y parloteando, yendo de un pensamiento a otro continuamente. Recuerda que la mayoría de los pensamientos que tienes son "ruido". Tienes que hacer el esfuerzo consciente de elevar la calidad de tus pensamientos.

Ángel levantó la cabeza para mirarla. Se sentía enormemente confuso.

-¿Elevar la calidad de mis pensamientos, dices? –repitió.

La otra Aurora asintió con la cabeza.

-Los pensamientos positivos son sin duda de mayor calidad que los pensamientos negativos –afirmó ella mientras le miraba fijamente.

-Entonces, el último pensamiento que he tenido ha sido de una calidad bajísima –repuso Ángel, todavía con el ánimo encogido por ese último pensamiento.

-Pero has dicho "no" alto y claro –dijo la chica con los ojos brillantes y una sonrisa encantadora- Has conseguido alejar ese pensamiento de ti.

-Por ahora –replicó el joven- Pero volverá.

-Es cierto, volverá. Pero si no dejas que te domine, si no dejas que te convenza de que realmente las cosas son así, poco a poco ese pensamiento te irá visitando cada vez menos y llegará un momento en que lo alejarás de tu mente sin apenas darte cuenta.

Ángel asintió con la cabeza. No sabía si realmente algún día llegaría a alejar de su mente todo pensamiento negativo, pero en ese momento le asaltó la convicción de que, si algún

día lo lograba, tendría una fuerza interior mucho mayor que la que tenía en esos momentos.

-Puedes estar seguro de eso –corroboró la joven ante los pensamientos de Ángel- Pero insisto: para mejorar como persona, para progresar espiritualmente, tienes que elevar la calidad de tus pensamientos. De vez en cuando, párate a pensar en lo que realmente importa. Abandona los pensamientos superficiales o demasiado apegados a los asuntos materiales; intenta buscar los valores que se esconden tras tus experiencias en la vida. Piensa cómo podrías contribuir a hacer del mundo un lugar mejor, y cómo hacer más felices a las personas que quieres. ¡Te garantizo unos resultados espectaculares!

Ángel se levantó de un salto. En ese mundo se sentía tremendamente ligero, como si la gravedad fuera menor que en el mundo real.

-Está bien –dijo- No te preocupes, haré todo lo posible por mejorar, seguiré intentando aquietar la mente. Como ya sabes, no me gusta que nada ni nadie me domine.

La otra Aurora esbozó una amplia sonrisa.

-Lo sé. Y eso, créeme, tiene un gran valor. Además eres valiente y no rehúyes los retos. Y el reto que tienes ante ti no es moco de pavo.

-¿Reto? ¿Qué reto? –preguntó Ángel confuso.

La joven clavó su mirada en la suya durante unos instantes antes de responder:

-Salir de esta y comenzar una nueva vida. ¿Te parece poco reto?

9

-Oye…

-¿Sí?

-¿Podríamos cambiar de sitio? Empiezo a estar aburrido de este jardín.

-¿Aburrido? ¡Vaya, con el trabajo que le costó al Monitor crear un entorno agradable para charlar! –exclamó la joven, divertida.

-¿Puedo hacer como cuando me cambié de ropa? –inquirió Ángel, como si no la hubiera escuchado- Ya sabes, imaginar que estoy en otro sitio y de repente estar allí.

-¡Por supuesto! –exclamó la chica, animándole con un gesto.

Ángel cerró los ojos y, cuando los abrió, se encontraban en una playa que le resultaba extrañamente familiar. No tuvo que esperar mucho para recordar por qué. Aquella era la playa de una de sus pesadillas y, al ser consciente de ello, no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda.

La otra Aurora, situada justo detrás de él, le puso una mano en el hombro.

-Tranquilo –le dijo en tono jovial- Esta vez no habrá olas gigantes que amenacen con devorarte.

-¿Me lo garantizas? –dijo Ángel, sin apartar los ojos del mar, como si temiera ver una ola gigante en cualquier momento.

-Te lo garantizo.

-Está bien –murmuró Ángel- Me fío de tu palabra.

-¿Ah, sí? –replicó ella entre divertida e irónica- Mmmm…no estoy muy segura de que creas todo lo que te digo.

-¿Por qué lo dices? –preguntó él mientras se sentaba en un pequeño montículo de arena cercano a la orilla.

-No sé si acabas de creerme cuando digo que despertarás –respondió la joven, que seguía de pie, la vista fija en la línea nítida del horizonte.

Ángel se encogió de hombros.

-Eso lo creeré cuando despierte –se limitó a decir.

-Pero, ¿no confías en mí? –preguntó la chica- ¿No confías en el Monitor?

El joven suspiró hondamente. Le costaba encontrar las palabras adecuadas para expresar su estado de ánimo en ese momento.

-Entiende que, dada la situación en la que me encuentro, me cueste aceptar completamente que existe algo o alguien que dice ser mi Monitor y que confíe en él.

-Pero sabes que estoy aquí para ayudarte –insistió la joven. Y, como Ángel no respondiera inmediatamente, añadió –Lo sabes, ¿verdad?

Ángel volvió su rostro hacia ella, que le miraba fijamente esperando una respuesta.

-Bueno, hasta ahora no has hecho nada que me haya podido perjudicar –reconoció el joven- Cuando peor lo he pasado en esta “tierra de nadie” ha sido cuando he estado a solas enfren-

tándome a mis miedos. Y justamente en esos momentos has aparecido tú y todo ha ido bien.

-Eso debe significar algo, ¿no? –inquirió la chica. Y, como Ángel siguió en silencio, esperando, añadió- Significa que yo siempre estaré ahí cuando me necesites.

Ángel se abrazó a sus rodillas y volvió de nuevo su vista hacia el horizonte. Le llamó la atención lo nítido que era, parecía como si lo hubieran dibujado con tiralíneas.

-Por supuesto, en la vida real no podrás ver ni escuchar al Monitor, pero que no le veas ni le escuches como me estás viendo y escuchando ahora no significa que no siga junto a ti –añadió la joven, que se sentó junto a él.

Ángel asintió con la cabeza.

-Está bien saberlo –dijo, distraídamente.

-Pero no basta con saberlo –insistió la chica- Tienes que sentir que es así.

-¿A qué te refieres? –preguntó él.

-A que tienes que estar convencido de ello. En realidad, podrías considerarte un privilegiado. Muy poca gente ha podido comunicarse con su Monitor como tú lo estás haciendo ahora. La mayoría solo pueden tener atisbos fugaces, intuiciones o sensaciones inducidos por el trabajo del Monitor.

Ángel asintió de nuevo con la cabeza. Cayó en la cuenta que las olas del mar no hacían ruido, y de repente comenzó a escuchar su relajante vaivén. Eso le hizo sentirse mucho mejor.

-Así que, cuando tenga algún problema o me sienta mal, puedo lanzarte una señal de socorro para que vengas en mi ayuda –observó el joven.

-Yo estoy ahí incluso antes de que seas consciente de necesitar mi ayuda –replicó la otra Aurora con una enigmática sonrisa. Y añadió, mientras agarraba puñados de arena con la mano y los soltaba lentamente para que la ligera brisa se los llevara- ¿Sabes, Ángel? Siempre me ha parecido muy curioso que los seres humanos se sientan solos y desamparados tan a menudo, cuando para remediarlo tan solo tendrían que pedir ayuda con el pensamiento. Son como niños pequeños que están a dos puertas de su casa pero no saben tomar el camino de vuelta y se ponen a llorar desconsoladamente. Se creen perdidos cuando en realidad su mamá les está esperando muy cerca.

-Así que los humanos somos como niños pequeños…-murmuró Ángel con los ojos entrecerrados, arrullado por el sonido del mar.

La otra Aurora asintió con la cabeza, su melena castaña agitándose por la suave brisa.

-Así es. Buscáis fuera lo que tenéis en vuestro interior. No es necesario ir más lejos. Dentro tenéis la mejor brújula para andar por la vida. ¡Y nunca falla!

-Y ahora me dirás que la brújula la tiene el Monitor, ¿no es así? –observó el joven.

-¡Bravo, Ángel! –exclamó la chica- Veo que me vas captando. Y eso tiene mérito cuando llevabas mucho tiempo pensando que, si querí-

as una mano amiga, la encontrarías al final de tu brazo.

El joven siguió mirando al mar con rostro inexpresivo, pero reflexionando sobre las palabras de la joven. ¿Cuántas veces se había dicho a sí mismo la frase que acababa de mencionar la otra Aurora? Muchas veces, quizá demasiadas. Siempre que se había sentido solo y sin amigos.

-Es cierto que no tenemos que esperar a que venga alguien a solucionar nuestros problemas o a acabar con nuestra soledad –dijo la joven, como si Ángel hubiera estado reflexionando en voz alta- Es cierto que lo primero con lo que tienes que contar es con tus propias manos. Pero también has de saber pedir ayuda a quien no solo puede ofrecértela, sino que además estará encantado de ayudarte.

Durante un tiempo estuvieron en silencio. El único sonido que podía escucharse era el de las olas rompiendo contra la orilla.

-Te has sentido solo muchas veces, ¿verdad? –observó la chica con una mirada llena de comprensión.

Ángel asintió con la cabeza. ¿Qué sentido podría tener negarlo? No había manera de engañar a aquella chica, proyección, o lo que fuera.

-Sobre todo los últimos años, cuando terminé los estudios y empecé a trabajar –respondió el joven.

-¿Por qué crees que pasó así? –inquirió la joven suavemente.

Él se encogió de hombros, pero ella parecía esperar una respuesta, así que Ángel respondió, un poco a regañadientes pero con total sinceridad en la voz:

-Supongo que la culpa fue mía. Me centré demasiado en el trabajo y descuidé todo lo demás.

La chica se acercó más a él, con el rostro brillante. La verdadera Aurora no era especialmente guapa, pero aquella expresión de su proyección la hacía extrañamente hermosa.

-Es la primera vez que te oigo reconocerlo tan claramente –dijo ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

-Porque ahora lo estoy viendo claro –replicó Ángel- No sirve de nada triunfar en la profesión ni tener dinero si luego te sientes vacío y solo -El joven suspiró hondo y prosiguió- Cada vez me sentía peor y lo único que hacía era negarme a pensar y huir hacia delante. Aunque me quejaba de que me explotaban, trabajaba más horas para llegar reventado a casa y no tener ni siquiera ganas de pararme a pensar qué estaba haciendo con mi vida. Con amigos de conveniencia que ni siquiera vinieron a verme cuando estuve enfermo, que mucho menos han ido a verme al hospital cuando tuve el accidente…

-¿Ángel?

-¡Hombre, Guzmán! ¡Cuánto tiempo sin verte!

-Sí, por lo menos desde el verano pasado, cuando terminamos la universidad, ¿no?

-Es verdad. ¡Ocho meses! ¡Cómo pasa el tiempo!

-¡Y eso que vivimos a cinco minutos andando! ¿Y qué tal? ¿Qué es de tu vida?

-Pues nada, ya estoy currando. En octubre empecé a trabajar en un banco. ¿Y tú?

-Me matriculé para hacer el doctorado y estoy liado con la tesis. Me gustaría seguir en la universidad dando clases.

-Vaya, así que te va el rollo académico…

-Sí, mira, ¡quién me lo iba a decir! –rió Guzmán- Oye, ¿y qué tal te va con Laura?

-¿Laura? Cortamos antes de navidades.

-Vaya, chico, lo siento.

-Son cosas que pasan. Conoció a un niño rico y se deslumbró. A ella le gustaba demasiado figurar, me parece, y yo era demasiado insignificante.

-¡Pues que se vaya a tomar por rasca! –exclamó Guzmán- Yo no quería decírtelo, pero no me parecía trigo limpio. Muy mona, eso sí, pero más falsa que Judas.

-Bueno, ahora ya da igual –respondió Ángel encogiéndose de hombros- Tampoco me afectó demasiado que me dejara. Tengo otras cosas de que preocuparme. ¿Y tú? ¿Sales con alguna chica?

-Pues sí…-dijo Guzmán esbozando una sonrisa pícara- ¿Te acuerdas de Mila?

-¿Mila? ¿La que iba a nuestra clase en el instituto? –preguntó Ángel abriendo unos ojos como platos.

-La misma. La que tenía gafas de culo de vaso y un aparato en la boca –asintió Guzmán con la cabeza sin perder la sonrisa.

-¿Y eso? –inquirió Ángel intrigado. Desde aquel lejano día en que tuvieron que hacer el trabajo de Historia, jamás escuchó a Guzmán decir nada que le diera a entender que se había enamorado de Mila.

Guzmán se rascó la cabeza antes de responder. Se notaba en su mirada que estaba enamorado.

-Bueno…he de reconocer que cuando hicimos el trabajo y la traté un poco más me pareció buena chica, y desde entonces fuimos buenos amigos. Mientras estuve en la universidad perdimos bastante el contacto pero un día, justo antes de los exámenes de fin de carrera, coincidimos en la fiesta de un amigo común. Empezamos a hablar y no sé, me sentía tan a gusto con ella que me resistía a separarme de ella para hablar con otras personas. Al día siguiente quedamos para tomar un café, y llevamos saliendo desde entonces. ¡Fue una especie de flechazo! No sé, estar un tiempo sin verla me hizo mirarla con otros ojos. Aunque supongo que también debió influir que había cambiado las gafas de culo de vaso por unas lentillas y no llevaba los aparatos en la boca.

Los dos rieron.

-Oye, ¿por qué no seguimos hablando en otro sitio que no sea en medio de la calle? –propuso Guzmán- Venga, vamos a tomarnos unos vinos.

-Uf, me encantaría, pero no puedo –se excusó Ángel- Tengo que volver al trabajo. ¡Estamos de curro hasta arriba!

-Vaya, qué pena. Pues nada, a ver si nos vemos…

-Eso, un día de estos nos llamamos…

El recuerdo de su último encuentro con Guzmán hizo que Ángel se entristeciera todavía más. Sintió un nudo atenazándole la garganta, así que cerró los ojos e intentó aspirar profundamente.

- Dios… ¿Cómo he podido ser tan estúpido? –se preguntó a sí mismo, con un deje de amargura en la voz.

Para sorpresa de Ángel, la otra Aurora le estrechó en un abrazo que le pareció muy real. Sintió la calidez de sus brazos como si fueran los de otro ser humano, y agradeció el gesto devolviéndole el abrazo. Él nunca había sido muy efusivo en sus muestras de afecto, no sabía muy bien por qué. Siempre acostumbraba a identificar el contacto físico con el acto sexual, así que en cualquier otra circunstancia no podía evitar sentirse un poco incómodo. Pero esta vez disfrutó del abrazo de la joven sin darle ningún otro significado distinto al que en realidad tenía.

Cuando se separaron, Ángel bajó la vista, un poco avergonzado, y musitó un "gracias". Ella, sin dejar de sonreír, alargó la mano para acariciarle la mejilla en un gesto rápido.

-Te sigues sintiendo solo –afirmó ella.

Ángel movió la cabeza afirmativamente.

-Echo de menos a mis padres. Muchísimo. Más que nunca –reconoció, con un hilo de voz- Es triste que tenga que estar aquí en la situación en que me encuentro para darme cuenta, pero es así. También echo de menos la vida real, poder estar con otras personas. Echo de menos vivir, no soñar.

-No te preocupes, eso es muy humano –le animó la joven- Normalmente no te das cuenta de lo mucho que necesitas algo o a alguien hasta que lo pierdes.

-No es que esté mal aquí –se sinceró Ángel- Pero sé que esto es una ilusión que no puede durar para siempre, que no es bueno que dure para siempre porque mi cuerpo está en el mundo real, dependo de él para seguir viviendo y no está en perfecto estado.

-Por supuesto que no durará siempre –replicó la chica- Esto es un escenario provisional cuya finalidad es mantener tu actividad mental hasta que el cerebro recupere la normalidad. Y entiendo que añores volver a tu vida. Allí es donde se aprende porque allí es donde se interactúa con seres humanos, donde se tienen experiencias reales. Aquí lo que se puede hacer es recapitular, reflexionar, hacer balance. Por eso te he insistido tanto en que aproveches la estancia en la tierra de tus sueños para que pienses en cómo ha sido tu vida hasta ahora y en cómo quieres que sea a partir de ahora. Y

más cuando hasta ahora, tú mismo lo has reconocido, te has negado a pensar.

Ángel la escuchaba atentamente. Allí en la playa, sintió como si se hubiera encendido una bombillita en su cerebro, allá donde estuviese realmente su cerebro en esos momentos.

-¿Sabes lo que más me fastidia? –preguntó retóricamente Ángel, pues sabía que la otra Aurora conocía perfectamente la respuesta- Todo el tiempo que he perdido inútilmente siguiendo la meta equivocada.

La chica sonrió a medias y le respondió, con la mirada fija en sus ojos:

-Como decía una canción, "nunca el tiempo es perdido". Se aprende mucho más de los errores que de los aciertos, Ángel. Todo lo que aprendes de tus errores se graba a fuego en la mente y es muy difícil desaprenderlo.

-Pero también dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra –replicó Ángel- Yo ya sabía que no iba bien huyendo hacia delante, refugiándome en el trabajo, pero aún así seguía igual.

-Eso es porque no hacías caso de tu intuición –replicó la otra Aurora a su vez. Y añadió, poniendo una mano en su brazo en un gesto cariñoso- Pero a partir de ahora eso va a cambiar, ¿verdad?

Ángel sonrió.

-Ahora que sé que tú estás detrás de mis intuiciones, muy estúpido tendría que ser para seguir haciendo oídos sordos como antes –respondió el joven.

La chica soltó una risa alegre.

-Bueno, ya tendremos ocasión de comprobar si lo pones en práctica o no –se limitó a decir.

10

-¿Sabes cuál es una de las pocas cosas que me gusta de estar aquí?

-Lo sé, pero dilo de todas formas –respondió la otra Aurora con su sonrisa enigmática puesta. Ángel la miró, y sonrió también.

-Que no siento hambre, ni frío, ni retortijón de tripas…solo tengo las sensaciones que me producen las emociones –dijo Ángel, desperezándose. Estaba tumbado en la arena de la playa, que sentía como un colchón relajante bajo su espalda.

La joven asintió lentamente y se limitó a decir:

-Es normal. Estamos en el mundo de los sueños.

-Espero no malacostumbrarme. Supongo que cuando despierte me van a asaltar todos los dolores de golpe –comentó él, con la intención de que la joven hiciera algún comentario más sobre lo que le ocurriría en el futuro.

La joven le miró con cara de póker y sonrisa de Gioconda, pero no dijo nada. A Ángel no le pasó desapercibida esa ausencia de expresión en su rostro, pero no quiso insistir. Tampoco ganaba mucho preocupándose por lo que podría encontrarse al despertar.

-No tiene sentido preocuparse por lo que todavía no ha llegado –observó la joven, como si

Ángel hubiera expresado sus pensamientos en voz alta- Lo que sí tiene sentido es ocuparse de ello cuando llegue el momento. Los humanos tenéis tendencia a angustiaros por aquello que puede llegar a suceder, o a preocuparos por lo que ocurrió en el pasado. Teniendo en cuenta que el pasado no se puede cambiar y el futuro todavía está por escribir, es algo que no tiene mucho sentido, ¿no crees? Hay que vivir en el momento presente y eso, aunque parece una obviedad, es más difícil de lo que parece.

-Sí, es más difícil de lo que parece –reconoció Ángel- En mi caso me he pasado mucho tiempo haciendo planes de futuro, pensando en que tenía que conseguir esto y lo otro…pero mientras tanto la vida estaba pasando ante mis ojos sin que yo apenas me diera cuenta.

–Es muy importante pararse de vez en cuando y reflexionar sobre lo que estás viviendo, sobre las experiencias que estás teniendo, sobre lo que estás aprendiendo. Debes tomar las riendas de tu vida para que esta no pase de largo ante tus ojos –observó la otra Aurora- Esa es una forma de vivir el presente.

-Pero…también es necesario que tengamos metas, ¿no? –preguntó Ángel- De lo contrario iríamos trampeando por la vida sin ningún objetivo en concreto.

-Por supuesto –respondió la chica- Pero todas las metas materiales e intelectuales que te impongas deberían servir a un propósito elevado, que podríamos calificar de espiritual.

-Uf, a mí lo de “espiritual” me parece demasiado etéreo como para saber a qué te refieres –comentó el joven.

La otra Aurora suspiró hondamente y, al cabo de unos segundos le preguntó en tono despreocupado:

-¿Por qué crees que estás aquí?

Él se la quedó mirando intrigado, sin acabar de entender la relación de la pregunta con lo que él mismo había comentado justo antes.

-¿A qué te refieres con “aquí”? ¿A este sitio o al mundo real?

-Tienes razón, he sido demasiado ambigua. Me refería al mundo real.

Ángel se tomó unos segundos antes de responder:

-No tengo ni idea –reconoció- Sólo sé que he venido a este mundo y que tengo que arreglármelas como pueda, procurando evitar todo lo que sea delito para no pasarlo todavía peor.

La joven sonrió con la seguridad del que sabe la respuesta antes de escucharla.

-Esa respuesta se queda un poco corta, ¿no crees? –le dijo.

-Pues sí, pero es la única respuesta que me ha dado la experiencia de mis pocos años de vida –replicó él.

-¿Y no te has parado a pensar que, además de quedarse corta, esa respuesta es un poco triste? –inquirió la otra Aurora.

Ángel tardó un rato en contestar.

-Ahora que lo pienso…sí, es un poco triste –admitió. Y acto seguido preguntó -¿Y cuál es la respuesta entonces?

La chica sonrió dulcemente antes de contestar.

-La respuesta es que hay algo más. Yo soy una prueba de ello. ¡Y no me digas que soy una alucinación!

-No, no creo que seas una alucinación –dijo Ángel- Sabes muchas cosas como para proceder de mí.

-Ya te lo dije. Estoy en tu mente pero no soy tú -insistió ella. Y añadió, casi imperceptiblemente- No todavía…

El joven se quedó intrigado. No había entendido el significado de ese "todavía", pero intuyó que sería inútil preguntar por ello en ese momento, así que hizo otra pregunta:

-Entonces, ¿cuál es el sentido de la vida?

La otra Aurora no respondió inmediatamente. Sonreía al horizonte con una sonrisa beatífica, como si estuviera en comunión con alguien. Ángel la vio tan ensimismada que no quiso interrumpir ese momento insistiendo en que contestara a su pregunta. Pero finalmente respondió:

-Podría escribirte una enciclopedia entera sobre el sentido de la vida, pero prefiero darte una respuesta rápida, y es que has venido a este mundo a aprender.

-¿A aprender? –repitió Ángel, desconcertado.

-Sí, a aprender. Aprender a ser mejor de lo que eres, a desarrollar todo el potencial que tú y

que todos los mortales como tú lleváis dentro. Y eso pasa inexorablemente por aprender a amar, tanto a tus semejantes como a tu Creador.

Ángel se quedó un rato rumiando las palabras de la joven.

-¿Podrías extenderte un poco más? No pido que me escribas una enciclopedia, pero me gustaría saber exactamente a qué te refieres con lo de aprender.

La otra Aurora, hasta entonces medio acostada en la arena, se incorporó para sentarse.

-Vamos a ver... -comenzó- Eres un mortal, y eso implica que has nacido en un mundo material sometido a las reglas del espacio y del tiempo. Has nacido en un mundo donde la perfección es una meta muy lejana y donde el mal parece enseñorearse de todo.

“Pero, como ser humano, has nacido con unas herramientas muy valiosas para desarrollar tu vida en este mundo. Tienes una mente, un intelecto, que te permite razonar, planificar, deducir y calcular, entre otras muchas cosas. A diferencia de los animales, los seres humanos pueden prever las consecuencias de sus actos, pueden hacer planes de futuro. Pero también hay un impulso interior que les lleva a sentir curiosidad por lo que les rodea, a hacerse preguntas, a ser más de lo que son. Ese impulso puede estar más o menos reprimido en los seres humanos, pero siempre está ahí. Detrás de ese impulso está justamente el Monitor.

“¿Y cuál es la finalidad de este impulso?, preguntarás. Pues no es ni más ni menos que el

de tirar de ti hacia arriba, como ya te comenté. Los mortales de carne y hueso, como tú, nacen con unos potenciales. Imagínate que alguien muy rico te confía una parte de su fortuna para que se la guardes durante un tiempo en su ausencia. Lo cómodo y lo menos problemático sería guardarla en una caja fuerte durante todo ese tiempo, pero ese dinero sería dinero muerto que no ha rendido nada. ¿Y si te dedicas a invertir ese dinero para que dé beneficios, procurando no perder el capital inicial? ¡Seguro que su dueño estará bien contento del resultado a su regreso, y te compensará económicamente por ello!

-Un momento…eso me suena de algo… -dijo Ángel, dubitativo.

-Por supuesto que te suena –afirmó la joven convencida- En algún rincón de tu mente recuerdas la parábola de los talentos. Lo que quiero decir con esto es que tienes la "obligación" de hacer rendir tus talentos, de no guardarlos en una caja fuerte durante toda la vida. Porque, si no los haces rendir, es como si no los tuvieras.

-Pero de alguna manera es lo que he estado haciendo, ¿no? –dijo el joven- Siempre he buscado progresar…

-Sí, pero hasta ahora te has centrado demasiado en el progreso material –replicó ella- Y tendrías que fomentar también el progreso intelectual y sobre todo el espiritual. Para que un taburete no cojee, todas sus patas han de tener la misma longitud. Si una de las patas es más

larga que las demás, el taburete se desequilibra. Además, quiero que tengas en cuenta una cosa: tu progreso se medirá siempre no según la pata más larga de tu taburete, sino según la más corta, pues ella es la que determina cuál ha sido el punto máximo de progreso en los tres aspectos. Lo que cuenta, Ángel, es el progreso conjunto en los aspectos material, intelectual y espiritual.

Durante unos momentos los dos permanecieron en silencio. Lo único que se escuchaba era el ir y venir de las olas en la orilla, situada a escasos metros del promontorio de arena donde estaban sentados.

-O sea, que he venido al mundo para ser un taburete que no cojee –ironizó Ángel.

La chica rió de buena gana ante el comentario de Ángel, que también sonreía.

-Algo así –dijo ella, todavía riendo- Los taburetes de tres patas iguales son la antesala de la perfección.

-Entonces, cuando desarrollamos los potenciales, es cuando nos hacemos perfectos... -observó Ángel.

-Sí, pero la perfección es una meta muy lejana todavía para ti –dijo la chica- La perfección es ahora tan inaccesible como ese horizonte que tienes frente a ti y que sigue estando lejos por mucho que avances. Eso no quiere decir que no puedas empezar a dar pasos hacia la perfección. El camino es muy largo pero debes empezar a recorrerlo ahora. Y déjame decirte que los

pasos que recorras en esta vida serán muy importantes.

-¿Y por qué es tan importante esta vida? –preguntó Ángel- Si pensamos en la eternidad, unos cuantos años no parecen importar mucho.

-Pues sí importan –replicó ella- Los mortales como tú alcanzan la perfección a través de las experiencias vividas, y un mundo como en el que vives ahora ofrece unas experiencias que no podrás obtener después de muerto porque están relacionadas con el carácter material de tu existencia. Ya sabes, una de las patas del taburete…Más adelante ya tendrás ocasión de desarrollar a fondo las otras dos patas, sobre todo la pata espiritual. Pero en este mundo es donde las tres patas han de empezar a crecer y desarrollarse.

Ángel aspiró aire y lo soltó bruscamente. Era curioso lo real que podía llegar a ser el mundo de sus sueños. Le pareció incluso que el aire estaba cargado del salitre del mar.

-Entiendo el símil –comentó Ángel- Ahora me falta saber exactamente cómo aplicarlo en la vida diaria.

-La teoría es sencilla –respondió la joven- Lo difícil, lo que requiere esfuerzo, es la práctica, pero todo es cuestión de voluntad y de ser consciente en todo momento de que quieres pensar y actuar lo mejor posible. En eso el Monitor puede ayudarte mucho, más de lo que crees…si le dejas.

-Pero… ¿por qué tenemos que perfeccionarnos? –insistió Ángel, que todavía le andaba

dando vueltas a la idea- Quiero decir, ¿qué pasa cuando llegamos a ser perfectos? Vale, sí, somos perfectos allí donde estemos, pero… ¿qué más puede haber después?

La otra Aurora le miró con la más dulce de sus sonrisas.

-Digamos que procedes de Dios y vuelves a Él, solo que no vuelves con el mismo bagaje con el que habías salido. Por el camino te has hecho perfecto, todo lo perfecto que un mortal puede llegar a ser. Has amasado una pequeña fortuna para el señor rico, y por el camino te has hecho rico tú también. Pero tu capital no se va a quedar estancado, tiene que seguir produciendo, y ese producir va a redundar en otros tanto directa como indirectamente. Tu capital se llama "servicio".

-¿Servicio? –inquirió Ángel.

-Sí –asintió la joven- Servicio a los demás. ¿O crees que tu capital solo va a beneficiarte a ti? Esa es la principal forma de hacer que tus talentos rindan: el servicio desinteresado a los demás. Cuando ayudas a otros experimentas una satisfacción mucho más intensa que cuando te ayudan.

Ángel recordó entonces las palabras de Alba cuando le habló de que ayudaba a ancianos en sus horas libres ("*se disfruta más dando que recibiendo*"), y asintió con la cabeza.

Era ya noche cerrada cuando Ángel salió de casa de Guzmán para volver a la suya. Habían

estado estudiando para un examen y, en parte por el intenso frío que hacía en la calle, en parte por lo avanzado de la hora, se dirigía a paso rápido hacia su casa. Pronto sería hora de cenar.

En un principio iba tan absorto en sus pensamientos que no se percató de que, a unos metros, se oía el llanto desconsolado de un niño. Pero al cabo de unos segundos, como un acto reflejo, volvió la cabeza hacia donde procedían los llantos.

En efecto, a unos metros de donde se encontraba permanecía parado en medio de la calle un niño de unos ocho años, que era la viva imagen del desamparo. Ángel no pudo evitar acercarse. A esas horas la calle estaba casi desierta.

-¿Qué te pasa? –le preguntó Ángel.

-Me he perdido –contestó el niño entre sollozos, sorbiéndose los mocos- Iba con mi mamá y de repente la he perdido de vista. He comenzado a andar para encontrarla pero ya no sé donde estoy.

Ángel le dio un pañuelo de papel de un paquete que tenía en el bolsillo de su cazadora.

-No te preocupes, que voy a ayudarte a encontrar a tu madre.

Ángel comenzó a hacerle preguntas al pequeño, para que intentara recordar dónde había perdido el contacto con su madre. Estuvieron desandando el camino y, al cabo de media hora llegaron hasta donde estaba una mujer de unos treinta años, acompañada de dos policías municipales. Se encontraba visiblemente alterada y los policías estaban intentando calmarla sin éxi-

to. En cuanto vio al pequeño, la mujer corrió a su encuentro. Ángel no olvidaría jamás el abrazo que le dio la madre a su hijo. Durante un buen rato estuvieron los dos abrazados, llorando, sin poder hablar.

Cuando tanto la madre como el niño se serenaron, la primera se dirigió a Ángel:

-Muchísimas gracias por traer a mi pequeño. ¡No sé cómo puedo recompensarte! –rebuscó en su bolso, sacó el monedero y extrajo un par de billetes. Ángel nunca supo de qué color eran porque no quiso ni mirar.

-No se preocupe –le respondió Ángel, haciendo un gesto de rechazo con la mano- No lo he hecho para recibir dinero.

-Ya me lo imagino, pero déjame que te compense por las molestias que te has tomado –insistió la mujer, todavía con lágrimas en los ojos.

-Que no, de verdad –insistió Ángel a su vez- Para mí verles a los dos juntos y felices ya es recompensa más que suficiente.

La mujer le miró fijamente durante unos segundos, sonrió y se guardó el monedero en el bolso.

-Eres un buen chico. ¡Ojalá hubiera más como tú! –sacó el monedero de nuevo y le dio una tarjeta de visita- Si alguna vez necesitas algo, no dudes en llamarme. Y no lo digo por quedar bien. Estamos en deuda contigo.

-Gracias –dijo Ángel mientras tomaba la tarjeta y se la guardaba en el bolsillo de la cazadora.

-No se merecen –respondió la mujer- Soy yo quien te está eternamente agradecida. ¡He pasado la hora más angustiosa de toda mi vida! Por cierto, ¿cómo te llamas?

-Ángel Quintana –respondió Ángel.

-Un nombre muy apropiado –observó la mujer- Realmente hoy has sido un ángel para nosotros.

Ángel se sonrojó un poco ante el comentario, pero afortunadamente las luces de las farolas no permitían que la mujer percibiera su sonrojo. Miró su reloj de pulsera y vio que se le había hecho tarde. Además, se había alejado bastante de su casa

-Bueno, tengo que irme antes de que mis padres empiecen a buscarme a mí también – dijo finalmente, y la mujer sonrió ante el comentario. Ángel sacudió el cabello del pequeño con la mano en un gesto cariñoso y le dijo- La próxima vez no pierdas de vista a tu mamá, ¿de acuerdo?

El niño sacudió la cabeza afirmativamente, sin soltarse de la mano de su madre.

Cuando llegó a su casa, sus padres y su hermano menor ya habían terminado de cenar y, aunque tuvo que tomar la cena recalentada, no le importó. Antes de irse a la cama, sacó del bolsillo de su cazadora la tarjeta de visita. En ella ponía "Pilar Fajardo, consultoría laboral y jurídica", y una dirección que supuso debía ser la de su despacho. Esa noche el sueño le pilló con una sonrisa en los labios, recordando el reencuentro entre la madre y su hijo.

Ángel sonrió para sí al recordar aquel momento de su vida. Aquella debía ser la satisfacción a la que se refería la otra Aurora. La chica estaba mirándole y asentía con la cabeza, sonriente.

-Ya veo que sabes lo que se siente –se limitó a decir.

11

Ángel tardó un poco en darse cuenta de que el sol permanecía inmóvil en el cielo, como si fuera un foco que algún tramoyista hubiera colocado ahí para iluminar aquel escenario.

“Claro, este lugar no deja de ser una especie de teatro”, pensó el joven, sin apartar la vista del horizonte, que ejercía sobre él un extraño efecto hipnótico. Allí, sentado cómodamente sobre un promontorio en la arena, con una brisa ligera acariciando su piel y notando el calor de aquel sol inofensivo que no iba precisamente a broncearle, reflexionaba sobre lo que la otra Aurora acababa de decir. Y no podía dejar de reconocer que la chica tenía razón.

Por lo pronto, Ángel tenía la impresión de que hasta entonces había llevado una vida algo desequilibrada y, lo que era todavía peor, tenía la sensación de que la vida había pasado por él sin dejarle huella. A pesar de que creía que estaba llevando con firmeza las riendas de su vida, en realidad esta parecía haber ido por su cuenta, como el caballo que va por donde quiere y no por donde el jinete le ordena.

En su obsesión por no perder el tiempo, había malgastado un tiempo precioso. ¿Acaso no había sido la impaciencia la que le había llevado al teatro onírico de sus sueños? Ese pensamiento le hizo sentirse especialmente mal.

-Tengo mucho tiempo perdido que recuperar cuando me despierte – dijo Ángel en voz alta, después de respirar hondo. Se maravilló de lo real de la sensación. Realmente podía sentir sus pulmones llenándose de aire.

La chica le sonrió amistosamente.

-Ya te lo dije, Ángel, "nunca el tiempo es perdido" –citó. Y añadió- Eres capaz de aprender de todas las experiencias, ya sean buenas o malas. Es más: se aprende mucho más de las malas experiencias que de las buenas, pues las enseñanzas que hayas extraído de ellas se grabarán a fuego en tu memoria.

-No sé qué decirte… -replicó Ángel- Los seres humanos a veces tenemos la cabeza muy dura y no aprendemos a la primera.

-En eso tienes razón –reconoció la chica con una risa suave- Pero no te preocupes, que no te faltarán ocasiones para aprender. De eso ya se encargan las "casualidades de la vida".

Ángel la miró, intrigado.

-¿Realmente crees que las casualidades existen? –preguntó la joven.

Él se rascó la cabeza, pensativo.

-Bueno… creo que sí, y que de alguna manera pueden determinar el curso de los acontecimientos –reflexionó Ángel en voz alta.

La joven se lo quedó mirando con cara de póquer, sin decir nada. Ese silencio le pareció extraño a Ángel, por lo que añadió:

-¿Me vas a decir ahora que las casualidades no existen?

La otra Aurora le miró largamente, sin abandonar la expresión inescrutable de su rostro, y finalmente respondió:

-No exactamente…Más bien diría que las casualidades que, según tú, determinan el curso de los acontecimientos, no son casualidades. Las personas que vamos conociendo, las circunstancias que nos rodean en cada etapa de nuestra vida...Todo lo que sucede en nuestra vida no sucede porque sí; todo tiene un propósito, Ángel.

Ángel se incorporó de la arena como movido por un resorte.

-¿Quieres decir que no fue casualidad que me atropellara ese coche? ¿Qué estaba destinado a tener un accidente aquél día?

La chica suspiró y movió la cabeza negativamente.

-No es que estuvieras destinado a tener un accidente…El destino no está escrito en ninguna parte, Ángel. Eso te haría una marioneta sin voluntad, cosa que no eres en absoluto. El Padre conoce el futuro tanto como el pasado y el presente porque Él no está sujeto a las cadenas del tiempo, pero eso no significa que tu destino esté prefijado de antemano. Tú, Ángel, vives en el tiempo y el espacio, y eso implica que tienes muchos cursos de acción posibles ante ti. Tu futuro depende de las elecciones que hagas a lo largo de tu vida.

-No has contestado a mi primera pregunta –insistió Ángel mirándola fijamente. La joven le aguantó la mirada y él por unos instantes sintió

el mismo vértigo que se experimenta al mirar el fondo de un barranco. Tras aquella mirada parecían ocultarse los secretos del universo, y Ángel supo que no iba a acceder a ellos en ese momento.

-Si lo que quieres es un "sí" o un "no"...-respondió la joven finalmente-No, no fue casualidad. Tu accidente ha supuesto una ocasión para recapacitar sobre tu vida. Y parece que de momento está funcionando.

Ángel agachó la cabeza.

-Sí, pero reconoce que ha sido una forma muy bestia de hacerme recapacitar. Igual un recordatorio más suave hubiera funcionado también.

La joven soltó una risa breve.

-O no –se limitó a decir- Respecto a eso, solo el Padre sabe. No siempre funcionan los recordatorios suaves. A veces hay que ser más directos.

-Y tan directo –mascullló Ángel- Directo a la mandíbula.

La chica sonrió, pero no dijo nada. El joven se quedó a la espera de que ella siguiera hablando, pero la otra Aurora giró la cabeza para mirar el mar y él supo que no iba a decirle nada más sobre el particular. Al menos, de momento.

-Piénsalo, Ángel –dijo la chica después de un buen rato, en el que el único sonido que se escuchaba era el de las olas rompiendo contra la orilla- Piensa en todo lo que te ha pasado en la vida, en todo lo que te ha hecho tomar un ca-

mino y desechar otro. Piensa en los tiempos que te ha tocado vivir, en todas las personas que has conocido, en los libros que has leído, las películas que has visto…Todo eso ha contribuido a que seas como eres. Has aprendido de todo eso, y nada ha sido porque sí, por pura coincidencia.

Ángel se quedó en silencio durante un buen rato, dándole vueltas a la idea. Nunca se había parado a pensar que cosas que él creía casualidades no fueran tales sino que siguieran un objetivo concreto.

-Supongo que tendría que darle más vueltas a esa idea para asimilarla –reconoció ante la chica- De todas formas, hay algo que no acaba de encajarme. Tú has insistido mucho en que soy libre…en que todos los seres humanos lo somos…y, sin embargo, dices que todo lo que nos sucede está de alguna manera dispuesto para que aprendamos. ¿No nos hace eso menos libres?

La otra Aurora movió la cabeza negativamente.

-No –dijo sin vacilar- Siempre eres libre de elegir…dentro de unos límites, claro.

-¿Dentro de unos límites?

-Por supuesto. No puedes elegir convertirte en una flor, un oso hormiguero o un ángel, por poner algunos ejemplos. Pero puedes estar seguro de una cosa, Ángel: tienes toda la libertad que un ser humano puede tener.

-Que no debe de ser mucha… –aventuró Ángel.

-La suficiente como para que experimentes todo lo que esta vida puede ofrecerte –afirmó la joven con rotundidad.

-Pero…hay veces en las que te ves obligado a tirar por un camino en lugar de por otro… -insistió Ángel.

-¿Qué entiendes por "verte obligado"? –inquirió la otra Aurora- En ocasiones estás tan seguro de que, ante una elección, solo hay una opción correcta posible que de alguna manera te ves obligado a seguirla, pero eso no implica que estés haciendo algo en contra de tu voluntad. Y si todo te indica que no tienes más remedio que elegir una determinada opción pero interiormente te desagrada enormemente hacerlo, habría que dilucidar si realmente esa es la única opción que tienes o es que simplemente estás ofuscado y crees ver una única alternativa donde hay otras.

Ángel bajó la cabeza y fijó su mirada en la arena que tenía entre las manos, compuesta de granos minúsculos de diferentes materiales y colores, como la arena real. Pensó entonces que las experiencias de la vida eran como los granos de arena; los oscuros eran los momentos amargos y los más claros los buenos momentos, pero finalmente todos llegaban a formar una hermosa playa, como en la que se encontraba en ese momento.

Cuando levantó la vista de nuevo, sorprendió a la otra Aurora mirándole fijamente, con esa enigmática sonrisa suya pintada en los labios.

-¿No crees que tenías otras alternativas distintas a las de entregarte única y exclusivamente a tu trabajo? –preguntó ella a bocajarro.

Ángel se revolvió inquieto. Ese era el tipo de preguntas que, antes de su accidente, hubiera evitado contestar por todos los medios. Pero ahora debía enfrentarse a su vida con sinceridad, estaba seguro de ello.

-Supongo que sí, solo que entonces me pareció que eso era lo mejor que podía hacer –admitió finalmente.

-Pero… ¿comprendes ahora que habrías podido elegir otra forma de vivir? –insistió la muchacha taladrándole con la mirada con tal intensidad que Ángel no pudo evitar bajar la vista, azorado, y susurrar un "sí" casi imperceptible.

-Creo que a partir de ahora voy a evitar decir frases como "¿qué otra cosa puedo hacer?" y tonterías similares –añadió el joven como para sí mismo.

-Nunca creas en la "falacia de la alternativa única" –apostilló la chica, que relajó su expresión y sonrió más abiertamente, mostrando unos dientes blancos y relucientes. Ángel se preguntó si esa era la sonrisa de la verdadera Aurora, pero fue incapaz de recordar ese detalle.

-La sonrisa es cosa mía –dijo la joven a bocajarro, y Ángel se sobresaltó. Nunca podría acostumbrarse a que le leyeran el pensamiento.

Ángel se levantó, se descalzó y se dirigió hacia la orilla, allí donde las olas rompían apa-

ciblemente. Notó como el agua del mar le lamía los pies, y sintió el frío del agua en contraste con su temperatura corporal. No sentía calor, pero aún así la sensación fue muy agradable. La otra Aurora siguió sentada a sus espaldas.

-Dices que soy libre de tomar mis propias decisiones –dijo él sin volverse a mirar a la chica- Pero, ¿cómo puedo saber que estoy tomando la decisión correcta?

Escuchó la risa de la joven a sus espaldas, pero aún así siguió de espaldas a ella, mirando la línea nítida del horizonte.

-Esa es la pregunta del millón –respondió la chica- La respuesta fácil para mí sería que lo sabrás por el método de "ensayo y error". Eso es, equivocándote y probando de nuevo. Los seres humanos vivís casi a ciegas, siempre con la sensación de que sabéis menos de lo que deberíais saber. Para responder a tu pregunta te daré dos consejos, pero tú tendrás que averiguar cómo aplicarlo en tu vida. El primero es que ejercites tu intuición y confíes más en ella; la intuición suele ser buena consejera ante los dilemas que se te presentan en la vida. Y el segundo consejo te sonará más críptico, pero está más relacionado con el primero de lo que parece, y es que intentes hacer en todo momento la voluntad del Padre.

-¿La voluntad del Padre? –Ángel se volvió para mirarla, sin abandonar la orilla- ¿Qué significa eso? ¿Implica que tengo que obedecer al Monitor?

-No, Ángel –la otra Aurora movió negativamente la cabeza sin dejar de sonreír, y esta vez su sonrisa era dulce, como la de una madre comprensiva que está intentando explicarle algo a su hijo- El Monitor no está dentro de tu mente para que le obedezcas; no eres su siervo sino su socio. Piensa que es tu pasaporte a la eternidad, y en cierto modo él es Dios puesto que viene del Padre, pero por lo general no podrás comunicarte con él tan fluidamente como estoy ahora hablando contigo.

-¿Entonces…? –insistió Ángel.

-Hacer la voluntad del Padre es una actitud de vida. No es fácil definirlo en pocas palabras. En cierto modo, es una actitud parecida a la que tienen los niños con sus padres. Los niños confían en ellos y no se preocupan por detalles como su sustento, su ropa o si tendrán juguetes con los que jugar. Simplemente saben que sus padres están ahí, que son queridos y que se preocupan por ellos. En cierto modo, tienes que volver a ser un niño y confiar en tu Padre con mayúsculas, del mismo modo que confiaste en tus padres en minúsculas.

-O sea que, por muy mal que lo pase en esta vida, tengo que confiar en que saldré adelante pues el Jefe estará ahí al quite –dijo él.

-Algo así –rió la joven ante los términos utilizados por Ángel- Pero eso no implica que puedas estar de brazos cruzados esperando a que tus problemas se solucionen solos. Ya lo dice el refrán, "A Dios rogando y con el mazo dando". Si te preocupas en buscar una solución a tus

problemas y confías en el Jefe, como tú le llamas, la solución llegará. Igual no es la que tú esperabas, pero probablemente a la larga sea una solución mejor.

-Creo que voy entendiendo lo que quieres decir –dijo Ángel meneando la cabeza afirmativamente- Es como cuando te pones a nadar y notas que te arrastra la corriente. En lugar de luchar contra ella, lo que hay que hacer es ver hacia donde te lleva e intentar dejarla en otro punto, en lugar de luchar inútilmente por nadar contracorriente.

La chica movió la cabeza afirmativamente a su vez.

-Supongo que, si te paras a pensar lo suficiente, encontrarás muchos ejemplos de lo que significa encontrar una solución a los problemas sin forzar el curso de los acontecimientos –dijo ella con una sonrisa abierta- Pero quiero insistir en una cosa: hacer la voluntad del Padre no es una actitud pasiva sino activa. Siempre te ha de pillar trabajando para ser mejor, para resolver los problemas, para ayudar a los demás. Hacer la voluntad del Padre significa que tú voluntariamente quieres hacer la voluntad de alguien mucho más grande que tú, porque es tu deseo explícito llegar a ser como Él.

-¿Llegar a ser Dios? –inquirió Ángel, atónito.

-Pues claro. ¿A qué te crees que se refería el Jefe, como tú le llamas, cuando dijo “sed perfectos, como yo soy perfecto”? ¿Por qué te crees que comenzaste tu camino en este planeta turbulento? ¿Por qué crees que el Monitor tira de ti

para que te eleves por encima de todo este barro?

Ángel estuvo un momento mirando a la joven, atónito. La otra Aurora le había hablado de muchas cosas mientras estaban en el mundo de sus sueños, pero justo ahora estaba empezando a vislumbrar el verdadero significado de todas sus palabras.

-Ángel, eres mucho más de lo que crees...- dijo la joven, siguiendo el hilo de sus pensamientos- Como todos tus compañeros humanos, has empezado desde muy abajo para llegar a lo más alto. Y no estás solo en este viaje; nunca estarás solo. Aunque no puedas verlos ahora, hay muchos seres que trabajan para que seas más de lo que eres ahora. El Monitor solo es uno más de ellos, pero no el menos importante.

El joven se quedó con la boca abierta. Todas sus preocupaciones anteriores, todos los problemas que creía había tenido hasta entonces, de repente le parecieron carentes de importancia. De repente, sin pensárselo dos veces, sintió el impulso de meterse en el agua y nadar mar adentro. Se quitó la ropa, la lanzó hacia donde la otra Aurora le estaba observando, y se zambulló de un golpe en el mar. Se sintió fresco y vivo como nunca, y esa sensación no dejó de parecerle paradójica, estando como estaba en un sueño.

Llevaba dadas unas cuantas brazadas cuando de repente la vio. En su fuero interno casi la esperaba, pero esta vez no iba a pasarle lo de

otras veces. En cuanto la ola gigantesca estuvo apenas a unos metros de él, tomó impulso y, con medio cuerpo fuera del agua, levantó ambos brazos como para detener su avance. El muro de agua súbitamente se detuvo y, poco a poco, descendió de tamaño y se deslizó en dirección opuesta a la orilla.

En esos momentos Ángel se sintió tan poderoso que soltó un grito de alegría. Regresó nadando a la orilla, donde la joven le estaba esperando con una gran sonrisa pintada en el rostro.

-Enhorabuena –le dijo- Has conjurado tus miedos.

Ángel se tumbó en la orilla y dejó que las olas lamieran su cuerpo. Se sentía pletórico; todavía no podía explicarse por qué había reaccionado así en ese momento.

-No te preguntes por qué has reaccionado así –le dijo la joven- Lo importante es que has visto que puedes llegar a ser mucho más de lo que eres ahora, y has empezado a dar los primeros pasos en esa dirección. ¿No lo ves, Ángel? Potencialmente lo eres todo, pero el miedo es una de las cosas que más te puede lastrar. Has aprendido a comenzar a vencer tus miedos, y eso te hará poderoso.

Ángel se incorporó y, con solo desearlo, su piel quedó completamente seca. Se vistió y regresó adonde estaba la joven sentada.

-¿Recordaré todo esto cuando me despierte? –se limitó a preguntar.

-Puedes estar seguro de que lo recordarás tan nítidamente como si lo hubieras vivido –respondió la joven poniendo una mano sobre su hombro amistosamente.

-Me alegro –dijo Ángel- Voy a necesitar estos recuerdos en la vida real.

12

-Ángel…

-¿Sí?

-Creo que empiezas a estar preparado.

-¿Preparado? ¿Para qué?

-Para volver.

-¿Y eso qué significa? ¿Voy a despertar ya? –preguntó el joven, que sintió una especie de nudo en el estómago al pensar que finalmente iba a abandonar aquel extraño mundo de sus sueños.

-¡No tan deprisa! –exclamó la joven, divertida- He dicho simplemente que empiezas a estar preparado para despertarte, no que vayas a hacerlo ya. Físicamente tu cerebro se va recuperando a marchas forzadas, pero todavía no puede volver a la consciencia por sí mismo. De todas formas, yo de ti me iría preparando para ese momento. Igual está más próximo de lo que imaginas.

Esta vez, y por deseo de Ángel, que controlaba a voluntad el escenario de sus sueños, se encontraban en una especie de bahía de aguas poco profundas en las que el agua apenas formaba olas. La arena era de un color dorado imposible y la luz del sol caía sobre ellos como en una tarde de verano, con la ventaja de que ese sol ni quemaba ni daba calor.

Qué curioso, pensó Ángel. Él, que había vivido siempre lejos de la costa, prefería ahora los escenarios en los que el mar estaba presente. El mar siempre le había infundido temor, no sabía por qué. Suponía que porque, a diferencia de los ríos, no podía ver la otra orilla y eso le causaba inquietud. Era como asomarse a lo desconocido, a lo infinito, y eso le producía cierta sensación de vértigo. Ahora en cambio sentía unos deseos irrefrenables de adentrarse en lo desconocido, como el que entra en una cueva oscura creyendo firmemente que lo que le espera dentro es un tesoro precioso, y no tiene miedo de los peligros que pueden acecharle una vez dentro.

-¿Cuánto tiempo llevo aquí? –preguntó el joven.

-Veinticinco días –respondió la muchacha sin vacilar.

-La última vez que te lo pregunté llevaba veinte días en coma –observó Ángel- O sea que han transcurrido cinco días desde entonces. No sé, tengo la impresión de que esta vez me ha pasado el tiempo mucho más lentamente que al principio.

La otra Aurora se encogió de hombros mientras sonreía.

-Quizá es que al principio desperdiciaste más el tiempo, y ahora es cuando estás aprendiendo a "beberlo" –comentó ella.

-Es posible –suspiró él, y recordó los terribles momentos en los que le visitaron todas sus pesadillas. Sacudió la cabeza, intentando ahu-

yentar de su mente aquellas imágenes. Ahora estaba convencido de que esas pesadillas, al menos mientras estuviera en aquella especie de sueño lúcido, no iban a volver a visitarle.

Se encontraban sentados sobre la fina capa de arena de la bahía, que se extendía completamente plana hacia el infinito en todas direcciones.

-Me parece muy significativo que no recrees una ciudad para moverte por tus sueños –observó la joven.

Ángel esbozó una media sonrisa al escuchar su comentario. Seguro que ella estuvo leyendo sus pensamientos de poco antes, acerca de sus preferencias por los paisajes marinos.

-He vivido siempre en ciudades –dijo él finalmente- Así que supongo que, ahora que estoy en esta especie de "vacaciones", me apetece cambiar el paisaje. Además…no hay nada más inquietante que una ciudad completamente desierta. Alguna vez he soñado con eso y, aun sin ser una pesadilla, no ha sido precisamente agradable.

La chica afirmó con la cabeza distraídamente mientras hundía sus pies en la arena.

-Una ciudad con las calles vacías da una gran sensación de soledad, ¿verdad? –dijo ella, absorta de repente en las huellas que sus pies habían dejado en la arena.

-Sí –admitió Ángel- Me recuerda lo solo que he llegado a sentirme, pero a partir de ahora he decidido que voy a hacer lo posible por no sentirme solo nunca más.

-¿Y cómo vas a conseguir no sentirte solo? –preguntó la joven, centrando su interés en él.

Ángel suspiró y miró al cielo de color azul blanquecino, donde parecía que las nubes se hubieran disuelto en él.

-Supongo que sentirme solo es algo que depende de mí. Se puede estar solo rodeado de gente y sentirse acompañado aun estando físicamente solo. Lo que voy a intentar es sentirme acompañado siempre –y, mirando a la chica, añadió- Además, ahora que te he conocido, ahora que sé que el Monitor está dentro de mí…sería absurdo sentirse solo.

-Tienes razón –reconvino la chica- Sería absurdo. De todas formas, vas a tener que repetírtelo muchas veces en la vida real, en los momentos en los que te parezca que el mundo te da la espalda. Como con todas las grandes verdades de la vida, conocer la teoría no basta; tienes que vivirla en tus propias carnes.

Ángel asintió con la cabeza, sumido en sus reflexiones.

-¿Sabes? –comenzó y enseguida añadió, echándose a reír- Qué tontería, por supuesto que sabes lo que voy a decirte, pero lo diré de todas maneras. Tengo la impresión de que sentimientos como la soledad, el aburrimiento y el miedo no vienen de fuera de nosotros sino de dentro. Que depende de uno mismo no sentirse solo, aburrido o atemorizado por algo.

La joven le miró esbozando una media sonrisa.

-Y lo mismo sucede con la felicidad –apostilló ella- Es un estado del alma que depende única y exclusivamente de ti, y que no hay que buscar en el exterior sino en el interior. No habrá nada ahí fuera que te traiga felicidad si no la sientes antes en tu interior. Y, cuando te sientas feliz, sentirás el impulso irresistible de desear que todos a tu alrededor lo sean también. Y querrás ayudarles a que sean felices de modo que, cuando lo consigas, todavía te sentirás mucho más feliz.

-Como tú lo pintas, es el círculo vicioso de la felicidad –observó Ángel.

-Así es –dijo ella mostrando sus dientes blancos y relucientes- Entregarás felicidad a manos llenas por puro egoísmo, pues eso hará que te sientas tremendamente feliz.

Quedaron en silencio durante unos momentos. Ángel siguió dando rienda suelta a sus pensamientos, reflexionando sobre lo que estaban hablando. Una ráfaga de brisa alborotó los cabellos de la joven y rizó levemente la orilla.

-Me gusta que aprenda tan rápido. Hice un buen negocio cuando me ofrecí para acompañarle –susurró la joven, como hablando consigo misma.

-¿Qué has dicho? –preguntó él, sin entender lo que la joven había querido decir.

-Nada. Cosas mías –respondió ella con una sonrisa de niña traviesa.

Realmente era relajante estar allí… ¿cuándo fue la última vez que pudo estar así de relajado en cualquier lugar? Ángel se preguntó si alguna

vez había tenido ese estado de ánimo alguna vez. Quizá cuando era niño y el futuro le parecía algo lejano y lleno de proyectos por realizar.

-De algún modo estás volviendo a ser un niño –dijo la joven- Bueno, más bien estás recuperando al niño que sigue vivo dentro de ti.

Él la miró con expresión interrogante.

-Los niños viven intensamente el presente y a la vez sueñan con un futuro maravilloso –explicó la otra Aurora- Esa es la actitud que tienes que recuperar cuando despiertes. No todo el mundo mantiene vivo el niño que una vez fue; por desgracia muchos se olvidan de cuando fueron niños. Sé que tú, a pesar de todo, no lo has olvidado. Además, tuviste el privilegio de tener una infancia feliz.

-Es cierto –reconoció Ángel- Además, siempre he recordado mi niñez con nostalgia. Cuando estaba hasta las cejas de trabajo a menudo añoraba aquellos tiempos de niño en los que mi única responsabilidad era ir al colegio y sacar buenas notas.

-Bueno, ya sabes que tampoco hay que quedarse atrapado en el pasado –dijo ella mientras dibujaba círculos concéntricos en la arena- A lo que me refiero cuando te digo que no olvides tu infancia es a que no abandones la curiosidad, las ganas de saber, la confianza en que estás en buenas manos, por muchos palos que te dé la vida. De hecho los humanos sois los bebés del universo. Estáis todavía en el jardín de infancia y aún os queda mucho por recorrer hasta que os doctoréis. Así que la mejor actitud para esta

etapa de vuestro aprendizaje es la de un niño. Vive el momento presente como algo único, siente curiosidad por lo que te rodea, interésate por las personas con las que convives. Y sobre todo vive, a secas. Nunca más vas a vivir en un planeta como este en estas circunstancias; hay experiencias que solo podrás vivir con el "traje" material que llevas a cuestas actualmente.

-¿Como, por ejemplo, el sexo? –aventuró Ángel.

La otra Aurora soltó una carcajada y le preguntó a su vez:

-¿Qué pasa, Ángel? ¿Pensando otra vez en "lo único", como diría tu amigo Germán?

Él no respondió sino que se limitó a sonreír. Durante el tiempo que llevaba encerrado en sus sueños no había echado de menos el sexo, pero durante unos instantes le asaltó la preocupación de si iba a poder "funcionar" como antes una vez despertara. Entonces miró a la chica y se sintió repentinamente avergonzado al recordar que ella podía leer sus pensamientos como si los formulara en voz alta. Ella le dirigió una mirada tranquilizadora e inmediatamente supo que no había nada de lo que preocuparse.

-Sí, el sexo es una de las experiencias que solo puedes tener con un cuerpo como el de los humanos, y también está la experiencia subsiguiente de la paternidad. Y hablando del tema… ¿no crees que ya va siendo hora de que pienses en tener descendencia?

A Ángel la pregunta le pilló totalmente desprevenido.

-Todavía soy joven…-respondió finalmente- Además, primero tendré que encontrar a la madre, ¿no?

La joven no dijo nada pero esbozó la sonrisa de quien sabe algo más que el interlocutor y no lo quiere decir. Justo en ese momento, la imagen de Alba apareció como una ráfaga en la mente de Ángel.

“¿Alba?”, pensó él. “No, no creo que a ella le interese un tío como yo”. Y ese pensamiento, sin saber por qué, le hizo sentirse inexplicablemente triste. Ni siquiera quiso mirar a la muchacha para deducir de su expresión si estaba equivocado o no. Se levantó y se dirigió hacia la orilla. Con el agua hasta las pantorrillas, estuvo un buen rato observando un grupo de pececillos nadando a poca distancia de donde él se encontraba.

-Ángel, nunca des por cerrada una puerta si no compruebas con tus propios ojos si lo está –dijo ella a sus espaldas.

Él sonrió para sus adentros y dijo, sin darse la vuelta:

-Me duele reconocerlo, niña sabihonda, pero tienes razón…como siempre.

-Por supuesto –replicó ella alegremente- Recuerda que procedo del Jefe, y el Jefe nunca se equivoca.

Ángel exhaló un suspiro hondo mientras seguía el recorrido aparentemente errático de los pececillos.

-Ojalá te hubiera escuchado antes. Seguramente me habría ahorrado esta estancia con los gastos pagados en este no-lugar.

La chica rió de buena gana ante el comentario de Ángel.

-¿De verdad te hubiera gustado ahorrártelo? Piensa que de otra forma no me hubieras escuchado tan claramente.

-Me hubiera gustado no necesitar este toque de atención…Haber descubierto en la vida real lo que me has hecho ver aquí –se sinceró Ángel.

La muchacha se encogió de hombros en un gesto despreocupado.

-Ahora no tiene mucho sentido que lamentes eso, ¿no crees? Las cosas suceden como suceden, Ángel, no tiene sentido anhelar lo que no ha sucedido ni podrá ya suceder. Hay que tomar las circunstancias de la vida como llegan y aprovechar las experiencias que traen para que contribuyan a tu crecimiento personal. Cualquier otra actitud no te llevará más que a lamentarte por lo que pudo haber sido y no fue. Y con eso no se progresa.

Ángel se dio la vuelta para mirarla. Ella seguía sentada en la arena abrazada a sus rodillas, mirándole con esa serenidad que transmite la sabiduría.

-Espero que encuentres la manera de recordármelo… -dijo él con una sonrisa triste.

-No te preocupes, la encontraré –respondió ella, y su mirada transmitía calidez- Pero recuerda que la comunicación entre nosotros depende fundamentalmente de ti. Yo siempre es-

taré preparada, pero también es necesario que lo estés tú.

Ángel desanduvo sus pasos hacia la orilla; lo único que se escuchaba era el chapoteo de sus pies en el agua mientras caminaba.

-Lo intentaré –dijo cuando llegó hasta donde ella se encontraba.

13

Estaban sentados sobre la arena fina de la playa, mirando distraídamente cómo la brisa rizaba suavemente la superficie de aquel mar tranquilo, cuando la joven giró repentinamente la cabeza hacia el lado opuesto al que Ángel se encontraba, como si hubiera escuchado un sonido inaudible para alguien que no fuera ella.

-¿Qué pasa? –preguntó el joven.

La otra Aurora se volvió para mirarle y esbozó una sonrisa traviesa.

-Tenemos visita –se limitó a responder.

Ángel miró hacia donde la joven había vuelto la mirada, pero no vio a nadie. Se encogió de hombros, volvió a mirar al frente, y entonces lo vio, detenido a unos pasos de él.

A primera vista parecía un hombre joven, pero al fijarse más detenidamente en sus rasgos se dio cuenta de que tenía también algo de femenino. Parecía más joven que Ángel; era alto, esbelto y bien proporcionado. Su rostro era realmente hermoso, de una belleza tan intensa que a Ángel enseguida le pareció que no era humana. Sí, era eso justamente: ese hombre, muchacho (o lo que fuera) no era humano. Además, la expresión de su cara, aunque agradable, resultaba un tanto extraña: sus labios no sonreían, pero sus ojos (de color azul oscuro y ligeramente rasgados) sí parecían sonreír. Ves-

tía una especie de traje blanco de una pieza, y despedía un tenue resplandor blanquecino de la cabeza a los pies.

Durante un buen rato (obviamente, no habría podido precisar cuánto), Ángel estuvo como hipnotizado ante la presencia del recién llegado, incapaz de decir ni una sola palabra. El visitante tampoco hacía ademán de tomar la iniciativa y simplemente se limitaba a sostener la mirada de Ángel. Justamente cuando éste empezaba a preguntarse hasta cuándo iban a estar así, mirándose fijamente el uno al otro, el recién llegado se dirigió a la otra Aurora:

-Saludos, chispa divina.

La chica inclinó la cabeza a modo de saludo. Ángel siguió mirándole, fascinado. Su timbre de voz era masculino, pero también suave como el terciopelo.

-Creo que es la primera vez que nos comunicamos directamente –dijo el visitante, y añadió, esta vez a Ángel – Saludos, Ángel. Estoy encantado de que puedas verme. Eres afortunado: muy pocos humanos han podido vernos mientras viven en la carne.

Ángel, a estas alturas, no entendía nada de nada. Y lo peor de todo es que se sentía tremendamente intimidado ante la presencia del visitante, pero también extrañamente atraído. ¿Sería, quizá, por la expresión de su rostro? ¿Por su belleza inhumana? Solo sabía que con la otra Aurora era muy distinto.

"¿Qué me pasa?", pensó Ángel, "¡Si ni siquiera soy capaz de preguntarle quién es!"

-Soy tu guardián –le dijo el visitante- No tengas miedo de mí. Mi misión es estar contigo y ayudarte.

“Debí imaginármelo”, pensó Ángel. “Este también me lee el pensamiento”.

-¿Mi guardián? –repitió el joven, extrañado.

El visitante asintió con la cabeza. Esta vez sus labios se curvaron en una sonrisa. Una sonrisa que, como su belleza, tampoco era humana. ¿Sería eso lo que intimidaba a Ángel? ¿Estar ante alguien que él sabía que no era humano? Al fin y al cabo, la otra Aurora era una proyección de una mujer humana. Era normal que Ángel se sintiera mucho más cómodo hablando con ella, pues la veía como a una semejante.

-Es perfectamente comprensible que te sientas así –dijo el visitante, siguiendo el hilo de sus pensamientos- Como ya te he dicho, muy pocos de nosotros logran comunicarse con sus asociados humanos mientras estos tienen un cuerpo de carne y hueso. Lo habitual hubiera sido que nos conociéramos más adelante, cuando tuvieras otro envoltorio.

-¿Otro envoltorio? –inquirió Ángel, cada vez más intrigado. En esos momentos pensó, desalentado: “parezco imbécil, no hago más que repetir lo que me dicen”.

-Después de tu muerte –aclaró el visitante.

-Ah –fue lo único que pudo decir Ángel, y se sintió enormemente estúpido ante su escasa capacidad de reacción.

La muchacha estaba asistiendo silenciosa al intercambio de frases y, como advirtiendo el bloqueo del joven, intervino para echarle una mano.

-Ángel: aunque tú no hayas sido consciente de su presencia, tu guardián ha estado ahí siempre, a tu lado. A pesar de que no nos comuniquemos directamente, es un viejo conocido para mí... –y enseguida rectificó- para el Monitor.

El visitante asintió una sola vez.

-Vosotros soléis llamarnos ángeles guardianes –aclaró, con esa sonrisa tan extraña suya, fría pero cálida al mismo tiempo.

-Ángel guardián... -repitió el joven de nuevo, para volver a darse cuenta de que no había hecho más que repetir las palabras del visitante. Sacudió la cabeza en un intento de desbloquearse y, por primera vez desde la aparición de aquel ser extraño, decir algo original. No supo por qué, pero en ese momento se acordó de una de las secretarias de su empresa, muy aficionada a todo lo que tuviera que ver con los ángeles: siempre tenía alguna imagen cerca de su mesa, había hecho algún cursillo de terapia angélica, y leía todo lo que caía en sus manos sobre esos seres sobrenaturales. Todos en la oficina (incluyéndose él mismo) pensaban que estaba un poco chiflada. A partir de ahora, pensó Ángel, quizá tendría que volverse a plantear la cordura de su compañera de trabajo.

El ángel ensanchó su sonrisa, probablemente debido a los recuerdos que afloraron en la mente del joven.

-¿Tú también eres una proyección, como ella? –preguntó Ángel, señalando a la otra Aurora.

El ángel asintió con la cabeza y añadió:

-Sí, lo que ves ahora es una proyección. Pero, a diferencia del Monitor, soy una persona. Existo fuera de tu mente como un ser con una forma definida. Una forma que no puedes ver con tus ojos, pero que existe y es prácticamente idéntica a la que estás viendo ahora mismo.

Ángel asintió mecánicamente, intentando digerir las palabras del visitante. Para él tanto la otra Aurora como el ángel eran igual de reales…o de irreales, según lo considerara. Nada de lo que estaba experimentando en el mundo de sus sueños podía juzgarse según las normas que parecían regir en el mundo real, donde las personas con las que uno se podía encontrar eran seres de carne y hueso como él, y las proyecciones sonaban a ciencia ficción.

-¿Te importa que me siente? –preguntó el recién llegado, con esos ojos que parecían sonreír-Creo que será más cómodo para todos que conversemos a la misma altura.

Ángel musitó un “claro” imperceptible y le invitó a sentarse junto a ellos con un gesto. El ángel se sentó frente a ellos y de espaldas al mar con un gesto elegante que hubiera hecho palidecer de envidia a un bailarín.

-Es cierto que la gente tiene unas ideas muy extrañas acerca de nosotros –dijo con esa voz que parecía acariciar los oídos - Como podrás ver, no llevo alas pegadas al cuerpo ni un aro dorado sobre mi cabeza. Pero lo que sí es cierto es que nuestra misión es velar por vosotros en muchos aspectos diferentes.

-¿Velar por nosotros? –repitió de nuevo Ángel, pero esta vez para añadir irónicamente- ¿Y dónde estabas cuando me atropellaron? ¿Te habías tomado el día libre?

Enseguida se arrepintió de haber pronunciado esas palabras, pues en el fondo de su corazón sintió que eran tremendamente injustas. Pero el ángel siguió manteniendo en su rostro esa expresión de serenidad afable, lo que hizo que Ángel se sintiera todavía peor.

-Perdona –se apresuró a decir, cabizbajo- Soy un imbécil.

-Yo estaba allí –dijo el ángel, sin variar ni un ápice el tono calmado de su voz- Los guardianes no nos tomamos el día libre ni miramos para otro lado cuando nuestros compañeros mortales sufren. Tampoco estamos ahí para manteneros en una burbuja, libres de todo daño. A veces, eso sí, podemos modificar el entorno físico para evitar algún mal mayor…pero solo lo hacemos cuando nos lo ordenan –hizo una pausa, y añadió- En tu caso, no recibí ninguna orden de ahorrarte el accidente.

Ángel iba a preguntar entonces si recibió la orden de provocar el accidente, pero el guardián negó casi imperceptiblemente con la cabeza y

de repente sintió vergüenza de sí mismo. En su lugar, preguntó:

-¿Quién os da las órdenes?

El ángel sonrió enigmáticamente y respondió:

-Los ángeles estamos organizados de manera similar a como lo están vuestros ejércitos. Tenemos superiores a los que obedecer. Pero no hacemos la guerra, sino que estamos para servir a los humanos y ayudarles en su camino. Además, nosotros también aprendemos de vosotros.

Ángel le miró con escepticismo.

-¿Vosotros de nosotros? –inquirió- ¿No se supone que sois seres sobrenaturales con poderes sobrenaturales? ¿No se supone que sois perfectos?

El ángel negó con la cabeza.

-Es cierto que tenemos una mente prodigiosa en comparación con la vuestra y que tenemos poderes que ni siquiera imagináis –aclaró – Pero también es cierto que no somos perfectos, y mucho menos infalibles. También nos equivocamos y, por supuesto, necesitamos aprender. Y vosotros nos enseñáis muchas cosas, más de las que podéis imaginar. Sois una fuente de aprendizaje inagotable –añadió, lanzando una mirada cómplice a la otra Aurora, que sonrió.

Ángel soltó una risa triste.

-Me cuesta creer que podáis equivocaros –dijo el joven, obstinadamente- No entiendo que seres que se supone que saben más que noso-

tros, que ven más de lo que vemos nosotros, puedan cometer errores.

El ángel le miró durante unos instantes, con una mirada llena de afecto y comprensión.

-Comprendo que digas eso, Ángel, pero créeme: nos equivocamos. Y en cierto modo un error nuestro es mucho más grave que vuestros errores, que casi siempre son fruto de vuestra ignorancia y vuestra ceguera. Precisamente porque nuestra perspectiva es algo más amplia que la vuestra, y porque tenemos una gran responsabilidad, que es la de guiar vuestro camino.

Ángel suspiró profundamente. A pesar de que intentaba mantener la cabeza fría, toda aquella experiencia estaba siendo abrumadora para él. Desde que había comenzado a vivir aquel sueño tan lúcido que parecía formar parte de la vida real, había tenido que aceptar muchas afirmaciones sobre las que nunca había pensado de manera consciente. A veces se veía lo bastante fuerte para aceptarlas y seguir luchando por volver a despertar al mundo real "de verdad", pero otras (como ahora) simplemente se sentía sobrepasado.

"¿Monitores que habitan en la mente? ¿Ángeles guardianes? Por Dios, ¿qué será lo próximo?", pensaba, cabizbajo.

En cuanto levantó la vista, su mirada se encontró con la del ángel, que le sonreía comprensivamente. En cierto modo, Ángel sintió alivio al pensar que tanto aquel extraño visitante como la otra Aurora podían mirar en su interior y sa-

ber cuál era su estado de ánimo en esos momentos. Eso le ahorraba tener que explicarles cómo se sentía.

-No me habría presentado ante ti si no hubiera tenido la certeza de que ibas a aceptar mi presencia –dijo el ángel suavemente.

-¡Pues ya sabes más que yo! –exclamó Ángel- Todavía no sé qué pensar de ti.

El ángel, por primera vez, se echó a reír; el joven jamás había escuchado una risa tan cantarina como aquella. Le hacía recordar una cascada de agua y el canto de los pájaros, todo a la vez.

-Tú lo has dicho: todavía –dijo el ángel- Pero acabarás aceptando todo lo que te está pasando en este mundo de los sueños. Tienes un buen potencial, por decirlo de algún modo.

La otra Aurora asintió en silencio.

-Con cualquier otro no hubiéramos aprovechado esta circunstancia para darnos a conocer, pero contigo sabíamos que había posibilidades de que este estado cerebral en el que te encuentras nos sirviera para comunicarnos contigo y para hacerte ver cosas de las que otras personas no son conscientes –explicó la joven.

A Ángel no se le escapó el detalle de que la otra Aurora hablaba en plural, como si se refiriera también al ángel guardián.

-No sabía que el ángel y tú trabajabais juntos –observó.

-No exactamente –rectificó la joven- No nos comunicamos directamente, pero siempre tra-

bajamos en coordinación. Sus órdenes jamás interfieren con el trabajo del Monitor. ¿No es increíble?

-¿Increíble? Todo lo que me ha pasado desde que me atropellaron lo ha sido –dijo Ángel con un suspiro.

A las palabras del joven siguió un breve silencio, que Ángel aprovechó para poner un poco de orden en sus pensamientos.

"¿Qué es lo que puedo poner en claro de todo esto?", se preguntaba. Y sus pensamientos se dirigieron a responderse él mismo a su pregunta. "Primero se presenta mi Monitor, para decirme que no estoy solo en mi mente, que él está ahí para guiarme. Y, cuando he aceptado que el Monitor es real, recibo la visita de mi ángel guardián, que me dice que también está aquí para ayudarme".

-Me imagino –expresó Ángel en voz alta dirigiéndose hacia el ángel- que has venido a verme por alguna razón.

El visitante asintió con la cabeza, sin abandonar su expresión de afabilidad distante. Aun así, Ángel sintió que ese ser le transmitía toda la calidez que podía transmitirle alguien que no era humano.

-He venido aquí para aprovechar la posibilidad de comunicarme contigo - respondió el ángel - No tengo ninguna razón especial, ni voy a hacerte ninguna revelación sobrenatural, pues no tengo autorización para ello.

El visitante hizo una breve pausa. Ángel escuchaba atentamente; sentía que debía recor-

dar esas palabras para el hipotético futuro en el que despertara al mundo real.

- Llevo mucho tiempo a tu lado y te conozco mejor de lo que puedas llegar a conocerte tú mismo, porque veo tus defectos igual de claramente que tus virtudes. Como te he dicho antes, tienes un gran potencial, y créeme que tanto yo como mi compañero estamos muy contentos de haber sido asignados a tu custodia –prosiguió- Pero nos entristece enormemente esa tendencia tuya a intentar pasar de largo por los problemas huyendo hacia delante. Prefieres no pensar en tus problemas, y así no vas a solucionarlos. No por pereza, sino por miedo a enfrentarte a lo que no te gusta. Y el miedo es lo que te impide avanzar. El día que abandones definitivamente ese miedo, serás un hombre realmente poderoso. No habrá nada en el mundo que te impida crecer, no habrá cadenas ni físicas ni invisibles que te impidan ser libre. Es cierto que no por eso vas a tener una vida fácil, pero recuerda bien esto: los humanos no habéis venido a un mundo como este para tener una vida fácil y libre de sufrimientos, sino para forjar vuestro carácter en las adversidades. Por supuesto, no estáis solos: el Monitor y yo mismo somos una prueba de ello, y te aseguro que no somos los únicos que estamos ahí, al otro lado, conteniendo el aliento ante los desafíos que se presentan ante vosotros, expectantes por ver cómo solucionáis los problemas que se os ponen por delante.

El visitante hizo otra pausa para dar a Ángel la oportunidad de asimilar todo lo que le había dicho. Este se quedó mirando el mar en calma, intentando poner en orden sus pensamientos. Bastante bien sabía que el visitante había dado en el clavo; ya los días anteriores la otra Aurora había señalado su punto débil: la tendencia a escapar de sus problemas por la vía de evitar pensar en ellos. También sabía que había decidido corregir eso cuando regresara, pero... ¿cómo deshacerse del miedo? Muchas veces ni siquiera era consciente de que estaba dejando de hacer cosas debido al miedo. Era como un mecanismo automático, un hábito incrustado en su pensamiento. Debía de haber una forma de romper con ese hábito. Pero, ¿cuál?

El ángel, por supuesto, sabía lo que preocupaba al joven.

-En realidad, romper el hábito del miedo es más sencillo de lo que parece –dijo- Si piensas que siempre eres libre de decidir, que no estás solo y que hay que relativizar el mal que te pueda acarrear aquello que te da miedo, dejarás de sentir miedo.

-Eso es fácil decirlo –replicó Ángel.

-Lo sé –reconoció el visitante- Y solo tú sabes lo que el miedo produce en ti. Pero estoy seguro de que, cuando el miedo te asalte, recordarás mis palabras, y eso te ayudará. Piensa que yo estaré a tu lado aunque no puedas verme. Ojalá ese pensamiento te reconforte cuando tengas dificultades.

El joven asintió, con un profundo suspiro.

-Si solo tuvierais una mínima idea del poder que tenéis…-dijo el ángel, casi para sí mismo-Vosotros los humanos sois seres cargados de posibilidades. Sois fascinantes, sobre todo para nosotros los guardianes, que recorremos el camino a vuestro lado. Tenéis una capacidad increíble de sobreponeros a las dificultades, y eso tiene un mérito increíble, teniendo en cuenta lo “ciegos” que sois a todo lo que está más allá de vuestras percepciones. No tenéis apenas certezas, sois dudas andantes, pero aún así no caéis en la desesperación más absoluta. Claro está que muchas veces es gracias a vuestro Monitor, a los guardianes y a otras ayudas que están a vuestra disposición. Pero aún así…me parece admirable lo que podéis llegar a hacer en vuestras circunstancias. No es extraño que os tengan reservado un gran destino…

Ángel le miró interrogativamente, y el visitante soltó una risa breve.

-Creo que ya he dicho todo lo que quería decirte, y no estoy autorizado a adelantarte acontecimientos. Recuerda mis palabras y todo lo que estás aprendiendo aquí: será muy valioso cuando despiertes. Y ahora tengo que irme. Tengo obligaciones que atender…

-¡Espera! –exclamó Ángel. El ángel se había incorporado ya y estaba frente a él. El joven también se levantó, y justo entonces se dio cuenta de que el visitante era por lo menos un palmo más alto que él. No tenían mala planta, los ángeles guardianes…

-Hay tantas cosas que querría preguntarte… -comenzó el joven.

-Lo sé –le interrumpió el ángel- Y muchas más que se te ocurrirán cuando no puedas verme como ahora. Pero creo que lo mejor es que sepas simplemente que estamos ahí para ayudarte, y que lo seguiremos estando incluso después de que dejes este mundo.

-Hablas en plural y antes te has referido a tu "compañero" –observó Ángel- ¿Por qué?

-Porque los ángeles guardianes trabajamos en parejas –respondió el visitante- Mi compañero no ha podido venir, debido justamente a nuestras obligaciones.

Ángel se lo quedó mirando sin comprender.

-No todos los humanos tienen una pareja de ángeles personal –aclaró el visitante- Mi compañero y yo, por ejemplo, tenemos que hacernos cargo de otros humanos también. Estoy deseando que llegue el día en el que tengas una pareja para ti solo, y ojalá yo esté contigo para entonces. Pero eso depende de ti.

-¿De mí? –repitió Ángel.

-Sí. De ti –dijo el ángel moviendo la cabeza afirmativamente- Deja tus miedos, vuela alto y tendrás dos ángeles para ti.

En ese momento, Ángel advirtió que el cuerpo del visitante iba desapareciendo paulatinamente, de modo que podía verse lo que había a través de él.

-Entonces… ¿volveremos a vernos? –preguntó el joven.

La silueta del visitante era casi un recuerdo cuando Ángel “oyó” su voz dentro de su mente.

“Puedes estar seguro”.

14

Durante un lapso de tiempo imposible de precisar, Ángel permaneció sentado junto a la orilla de aquel mar en calma. Sus pensamientos, tan llenos de angustia cuando supo cuál era su situación en el mundo real, ahora rebosaban ilusión. La visita de su guardián, aunque breve, le había infundido una gran dosis de optimismo. Dedujo que, si el ángel se le había aparecido en el mundo de los sueños, debía ser porque confiaba en que Ángel saldría adelante. De hecho le había dicho que tenía un gran potencial, le había animado a que luchara para conseguir un par de ángeles para él solo. El joven no sabía exactamente para qué le iba a servir tenerlos, pero intuía que esa circunstancia debía marcar una importante diferencia y, aunque no sabía muy bien cómo seguir los consejos que le había dado el ángel, se propuso seguir su intuición y recordar las palabras de ánimo que aquel le había dado.

Mientras Ángel estaba absorto en sus pensamientos, la otra Aurora permanecía sentada junto a él como una presencia inerte, tan inmóvil que parecía que nadie habitara ese cuerpo. El joven, una vez volvió a ser consciente de lo que le rodeaba, giró la cabeza hacia la muchacha y, como vio que esta no reaccionaba, le tocó suavemente el brazo.

-¿Aurora? –dijo, levemente inquieto.

En ese momento el cuerpo de la chica abandonó su estado latente y pareció volver a la actividad habitual. Se volvió para mirarle, y en sus ojos pudo leer preocupación.

-¿Dónde estabas? –preguntó Ángel, con curiosidad.

Ella hizo un gesto vago señalando el horizonte impecable del mar.

-Por ahí fuera –respondió.

-¿En el mundo real? –inquirió el joven.

La otra Aurora asintió con la cabeza mecánicamente, como si su atención estuviera en otra parte. A pesar de que sonreía, su sonrisa no le llegaba a los ojos.

-¿Hay alguna novedad? –le interrogó Ángel, que comenzaba a impacientarse con el laconismo de la joven.

La chica le tomó la mano y, mirándole intensamente a los ojos, le dijo:

-Has tenido una recaída.

Aquella noticia cayó como un mazazo sobre el ánimo optimista de Ángel.

-¿Qué…quieres decir? –balbució.

La chica, sin dejar de mirarle como si quisiera hipnotizarle, le dijo:

-Escúchame bien, Ángel…no tenemos mucho tiempo. Acabas de tener un pequeño derrame cerebral. Por suerte los médicos que te atienden lo han detectado a tiempo. Según comentan, están considerando la posibilidad de operarte para evitar daños mayores. Es más: puedo decirte que lo harán. Es posible que du-

rante este tiempo pierdas la conciencia y se desmorone este escenario construido en el mundo de tus sueños. Tan solo te pido que seas fuerte y que resistas.

Ángel escuchaba aquellas palabras atentamente como si le fuera la vida en ello. De hecho, supo que le iba la vida en ello.

-Mientras resistas, podré mantener el vínculo contigo –continuó la chica- Solo cuando el cerebro esté muy dañado será prácticamente imposible que pueda alojarme en tu mente. No creo que eso llegue a ocurrir, pero de todos modos haz todo lo que puedas por mantener tu conciencia. ¿Entendido?

Ángel miró a su alrededor, y nada en el paisaje le hacía pensar que algo estaba fallando en su cerebro. Aparentemente el escenario se mantenía inalterado. Pero justo cuando llegó a la conclusión de que todo seguía igual, comenzó a sentir un extraño mareo. De repente comenzó a ver por todas partes destellos de una luz brillante que le cegaba los ojos. A pesar de que no podía sentir dolor, la sensación era tan desagradable que cerró los ojos. Cuando los abrió, se dio cuenta de que estaba tan oscuro como cuando tenía los ojos cerrados, y no pudo evitar sentir pánico.

La playa, el cielo, el mar…todo se había desvanecido. Era como si no hubiera tierra bajo sus pies. Estaba flotando en la más negra oscuridad.

-¡Aurora! –gritó, y le pareció que su voz no se propagaba por el aire, sino que quedaba apresada en su garganta.

“Estoy aquí”, dijo una voz en su interior, tan débil que Ángel apenas podía percibirla. “Recuerda lo que te he dicho, Ángel. Resiste a la oscuridad…” Y ya no pudo percibir más. La voz se había alejado de él.

Intentó sobreponerse al pánico que sentía estaba a punto de llegar. Al menos su conciencia seguía ahí, estaba ciego a cualquier sensación pero al menos su capacidad de pensar seguía intacta. Intentó dirigir su atención hacia pensamientos agradables; puesto que no tenía estímulos externos, hizo un esfuerzo por recordar lo que la otra Aurora y el visitante le habían dicho.

Intentó mantener a raya el miedo. Le parecía tan absurdo terminar así, sumido en la oscuridad, que dio por supuesto que su conciencia no iba a diluirse en la nada. Al menos, no en ese momento. Y, en cualquier caso, si eso llegara a suceder… ¿no se supone que había otra vida más allá? Pero intentó no seguir por ahí, pues la perspectiva de dejarse llevar y ser absorbido por la nada se le presentaba entonces como algo demasiado tentador.

No, no quería morir en ese momento y comprobar lo que le esperaba al otro lado. Justo entonces sintió que no le había llegado la hora de cruzar el umbral, que tenía que seguir a ese lado. Que todavía le quedaba mucho por vivir y experimentar. Le vino a la mente la idea de que

ni siquiera había conseguido todavía una compañera con la que compartir su vida, formar una familia y todas esas cosas que iban implícitas en esas ideas en las que hasta no hace mucho no había querido ni pensar.

Intentó no pensar en lo que podría suponer el derrame para su estado físico. Bastante bien sabía que los derrames cerebrales acostumbraban a dejar secuelas, que dependían de la zona del cerebro que hubieran afectado. Anheló entonces no quedar demasiado mal; no le gustaría depender demasiado de los cuidados de los demás. Pero, en cualquier caso, pensó que no tenía sentido angustiarse por lo que todavía no había pasado. Quedara como quedase, supo que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para recuperarse lo mejor posible. En cuanto a lo que no dependiera de él...no tenía demasiado sentido preocuparse por eso.

Se sentía flotando en un estado de ingravidez, pero no podía saber si se desplazaba o no. Por primera vez desde que fue a parar al mundo de sus sueños tras el accidente, perdió la sensación de tener cuerpo, era como si hubiera roto los lazos con su cuerpo y se hubiera quedado solo con la conciencia de ser él mismo, pero desprovisto de toda envoltura material. No tenía ninguna referencia visual ni sonora, estaba literalmente a solas con sus pensamientos. Imaginó que el Monitor estaría todavía en su mente, puesto que todavía seguía manteniendo sus pensamientos a raya, pero por mucho que prestara atención no volvió a escuchar la voz de la

otra Aurora, como le había sucedido al principio de sumirse en aquel estado.

De vez en cuando le asaltaban pensamientos lúgubres o la soledad se le hacía demasiado insoportable, pero intentaba aferrarse como a un clavo ardiendo a las palabras de Aurora, que le había asegurado que despertaría. Así que intentó ver aquello como un contratiempo momentáneo, previo a su despertar al mundo real. Se propuso recordar momentos agradables de su vida durante el tiempo que durara aquella extraña desconexión en el interior de su cerebro. Y justo estaba disfrutando de sus recuerdos más queridos cuando sintió que la nada, poco a poco, estaba ganando la partida.

Al principio solo fue una ligera dificultad en recordar, que Ángel pudo sortear casi instantáneamente. Pero poco a poco notó que el lapso entre pensamientos iba siendo cada vez más amplio, y ahí no pudo evitar asustarse de verdad. Intentó con todas sus fuerzas pensar en lo que fuera, extrayendo de su memoria cualquier recuerdo, por trivial que fuera. Llegó un momento en que fue incapaz de pensar en nada que no hubiera tenido lugar en los diferentes escenarios en los que estuvo conversando con la otra Aurora, pero hasta eso comenzó a escaparse de su conciencia.

Cuando sintió que los pensamientos eran apenas jirones en su mente y que la nada iba a apoderarse de lo que quedaba de él, emitió un pensamiento débil pero rotundo:

“Aurora…ayúdame”.

Justo después de esa llamada de socorro, apareció en la oscuridad un punto de luz que fue haciéndose cada vez más grande. En ese momento, con los jirones de conciencia que aún le quedaban, Ángel sintió que debía "moverse" (si es que era posible hacerlo sin cuerpo) hacia la luz, así que centró su pensamiento en esa idea. Y le pareció que era así (¿o quizá era la luz la que se estaba acercando a él?), puesto que la luz iba aumentando de tamaño y engullendo cada vez más negrura. Justo cuando Ángel vio que la negrura había desaparecido y dejado espacio a aquella luz brillante, sintió una paz interior como jamás había sentido. Y con esa sensación tan agradable se dejó llevar por el agotamiento que le embargó en aquel momento y se durmió.

Cuando abrió los ojos, descubrió para su satisfacción que se encontraba en un escenario de apariencia real. Esta vez no era un paisaje natural sino que se encontraba en una especie de habitación sin ventanas y de paredes blancas, que parecían emitir una luminosidad tenue. Ángel se encontraba recostado boca arriba en un sofá de color azul pálido. Frente al sofá había una mesita baja de madera, y al otro lado de la mesita estaba la otra Aurora sentada en cuclillas en el suelo, mirándole atentamente mientras una sonrisa curvaba levemente las comisuras de su boca.

Ángel se incorporó, se sentó en el sofá y le devolvió la sonrisa a la muchacha.

-Enhorabuena –le dijo ella- Lo has hecho muy bien.

-Supongo que ha sido mero instinto de supervivencia –respondió él. Y, señalando la habitación, preguntó- ¿Y esto?

La otra Aurora se encogió de hombros.

-Es el mejor escenario que el Monitor ha podido construir, dado el estado actual de tu cerebro –y, como vio que la expresión de Ángel empezó a ser de preocupación, añadió – Tranquilo, podrá mejorarse a medida que tu cerebro se vaya recuperando.

Ángel asintió con la cabeza. La otra Aurora se levantó del suelo y se sentó junto a él en el sofá, con los pies subidos encima en una postura informal.

-¿Qué secuelas me van a quedar después de esto? –preguntó Ángel abruptamente.

-Nada que no pueda arreglarse con un poco más de recuperación –contestó la chica con rapidez- De hecho los médicos se sorprenderán mucho cuando vean cómo has quedado tras el derrame. Por lo que sé y puedo decirte ahora, tus capacidades intelectuales van a quedar intactas. El aspecto físico es otro cantar, pero como me imagino que no querrás dedicarte a la alta competición a partir de ahora, supongo que te las apañarás bien.

Ángel suspiró. Realmente el escenario en el que se encontraba era tan austero que resultaba aburrido, pero al menos ahora tenía un

cuerpo y no flotaba en la negrura. Además, la otra Aurora estaba con él, y eso le hacía sentirse mucho mejor.

-Supongo que, dado mi estado, no despertaré en los próximos días –conjeturó el joven, sin poder ocultar el temor a que estuviera en lo cierto.

La muchacha asintió, con una sonrisa tímida.

-No. Lo cual nos da un poco más de tiempo para que puedas aprender algunas cosas más de esta experiencia –le respondió.

-Tiempo…-repitió Ángel, pensativo- El tiempo siempre corre en mi contra.

-Te equivocas –replicó la muchacha- El tiempo, cuando estás aprendiendo, siempre corre a tu favor.

15

Poco a poco, Ángel había conseguido construir en sus sueños una estancia más confortable y con más detalles. Ahora se encontraba en una especie de salón muy amplio con unos ventanales inmensos que daban a una terraza sobre una especie de acantilado, desde donde podía ver un mar azul cobalto y un cielo limpio de nubes en el que sol siempre estaba situado en el cenit. Había dos sofás muy grandes y mullidos dispuestos en ángulo recto; Ángel se tumbaba en uno y la otra Aurora solía ocupar el otro.

Algunas veces, Ángel sufría lo que llamaba "periodos de desconexión". Esto es, momentos en los que parecía perder la consciencia, y tras los que se recobraba sentado en una postura diferente o situado en otra parte del escenario. La muchacha le dijo que eso era normal, pues era el equivalente en su estado al periodo de sueño.

Todo esto, junto con el hecho de que en su mundo no había relojes ni calendarios ni sucesión de días y noches, hacía que Ángel fuera incapaz de determinar cuánto tiempo "real" llevaba en estado de coma. No podía evitar preguntárselo de vez en cuando y, aunque sabía que la muchacha le respondería sin titubeos si él se lo preguntaba, decidió no hacerlo. Intuía

que saberlo iba a producirle ansiedad y, además, el cómo y el cuándo de su despertar era algo que no dependía de su voluntad.

Ángel aprovechó aquel periodo en la estancia para dedicarse a la introspección. Durante el ajetreo de su vida cotidiana nunca había tenido tiempo para pararse a pensar en lo que quería hacer en su vida, y ahora tenía todo el tiempo del mundo para planteárselo. En aquel mundo de sus sueños no había más distracciones que las que él se procurara. No sonaba el teléfono, no había Internet ni televisión, ni siquiera era necesario comer ni beber (y mucho menos dormir, si se exceptuaban los periodos de "desconexión") A veces se quedaba tumbado en el sofá durante mucho tiempo sin decir nada, con la otra Aurora sentada obedientemente a su lado, respetuosa con su silencio. Otras se sentaba en la terraza con la mirada fija en el horizonte infinito, sintiendo en el rostro la caricia de la brisa mientras escuchaba a lo lejos el graznido de gaviotas imaginarias que volaban en círculos por encima del mar.

Para su sorpresa, Ángel no se sintió aburrido en ningún momento. ¡Con la de veces que le había invadido el aburrimiento antes del accidente! Recordaba con especial agobio las tardes de los domingos, cuando la perspectiva de tener que volver al trabajo al día siguiente le amargaba cualquier posibilidad de disfrutar del momento presente. Se prometió a sí mismo que no volvería a aburrirse nunca más, ni a preocuparse por lo que pudiera suceder en el futuro.

La otra Aurora distrajo por un momento a Ángel de sus pensamientos con una exclamación:

-¡Vaya un cambio!

Ángel la miró, intrigado. La muchacha estaba de espaldas a él, apoyada en la barandilla de la terraza con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante. Se volvió a mirarle y su rostro reflejaba una alegría exultante.

-Tus pensamientos han mejorado mucho últimamente –aclaró la chica.

El joven asintió.

-Gracias –dijo- Pero soy consciente de que lo peor está todavía por llegar.

-Si mantienes esta actitud y tus pensamientos siguen siendo positivos y elevados, serás capaz de superar todas las dificultades que se te presenten –le dijo ella.

Ángel volvió a asentir sin decir nada. Desde el último percance acaecido en su cerebro, tenía la impresión de estar en un periodo de preparación para lo que se le avecinaba después. Se sentía como un corredor de maratón durante las horas previas a la carrera. Pasaba mucho tiempo mentalizándose para lo que tendría que afrontar cuando despertara. No tenía ni idea de cómo sería la recuperación tras un estado comatoso y algunas veces esa incertidumbre le hacía sentirse angustiado, pero enseguida ahuyentaba esos pensamientos volviendo a su *mantra* favorito de los últimos tiempos: “no te preocupes por lo que todavía no ha pasado”. En su aquí y ahora el futuro se presentaba ante él

como una hoja en blanco. Todo podía pasar, y lo único que tenía que hacer era prepararse mentalmente para lo que pudiera ocurrir, fuese lo que fuese.

Por segunda vez, la muchacha interrumpió el flujo de sus reflexiones.

-Vas a estar de suerte…

De nuevo, Ángel bajó de su nube particular y la miró, extrañado. La otra Aurora estaba esta vez frente a él, con un brillo ilusionado en su mirada.

-Nos han dado permiso para que hagas un "viaje" especial… ¿No te apetece salir a dar una vuelta?

-¿Una vuelta? ¿A dónde? Estoy atrapado en mi mente, si no recuerdo mal.

La chica negó con la cabeza.

-No puedes volver al mundo real, que no es lo mismo que estar atrapado. Además, tu mente es mucho más libre de lo que crees. En primer lugar, tu mente es relativamente independiente del tiempo. Tú mismo te has dado cuenta de eso. Eres capaz de pensar en cientos de cosas durante un lapso muy breve de tiempo real. Y, desde luego, se puede viajar con la mente a otros lugares (o con la imaginación, que para el caso es lo mismo), a menudo tan intensamente que tu cuerpo puede estar quieto en un sitio, pero tu atención, tu mente, en realidad está muy lejos.

Ángel asintió.

-Sí, desde luego el cerebro es asombroso.

-No te confundas, Ángel –replicó la otra Aurora - Para empezar, tu mente no es tu cerebro. Es cierto que necesita del cerebro pues éste le sirve como soporte, pero eso no significa que sean la misma cosa.

-Vaya, pues yo creía que pensábamos con el cerebro.

-Pues no. Con lo que piensas, con lo que inventas, con lo que relacionas conceptos, es con la mente. Y la mente es una herramienta que se te presta mientras vives en el mundo real. ¿Sabes? El Monitor no solo se aloja en la mente, sino que además la utiliza para crear algo que te pertenece.

-¿Y qué es eso que crea el Monitor con la mente?

-Lo que vosotros llamáis "alma".

Ángel se quedó pensativo un momento. Ahora intentaba retener en su memoria todo lo que la muchacha le contaba. Sabía que ella no le hacía esos comentarios porque sí; sus palabras eran algo valioso que debía recordar después, eran algo sobre lo que debía reflexionar para darle todavía más valor, para que le sirviera en la vida que le esperaba cuando despertara.

-Entonces… ¿el alma no es algo que tenemos nada más nacer, por el mero hecho de ser humanos? –preguntó.

La joven negó con la cabeza.

-No. De hecho podrías decir que el alma nace cuando el Monitor empieza a trabajar en tu mente. Y eso sucede cuando tomas tu primera decisión moral.

-¿Y a qué edad se supone que es eso?

-Depende de la persona. Suele ser hacia los seis años de edad, pero puede ser antes o después. Depende de las circunstancias personales y del tipo de mente que haya podido conectarse a tu cerebro. Más tarde o más temprano todo mortal se ve en la tesitura de tener que elegir entre el bien o el mal, y justo en ese momento será cuando el Monitor llegue a alojarse en la mente de ese mortal.

Ángel se preguntó en esos momentos cuándo pudo haber tenido lugar su primera elección moral, pero fue incapaz de recordarlo. La muchacha no tuvo necesidad de que el joven le hiciera la pregunta verbalmente, así que respondió sin más:

-Es normal que no lo recuerdes; de hecho, muy poca gente puede, pues no es algo que se grabe intensamente en la memoria. Es simplemente un momento más en la vida, que sucede además cuando se está en plena infancia.

-¡Ángel! ¡Han venido tus tíos y tu primo Nando!

Ángel salió corriendo hacia la puerta de la entrada. Allí, junto a su madre, se encontraban efectivamente su tío Felipe, su tía Adela y su primo, que habían venido a hacerles una visita. Su primo tenía entonces cinco años, un año menos que él. Por aquél entonces se veían un par de veces al mes, normalmente un sábado por la tarde. Sus tíos vivían en un pueblo cercano a

Burgos y solían aprovechar que venían a la ciudad de compras para hacerles una visita. Ángel agradecía la visita porque le gustaba mucho jugar con su primo. Por aquél entonces todavía no había nacido Berto, su hermano pequeño, con quien se llevaba ocho años, así que su primo Nando era lo más parecido que tenía a un hermano.

-Venga, id a jugar, y ya os llamaré cuando la merienda esté lista –dijo su madre, y ellos se fueron corriendo a la habitación de Ángel, que era su paraíso particular en aquellas tardes de sábado en que jugaban juntos.

A pesar de que Ángel tenía muchos juguetes, Nando siempre venía cargado con juguetes suyos. En esta ocasión traía una bolsa de tela llena de coches de juguete. Volcaron el contenido de la bolsa en el suelo, y comenzaron a poner los coches en fila.

Mientras iban colocando los coches, Ángel se dio cuenta de que había uno diferente. En lugar de ser tipo turismo era de carreras, de color rojo. Además era nuevo. Ángel lo tomó y se lo puso en la palma de la mano.

-¿A que es chulo? –le dijo su primo, con orgullo- Me lo compró mi padre como premio por portarme bien la semana que mamá estuvo mala con gripe.

Su primo alargó la mano para que Ángel le devolviera el coche, y él se lo dio, mientras pensaba que quería uno igual.

-Sí que es chulo –dijo- ¿Dónde te lo han comprado?

Su primo se encogió de hombros.

-No sé. Papá se fue a Burgos a comprar, y yo me quedé en casa con mamá, pues ella estaba en la cama con fiebre. Cuando volvió me dijo que había traído algo para mí, y entonces me dio el coche.

Enseguida les llamaron para merendar, y tanto él como su primo se tomaron el chocolate con bizcochos todo lo rápido que pudieron, porque lo que querían era seguir jugando cuanto antes. Además, la charla de los adultos era demasiado aburrida para ellos.

El tiempo se les pasó volando jugando a hacer carreras con los coches. Nando llevaba todo el rato su flamante coche de carreras. A Ángel le hubiera gustado que su primo le dejara el coche un rato y se lo pidió un par de veces, pero su primo no quería soltarlo. Tan sólo se separó de él cuando fue al lavabo, casi a punto de hacerse pis encima.

Su primo estaba en el baño cuando sus tíos se asomaron por la puerta y les dijeron que tenían que irse, pues todavía les quedaban un par de recados por hacer.

-¿Podrías recoger los juguetes de Nando, cariño? –le pidió su tía Adela.

Ángel dijo que sí, y sus tíos regresaron al salón para acabar de despedirse de sus padres. Justo en ese momento, sentado en el suelo de su habitación rodeado de juguetes, se le pasó por la cabeza que esa era su oportunidad para quedarse con el coche de carreras de su primo. Lo escondió, metió el resto de coches de juguete en la

bolsa que había traído su primo, y la cerró. Justo acabó de hacerlo cuando su primo regresó.

-Ya te he guardado los coches en la bolsa. Me han dicho tus padres que tenéis que iros pronto.

Nando asintió sin decir nada y se fue al salón, donde sus padres estaban charlando con los padres de Ángel. Al cabo de un par de minutos, y después de los besos de despedida de rigor, se marcharon.

Ángel regresó a su habitación, y lo primero que hizo fue sacar el coche de carreras de su escondrijo. Al principio estuvo un buen rato jugando despreocupadamente con él, pero no tardó mucho en sentir una especie de remordimiento. Sabía que lo que había hecho no estaba bien; había tomado algo que no era suyo. "Esto ha sido como robar", pensaba una y otra vez, intranquilo.

De repente dejó de ver el coche como algo deseable para verlo como un recordatorio de su culpabilidad, así que volvió a guardarlo donde lo había dejado, mientras pensaba qué podía hacer para devolvérselo a Nando sin que nadie sospechara que se lo había quedado a propósito.

Faltaba poco para la hora de cenar cuando sonó el teléfono. Fue su madre la que se puso al aparato. Ángel, con el corazón latiendo fuerte, dedujo por la conversación que quien llamaba era su tía Adela, y que estaba preguntando por el coche de carreras. Según parecía, Nando había querido seguir jugando en su casa con él, y entonces se dio cuenta de que no estaba en la bolsa.

-Espera, que le preguntaré a Ángel –dijo su madre. Él estaba en su habitación, y cuando sintió los pasos de su madre dirigiéndose hacia allí, pensó que tenía que devolverle el coche a su primo como fuera.

-Ángel, cariño, tu tía Adela me pregunta si por casualidad se quedó aquí el coche de carreras que trajo Nando para jugar contigo.

-Sí, mamá. Dile que se me olvidó meterlo en la bolsa porque se había quedado debajo de la cama.

-Bien. Entonces le digo que se lo guardamos hasta que vuelvan a venir a Burgos –y su madre volvió entonces al teléfono para decirle a su hermana Adela lo que Ángel le había dicho.

Ángel suspiró, aliviado. Según pudo deducir de la conversación que mantenían su madre y su tía, Nando no estaba muy conforme e insistía en que fueran inmediatamente a por su juguete, pero finalmente le medio convencieron de que pasarían a buscarlo al día siguiente, aprovechando que tenían que hacer otra visita.

"No voy a volver a quedarme con nada que no sea mío", decidió Ángel en ese momento.

Que justo entonces viniera a su memoria ese recuerdo de la infancia, que había permanecido olvidado como tantos otros momentos de su niñez, hizo que Ángel preguntara:

-¿Ahí fue cuando vino el Monitor a mi mente?

La muchacha esbozó una sonrisa traviesa.

-Posiblemente –se limitó a responder, pero Ángel supo claramente que la respuesta era afirmativa.

-Así que entonces fue cuando comencé a tener alma…-observó, casi para sí. Y añadió, tras una pausa – Pues no fue un buen comienzo, ya que mi primer impulso fue el de quedarme con algo que no era mío.

-El Monitor llega con la primera decisión moral, independientemente de si esa decisión es correcta o incorrecta –replicó la joven- Aunque al menos en este caso rectificaste. Al fin y al cabo, eres de buena pasta.

-¿Cómo que "al fin y al cabo"? –exclamó Ángel con un guiño cómplice. Se desperezó en la tumbona que se había colocado en la terraza, y dijo – Oye, ¿no me habías dicho algo de un viaje?

La otra Aurora, que se había sentado junto a Ángel en otra tumbona igual, se levantó de un salto.

-¡Es verdad! –exclamó, divertida- Prepárate, porque este viaje no lo vas a olvidar mientras vivas. ¡Y recuerda que puedes llegar a ser eterno!

16

Ni siquiera fue necesario que cerrara los ojos.

De repente, sin aviso previo, Ángel sintió que salía disparado hacia el cielo a toda velocidad. Tan rápido, que no pudo distinguir nada del espacio que iba atravesando. A ambos lados solo podía apreciar imágenes borrosas de colores difusos, pues iba tan deprisa que no podía captar los detalles. No sentía la velocidad como en el mundo real, pues de hecho en sus sueños no tenía un cuerpo propiamente dicho, así que el efecto era similar al de ver una película con cámara subjetiva.

Al principio se sintió raro, pero luego se dejó llevar por esa extraña sensación de ir disparado como una bala hacia el cielo, e incluso disfrutó de ella. Aunque a veces lo que tenía ante sí parecía dar giros bruscos, intentó por todos los medios no cerrar los ojos para no perderse nada. Al fin y al cabo, no sabía a dónde se dirigía ni cuándo iba a llegar.

No podía precisar cuánto tiempo estuvo inmerso en aquel extraño viaje, pero de pronto sintió que todo ante él se detenía y se presentó ante él un escenario fantástico. Aquel era un lugar totalmente diferente al de sus sueños, de eso no le cabía la menor duda.

Se encontraba en una especie de enorme jardín rodeado de edificios que parecían emitir una luz propia. Los edificios no eran muy altos, el equivalente a tres pisos, se dijo a sí mismo. No sabía por qué, pensó que se parecían a los edificios de la Grecia clásica, tal y como habrían sido cuando fueron construidos.

"Son escuelas", le dijo una voz en su interior. Estaba tan fascinado por lo que sus ojos contemplaban que se asustó al escuchar esa voz, a pesar de que era ya tremendamente familiar para él.

"¿Aurora?", preguntó Ángel con el pensamiento, y acto seguido escuchó una risa pícara dentro de su mente.

"Recuerda que siempre estoy contigo", respondió ella.

"¿Dónde estamos?", preguntó él mentalmente.

La voz de la otra Aurora tardó unos segundos en responder.

"Digamos que estás haciendo una visita anticipada a un lugar que vas a visitar en el futuro", respondió finalmente.

Ángel se quedó perplejo con la respuesta. ¿En el futuro? Echó otro vistazo a su alrededor. Si había algo evidente para él, era que aquel lugar no era la Tierra. ¡Si hasta la hierba de aquel parque era de color violeta! Y aquellas flores… jamás había visto nada parecido. Por no hablar del cielo; no había sol ni nubes; una luz uniforme parecía bañarlo todo desde todas partes. Pero lo más increíble es que, a pesar de

aquella luz que lo iluminaba todo como si fuera mediodía… ¡podía ver las estrellas brillando en el cielo!

No, definitivamente aquel lugar no era la Tierra. Así que Ángel se dirigió de nuevo a la otra Aurora a través de su mente:

“Explícate un poco mejor porque, a no ser que dentro de unos años unos extraterrestres me abduzcan y me lleven a su mundo, no veo cómo voy a venir aquí en el futuro”.

Dentro de su mente escuchó una risa cantarina.

“No era difícil suponer que esto no es la Tierra, ¿verdad?”, se limitó a decir la joven.

“No”, reconoció Ángel. Y añadió con sarcasmo: “Hay detalles muy significativos, como la hierba violeta o la ausencia de sol, que lo dan a entender”.

La otra Aurora no dio explicaciones inmediatamente.

“Mira a tu izquierda”, se limitó a decirle.

Ángel obedeció. Justo allí se encontraban parte de los edificios que le habían recordado a las ruinas de la antigua Grecia. Al principio no vio nada raro, pero después sintió que el corazón le daba un vuelco. ¡Estaba empezando a salir gente! Se encontraba algo lejos para ver sus rasgos, pero sí que podía ver que tenían forma humana. Eso de alguna manera le llamó la atención; hasta entonces pensaba que todo ser inteligente que no fuera de su mundo sería necesariamente extraño para los ojos humanos.

Aquellas personas caminaban tranquilamente y sin prisas. Ángel llegó a escuchar incluso risas y retazos de conversaciones animadas entre ellos en un idioma totalmente desconocido para él. Algunos vestían túnicas; otros una especie de monos ajustados. Las ropas eran de diferentes colores, pero estos no resultaban agresivos a la vista.

Una vez fuera de los edificios, aquella gente comenzó a dispersarse en todas direcciones. Algunos se dirigían directamente hacia donde Ángel se encontraba, de modo que, a medida que se iban acercando, pudo ir distinguiendo mejor sus rasgos.

"¿Pueden verme?", preguntó mentalmente Ángel a la otra Aurora.

"No", respondió ella. "De hecho no estás realmente aquí. No podrías. Todavía no estás muerto. Pero el hecho de que estés en coma nos permite poder hacer este tipo de 'proyecciones' y que puedas visitar lugares que de otra manera te estarían vedados".

"Qué lástima", suspiró Ángel. "Me hubiera gustado preguntarles un montón de cosas".

"Precisamente si has venido aquí es porque no existe ninguna posibilidad de que puedas comunicarte con ellos", replicó rápidamente la voz de la otra Aurora en su mente. "No se permite ningún tipo de contacto con los que ya han pasado al otro lado".

Ángel se quedó unos instantes pensando en lo que la joven acababa de decir.

“Entonces… ¿estas personas que estoy viendo están muertas?”, preguntó, asombrado.

Dentro de su mente sonó una risa alegre.

“Parecen muy vivas para estar muertas, ¿no crees?”, se limitó a observar la otra Aurora.

En ese momento, Ángel empezó a ver ese lugar con otros ojos.

“Así que esto es el cielo”, pensó para sí mismo, aunque sabía que la muchacha estaba escuchándole. “Nunca me lo habría imaginado así”.

“Ya”, dijo la joven. Y añadió, divertida: “Te lo habías imaginado con nubes en el suelo, y a sus moradores con alas en la espalda”.

Ángel sonrió para sus adentros.

“Sí, algo así”, replicó.

“Es normal. Muy poca gente se lo imagina tal como es”, comentó la joven. Y le preguntó, “¿Estás decepcionado?”

“No”, respondió el joven sin dudarlo ni un solo instante. “Es más, me alegro de que sea así. No me acababa de convencer la idea de pasarme la eternidad encima de las nubes”.

De nuevo volvió a escuchar la risa de la otra Aurora. Entonces, no supo por qué, pensó que echaría de menos aquella risa cuando despertara, y sintió una oleada de cariño procedente de la joven a modo de respuesta.

“Tampoco pienses que te vas a quedar aquí para siempre”, dijo ella. “Esta solo es la primera parada en el camino”.

“Entonces… ¿hay más cielos como estos?”, preguntó el joven, intrigado.

"Muchos, Ángel. Tantos, que si te dijera su número no podrías ni siquiera imaginar lo que significa esa cantidad. Pero el adjetivo 'muchos' no es gran cosa cuando se tiene toda la eternidad por delante".

Empezó a sentirse un poco mareado ante esa revelación.

"La vida es un largo camino hacia la perfección, y tú apenas has dado los primeros pasos", dijo la voz de la joven en su mente. "¿Creías que después de la muerte se acababa todo? Este mundo es el primero al que irás después de morir, pero habrá muchos más".

Ángel respiró profundamente y, para su sorpresa, pudo oler la fragancia de las flores. También le pareció escuchar música lejana, que llegaba muy tenue hasta sus oídos, pero lo suficiente como para apreciar la belleza de la melodía. Se preguntó entonces si la experiencia le permitiría utilizar el sentido del tacto y se agachó, extendiendo su mano hacia un parterre de flores situado a un lado del camino en el que se encontraba. Pero antes de que sus dedos pudieran tocar nada, oyó la voz de la joven dentro de su cabeza.

"El sentido del tacto es el único que no va a funcionarte aquí".

Ángel, de todas formas, intentó tocar una flor hermosísima de tonos irisados imposibles, pero su mano la atravesó sin sentir nada. Suspiró profundamente, se incorporó y volvió a dirigir su vista hacia los edificios.

“Dijiste que esos edificios eran escuelas”, recordó Ángel.

“Así es”, confirmó la otra Aurora. Y añadió: “de hecho, ir a la escuela es parte de lo que te espera después de morir”.

El joven pensó automáticamente en las escuelas que él conocía hasta ahora y la muchacha, que seguía fielmente el hilo de sus pensamientos, se apresuró a aclarar:

“No, Ángel, estas escuelas se parecen bien poco a las que tú conoces. Aquí aprender es un acto gozoso y totalmente voluntario. Cada uno avanza al ritmo en que puede aprender, y aquello que aprendes redunda no solo en tu beneficio sino en el de los demás. Porque cuando aprendes algo te conviertes automáticamente en el instructor de otros que van un poco por detrás de ti”.

“Vaya”, dijo Ángel, todavía asimilando lo que estaba experimentando. “Suena bien”.

“No solo suena bien; es real. Ya tendrás ocasión de comprobarlo cuando te llegue el momento”, afirmó la joven rotundamente.

“Cuando me llegue el momento”, repitió Ángel. Y añadió, “¿Y me queda mucho para eso?”

La risa de la muchacha sonó inmediatamente en su cabeza.

“Eso solo lo sabe el Jefe”, respondió ella jovialmente. “Y puedes estar seguro de que, si yo lo supiera, no te lo diría. Lo importante es que vivas tu vida aquí y ahora; ya te preocuparás de lo que venga después cuando llegue el momento”.

Con la tranquilidad que le daba saber que no podían verle, Ángel fijó su atención en las personas que se acercaban. Básicamente no veía nada extraño en sus rostros; eran más o menos humanos y sus rasgos indicaban la pertenencia a razas que podrían pasar por las razas que él conocía. Había algo sin embargo que le llamó la atención; en general podría decirse que eran rostros corrientes pero bellos a la vez. Probablemente porque parecían alegres y no había ni rastro de tensión en sus expresiones faciales.

"¿Sabes de dónde son?", preguntó Ángel, refiriéndose al grupo de estudiantes que estaba ya apenas a unos metros de él.

La joven tardó poco en responder.

"La mayoría son de la Tierra, pero también hay algunos que proceden de planetas cercanos. ¿A que no podrías decir quiénes no son de tu planeta?"

Ángel se fijó más detenidamente, pero no podía contestar a la pregunta de la otra Aurora y así lo reconoció mentalmente.

"Es normal", dijo ella. "Cuando llegas a un planeta como este se te da un cuerpo más o menos estándar, intentando conservar al máximo tu forma original para que puedas reconocerte a ti mismo. Así que los rasgos tienden a uniformizarse una vez llegas aquí. De todas maneras, las diferencias no son tan grandes como para no reconocerte o reconocer a otros".

"¿Reconocer a otros? ¿Eso quiere decir que podría encontrar a otras personas que he conocido en la Tierra?", preguntó Ángel, asombrado.

“No es que sea probable: seguro que vas a encontrarlas. Algo tan valioso como el amor y la amistad no puede terminar solo porque hayas muerto”, respondió la otra Aurora en un tono que denotaba una total seguridad. Y añadió, “¿no te alegra saberlo?”.

“¡Claro que sí!”, exclamó Ángel rotundo, a la vez que buscaba con la mirada alguna cara que pudiera resultarle conocida.

“Es inútil, Ángel”, dijo la muchacha. “No hay aquí nadie a quien tú hayas conocido. De momento tendrás que creer en mis palabras. Recuerda que hemos tenido que aceptar un trato: nada de contactos con personas que hayan fallecido. De otro modo no hubieras podido proyectarte a este lugar”.

Ángel suspiró, un tanto decepcionado.

“De todas formas, me alegro de que me hayas traído hasta aquí”, dijo con una sonrisa. “Ojalá no olvide esto del mismo modo que olvido los sueños al día siguiente”.

“Te aseguro que no olvidarás esta experiencia ni todo lo que has vivido en el mundo de tus sueños desde tu accidente”, replicó la joven. “Todas las cosas en la vida tienen un propósito, y creo que ya has empezado a vislumbrar cuál ha sido el propósito que se esconde tras tu accidente”.

Poco a poco, Ángel iba siendo consciente de dónde estaba y del significado de las palabras de Aurora. Se sentía un privilegiado por poder estar allí, aun cuando “estar” no parecía ser el verbo adecuado.

“Así que esto no es un sueño”, murmuró el joven.

“No. Lo que estás viendo es real. Está pasando”, afirmó la joven dentro de su mente.

Ángel estuvo un buen rato disfrutando del momento, de la belleza de los jardines, de la música tenue pero increíblemente nítida para sus oídos. Si el cielo iba a ser así, pensó, no le importaría nada morirse.

“Y aún no has visto lo mejor”, observó la otra Aurora desde las profundidades de su mente.

“¿Lo mejor? ¿A qué te refieres?”, inquirió el joven, intrigado. ¿Todavía podía haber algo mejor? Pero la joven no le respondió directamente.

“Creo que estás preparado para la segunda parte del viaje. Agárrate fuerte porque nos vamos de aquí”.

17

Ángel pudo observar como todo lo que le rodeaba se volvía borroso ante su vista, y sintió de nuevo el vértigo provocado por la sensación de salir lanzado hacia arriba por un túnel de colores cambiantes. En esta ocasión, y a pesar de que en el mundo de sus sueños le costaba mantener la noción del tiempo, estaba seguro de haber llegado a su destino en un lapso de tiempo mucho más corto que el de su primer viaje.

Esta vez se encontraba en un espacio abierto. No pudo evitar sentirse sobrecogido ante la inmensidad del espacio en el que se hallaba. El lugar era completamente llano, de modo que Ángel podía contemplar una vasta extensión de un solo vistazo. A pesar de que los paisajes llanos no eran extraños para él (no hay que olvidar que había nacido en la meseta castellana), había algo en aquel espacio que no había visto jamás.

Bajo sus pies no había tierra, sino cristal. Un cristal de color azul cobalto que se extendía en todas direcciones.

“Un mar de cristal”, dijo la conocida voz de la muchacha.

“¿Dónde estamos, Aurora?”, preguntó Ángel. “¿Hemos ido a otro planeta?”

“Sí. Estamos en otro planeta al que irás cuando te llegue el momento de abandonar el que acabamos de visitar. Esta será, por tanto, la segunda etapa del viaje que comenzarás después de tu muerte”.

“¿Vamos a recorrer todos los planetas a los que iré después de morir?”, preguntó Ángel, ilusionado pero a la vez abrumado ante la perspectiva.

Pudo oír la risa alegre de la otra Aurora tan nítidamente como si estuviera frente a él.

“Si supieras la cantidad de planetas que te esperan, no habrías hecho esa pregunta”, dijo ella con voz risueña.

Ángel miró hacia arriba, y vio el mismo cielo iluminado pero a la vez cuajado de estrellas, arracimadas en una disposición totalmente extraña para él. Miró a lo lejos, hacia el amplio horizonte que se extendía ante él, cubierto por una especie de niebla tenue y blanquecina. No percibió señales de vida a su alrededor; solo aquella superficie de cristal y la bruma blanquecina en sus confines. Se encontraba completamente solo. El silencio era tan absoluto que hasta sus propios pensamientos parecían ensordecer su mente.

A pesar de que se le había dicho que aquello no era un sueño, estar en un lugar tan extraño como aquel le provocaba realmente la impresión de estar soñando.

“¿Por qué me has traído aquí?”, inquirió Ángel, un poco incómodo ante aquel silencio.

"Desde luego es un sitio diferente y bastante raro, pero no parece que pase nada".

"Ten paciencia y espera un poco", se limitó a decir la joven. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero le pareció que la voz de la otra Aurora sonaba expectante.

Cuando empezaba a pensar que ese silencio le estaba resultando francamente incómodo, comenzó a escuchar un extraño canto. Al principio era un murmullo casi imperceptible, pero gradualmente fue aumentando de intensidad.

"Tus oídos están empezando a abrirse", observó la joven, con un evidente tono de satisfacción en la voz.

Ángel no entendía muy bien a qué se refería la muchacha, pero lo que sí era cierto es que ahora podía escuchar perfectamente una especie de canto coral armonioso interpretado por miles de voces.

Entonces, poco a poco, comenzó a percibir otros cambios en el escenario. Aquella bruma en los confines del mar de cristal poco a poco se fue concretando en imágenes nítidas. Cuando se disipó del todo, pudo ver que la superficie de cristal estaba rodeada de una especie de anfiteatro no muy alto pero inmenso, cuyas gradas estaban repletas de público. Ángel se encontraba lejos y no podía distinguir muy bien el aspecto de aquellos seres, pero de alguna manera supo que no se le iba a permitir acercarse demasiado para apreciar mejor los detalles.

"Tus ojos también se han abierto", dijo la voz de la otra Aurora resonando en su mente. "Pa-

rece que va siendo hora de que comience el espectáculo".

Apenas Ángel había terminado de escuchar el comentario de la muchacha cuando sucedió algo que (estaba convencido de ello) no olvidaría jamás.

¿Cómo podría describir aquello? El canto aumentó de intensidad, pero no por ello molestaba los oídos. Antes al contrario, era el canto más bello que había escuchado jamás. La música más hermosa de la Tierra apenas era un pálido reflejo de aquella melodía entonada por miles de voces. Cerró los ojos e inconscientemente se dejó llevar, sin pensar en nada más que en disfrutar de esa experiencia sonora. Aquella melodía le envolvía por completo; aunque sentía sus pies sobre el cristal, podía imaginarse a sí mismo flotando en el aire.

Entonces, de repente, sintió como si le hubiera arrollado una oleada de amor. Y experimentó una alegría tan inmensa que temió no poder soportarla y estallar en mil pedazos.

Aquel sentimiento era tan intenso, tan poderoso, que cuando quiso darse cuenta estaba de rodillas en la superficie de cristal, con los ojos bañados en lágrimas. Jamás se había sentido tan feliz. No solo sentía que había recibido amor, sino que él mismo sentía amor también hacia todo y hacia todos.

¿Cuánto tiempo pudo haber pasado? ¿Cómo saberlo? Ángel percibió aquella experiencia como de apenas unos segundos. Al cabo de ese breve lapso de tiempo volvió a reinar el silencio

en aquel lugar, y el anfiteatro volvió a quedar oculto tras la bruma. Pero él siguió de rodillas, sobrecogido y temblando, con la mente bloqueada, intentando asimilar lo que había experimentado.

Habría sido incapaz de precisar cuánto tiempo estuvo así, pero le pareció una eternidad. Cuando su mente pudo volver a funcionar, solo había un pensamiento dominante.

Quería volver a sentir aquello como fuera. Sentía una necesidad tan fuerte que resultaba casi dolorosa. No supo muy bien por qué (aunque quizá la muchacha estuviera detrás de esto), justo en ese momento recordó que alguna vez en sus sueños, antes del accidente, había sentido algo parecido. En esas ocasiones había sentido ese tipo de amor intenso y sin ninguna connotación sexual, casi siempre hacia personas totalmente desconocidas para él. Siempre había sido algo lo bastante intenso como para recordarlo después de despertar y, aunque prácticamente nunca era capaz de recordar qué era lo que había soñado exactamente, le dejaba una sensación tan placentera que pasaba el resto del día de muy buen humor.

Cuando se notó un poco más calmado se puso en pie, y echó de nuevo un vistazo a su alrededor. A veces le parecía distinguir algo en el horizonte, pero en cuanto fijaba la vista con más atención volvía a ver la misma bruma. Finalmente, supo que ya no había nada más que hacer en ese lugar, pero aún le quedaba una última pregunta para la muchacha.

“Aurora”, llamó en su mente. “¿Qué ha sido esto?”

“Has asistido a una sesión de adoración”, respondió la joven. “Es una de las actividades más maravillosas que se llevan a cabo en este tipo de mundos”.

“¿Adoración?”, repitió Ángel. “¿Qué es exactamente?”

“No es nada complicado”, respondió la otra Aurora. “Es tan sencillo como reunirse en este lugar y dar gracias a la Deidad”.

“¿Eso era el canto que escuché?”, preguntó Ángel.

“Sí. Esa es una de las muchas formas de canalizar la acción de gracias”.

“¿Y lo que sentí después?”, insistió Ángel. Todavía se estremecía al recordar lo que sintió durante aquellos breves pero intensos momentos.

“Eso era la respuesta de la Deidad a la adoración”, respondió la muchacha.

Ángel se quedó tan sorprendido que fue incapaz de seguir haciendo preguntas.

“Ha sido una experiencia increíble, ¿no es así?”, comentó la joven ante el silencio del joven, como intentando desbloquear sus pensamientos.

“Jamás había sentido nada igual”, dijo el joven, todavía profundamente conmovido. “No sabría con qué compararlo. Ni siquiera un orgasmo se le parece”.

La joven soltó una risa alegre.

"¿Y si te dijera que, para los que estaban en las gradas del anfiteatro, la experiencia ha sido mil veces más intensa de lo que ha sido para ti?"

"¿Cómo?", exclamó el joven, sorprendido.

"A ver cómo te lo explico, Ángel… En la etapa de desarrollo en la que te encuentras, eres capaz de recibir y de dar una determinada cantidad de amor. Pero, una vez pasas al otro lado, tienes una nueva mente, nuevos sentidos, nuevas capacidades, que te permiten sentir más intensamente y elevar la calidad de tus pensamientos".

"Entonces… ¿ellos han podido sentirlo mucho más intensamente que yo?", repitió Ángel.

"Puedes estar seguro de eso", afirmó la muchacha rotundamente.

"Ojalá pudiera saber cómo lo han sentido", pensó Ángel.

"Lo sabrás… cuando llegue el momento", respondió la otra Aurora. "De momento tendrás que conformarte con esta aproximación. Aunque, si estuviera en tu lugar, estaría muy agradecido por el privilegio que se te ha dado. Muy pocos mortales han podido experimentar esto mientras viven en un cuerpo de carne y hueso".

Ángel suspiró y se preguntó a sí mismo: "¿Qué me pasa?". Justo entonces vino a su mente la sonrisa de la joven, que esta vez no contestó a su pregunta.

Algo en aquella experiencia le había hecho cambiar. Se sentía diferente, quería volver a sentirse inundado por aquel Amor con mayús-

culas. Tenía verdadera nostalgia de ese sentimiento, pero también se sentía feliz como nunca lo había sido.

“Hay algo de lo que puedes estar seguro, Ángel, y es de que volverás a sentir ese amor multiplicado por mil, por mil millones, por un billón, y sentirás una dicha tan grande que te parecerá que vas a estallar por no poder soportarla. Pero, como dice el sabio, todo viaje de mil kilómetros comienza por un pequeño paso, y tú todavía estás en la primera etapa de ese viaje. Si decides seguir adelante en tu camino, te esperan muchas experiencias como esta. Aunque también es cierto que vas a tener que trabajar muy duro; sin ir más lejos, lo que te espera cuando despiertes no va a ser moco de pavo.

Ángel escuchó con atención la voz de la otra Aurora en su mente. Era cierto que aquella experiencia había sido muy efímera, pero ahora todos los placeres de los que había disfrutado hasta entonces le parecían burdos sucedáneos. “Cuando regrese”, pensó, “voy a dedicarme a lo que verdaderamente importa, a lo que de verdad me va a producir auténtica felicidad, aun cuando ahora mismo no sé muy bien qué puede ser tal cosa o qué tengo que hacer para conseguirla”.

“No te preocupes por eso, Ángel”, dijo la muchacha. “Recuerda que no viajas solo; yo estoy aquí contigo. Si me pides que te oriente, yo buscaré la forma de darte la respuesta”.

Ángel echó un último vistazo a aquel paisaje de cristal. Sabía que el tiempo de visita se había

agotado, y se despidió mentalmente de aquel lugar hasta que le tocara estar allí por pleno derecho. Una vez lo hizo, se dirigió a su compañera de viaje.

"Cuando quieras, Aurora… estoy listo".

"Perfecto. Agárrate fuerte porque volvemos a tus sueños", dijo la chica.

"¿Y a qué quieres que me agarre?", preguntó Ángel irónicamente.

"Es un decir, hombre", dijo ella entre risas. "¡Allá vamos!"

Y así, sin más preámbulos y por tercera vez, se vio despedido hacia las estrellas a toda velocidad, rodeado de un túnel de colores fluctuantes.

18

Una vez el viaje tocó a su fin, Ángel volvió a hallarse en el familiar paisaje de sus sueños. Se encontraba en el mismo lugar desde el que había partido, en la terraza de aquella especie de hogar que había construido usando su imaginación, con vistas a un mar calmado y donde se podía escuchar de vez en cuando el graznido de las gaviotas.

Esta vez, sin embargo, había algo distinto. A diferencia del sol de mediodía que solía lucir desde que se encontraba allí, esta vez la luminosidad era la misma que cuando se pone el sol. El sol, aquella bola luminosa que antes permanecía fija en el cielo como un enorme foco, había desaparecido por el nítido horizonte.

-Vaya, es la primera vez que contemplo un atardecer desde que estoy aquí -observó Ángel.

La otra Aurora apareció de repente a su derecha, con una dulce sonrisa en los labios.

-Tienes razón -asintió la muchacha- Y esto indudablemente significa algo.

El joven se volvió hacia ella, intrigado.

-¿A qué te refieres, Aurora? -preguntó.

Ella le miró durante unos segundos con una mirada limpia e intensa.

-Es la hora, Ángel -se limitó a decirle, sin apartar sus ojos de los de él.

-¿La hora? -repitió el joven.

-Ha llegado el momento de que despiertes -dijo la joven con una cálida sonrisa.

-¿Ya? -preguntó Ángel. Aquello le había pillado desprevenido. No se imaginaba que le había llegado ya el momento de regresar al mundo real.

La muchacha movió la cabeza afirmativamente.

-Tu cerebro se ha recuperado y ya "recuerda" cómo regresar al estado de vigilia, así que lo mejor es que tu despertar no se demore demasiado. Llevas ya mucho tiempo en coma y si esta situación se prolonga demasiado tu cerebro podría sufrir daños neuronales irreversibles.

Ángel se volvió para contemplar el horizonte, que tan clara y distintamente separaba el mar del cielo, con sus diferentes tonos de azul.

-¿No quieres volver? -preguntó la otra Aurora ante el silencio de Ángel.

Ángel esbozó una media sonrisa antes de responder.

-No es eso, y lo sabes. Quiero volver, pero por otro lado lo que he vivido aquí ha sido tan intenso que me pone triste pensar que voy a dejar este lugar para siempre.

-Pero también sabes que está bien que sea así -replicó la muchacha- Esta experiencia no podía durar para siempre. Tú no querías quedarte aquí.

-Es cierto -admitió el joven. Y, a regañadientes, añadió, con los ojos clavados en ella - Pero también es cierto que voy a echarte muchísimo de menos.

La otra Aurora se echó en sus brazos, y Ángel respondió a ese cálido abrazo.

-Lo sé, Ángel, pero piensa que yo… que el Monitor está siempre contigo -dijo ella, con la cabeza apoyada en su pecho.

Durante unos momentos se quedaron en silencio. Así que había llegado el momento de las despedidas, pensó Ángel.

-¿De verdad no voy a poder verte nunca más, ni hablarte nunca más como lo estoy haciendo ahora? -insistió él, apretándola todavía con más fuerza. Para su sorpresa, notaba como se le iba formando un nudo en la garganta debido a la emoción que sentía. Él, que siempre procuraba tener sus emociones bajo control, se había visto incapaz de controlarlas en varias ocasiones durante aquella estancia en el mundo de sus sueños.

Ella se separó un poco del abrazo para mirarle a los ojos, pero no se soltó.

-No, Ángel, nunca más vas a verme ni a hablarme como lo hemos hecho últimamente -dijo ella, y su voz sonó dulce pero firme- Ahora te toca volver al mundo real y superar tu primera dificultad, que será recuperarte definitivamente del accidente que sufriste. Pero que no me veas ni me escuches no significa que estés solo. Recuerda que el Monitor está en tu mente y que, si te lo propones, puedes hacerle más fácil la tarea de comunicarse contigo, aunque no sea exactamente con palabras.

-Pero… ¿ni siquiera te veré en mis sueños? -insistió Ángel.

La muchacha se quedó pensativa unos instantes, como si estuviera evaluando la respuesta a esa pregunta.

-No sería imposible, pero los sueños son tan caóticos… Aun en el caso hipotético de que nos viéramos, es bastante probable que lo olvidaras todo a la mañana siguiente. Quizá te quede un vago recuerdo de haberme visto, pero serás incapaz de recordar todos los detalles. Ya te lo he dicho: esto no es exactamente un sueño, y por ese motivo te quedarán recuerdos tan nítidos como si fueran vivencias del mundo real. Los sueños son un terreno inestable donde la vida real y el subconsciente introducen muchas distorsiones, así que no puedo asegurarte que nos veamos una vez despiertes.

-Qué lástima. Creo que voy a añorar tus sermones de niña sabihonda - bromeó el joven, y la muchacha rió a carcajadas.

-Yo también voy a echar de menos hablar contigo tan fácilmente como ahora -replicó ella, separándose del abrazo pero todavía muy cerca de él- Normalmente habías estado tan sordo a mis intentos de comunicación… Al menos he tenido la gran oportunidad de darme a conocer, de decirte que estoy aquí, y he intentado enseñarte algunas cosas que te serán útiles para la vida que te queda por delante. Ahora el tiempo en este mundo se nos acaba y es el momento de que sigas con tu vida en el mundo real.

Ángel dio unos cuantos pasos y se apoyó en la barandilla de la terraza con ambas manos, la vista fija en el mar.

-¿Sabes una cosa? -confesó- Ahora que sé que pronto voy a abandonar este lugar, tengo miedo de lo que me pueda encontrar cuando despierte.

La joven fue hasta su lado y le apretó el brazo como para darle ánimos.

-Lo sé -dijo ella, y Ángel no supo si se refería a que sabía que tenía miedo, o que sabía lo que el joven iba a encontrarse cuando despertara. Ángel llegó a la conclusión de que probablemente serían ambas cosas- No va a ser fácil. Tendrás que ser fuerte. Pero ya te lo he dicho otras veces y te lo repito ahora: lo conseguirás. Estoy convencida.

-¿Te lo dice tu bola de cristal? -preguntó Ángel con su ironía habitual.

La otra Aurora soltó una risa breve.

-Recuerda que tengo hilo directo con el Gran Jefe. No puedo andar muy equivocada.

Ángel esbozó una media sonrisa y asintió.

-Haré todo lo que pueda por cumplir con tus expectativas. Pero procura no alejarte mucho, te voy a necesitar.

La muchacha le tomó la mano derecha y se la apretó con fuerza.

-Yo también te necesito -musitó.

El joven se volvió hacia ella, intrigado.

-¿Cómo? ¿Tú, que tienes hilo directo con el Gran Jefe, me necesitas? -inquirió, escéptico.

-Estoy aquí para ayudarte a conseguir la vida eterna -respondió la chica- Cuando seamos uno, no habrá nada que pueda privarte de la eternidad. Pero yo también obtendré algo a

cambio. Seré algo que tú eres y que todavía no soy, y es ser una persona. Yo procedo de un momento de la eternidad pasada en la que la personalidad no existía. Mi única forma de conseguirla es asociándome con una persona.

-Alguien como yo, por ejemplo -observó Ángel.

-Sí, alguien como tú -repitió la muchacha con una sonrisa.

-¿Y cuándo seremos uno? -preguntó de nuevo el joven- ¿Cuando muera y esté en esos mundos a los que he viajado antes contigo?

-No exactamente, Ángel. Será al cabo de unos pocos mundos más, si sigues la progresión estándar. Dejarás de ser el Ángel que eres ahora, para pasar a ser tú y la niña sabihonda, como tú me llamas, todo en uno -rió la otra Aurora.

Ángel estuvo pensativo y en silencio durante unos momentos.

-En cualquier caso...-dijo finalmente- Teniendo en cuenta que me espera la vida eterna, vamos a estar separados relativamente poco tiempo.

La muchacha movió afirmativamente la cabeza.

-Y ni siquiera estamos separados ahora -observó ella- Recuerda que el Monitor vive en tu mente.

A Ángel le resultaba chocante que algunas veces la chica hablara como si fuera el Monitor, y otras se refiriera a él en tercera persona.

“De todas formas, prefiero pensar en el Monitor como si fuera ella”, se dijo para sí.

La joven le lanzó una mirada significativa, pero no dijo nada.

Para su sorpresa, Ángel se dio cuenta de que, ahora que sabía que debía volver a su vida de siempre, quería demorar el momento de regresar. Quería seguir hablando con Aurora, que le hablara de todas aquellas cosas que eran nuevas para él y de las que no se había preocupado cuando estaba demasiado ocupado dejando que la vida le pasara sin dejar huella.

-¿No será, Ángel, que tienes miedo de abandonar la seguridad del mundo de tus sueños? -preguntó la muchacha perspicazmente.

Ángel suspiró profundamente.

-Niñata sabihonda... -masculló, y ella se echó a reír con esa risa suya, limpia de toda malicia.

-Sí, tengo miedo -reconoció Ángel tras unos instantes de silencio- Pero por otro lado soy consciente de que tengo que vivir mi vida, y que, sea la que sea, me está esperando en el mundo real. Así que no perdamos más tiempo.

-Bien -dijo entonces la otra Aurora, dando una palmada- Me alegro de que te lo plantees así. No lo demoremos más entonces.

-¿Qué tengo que hacer? -preguntó Ángel, ya nervioso e impaciente por enfrentarse a su siguiente etapa.

-No te preocupes, será muy sencillo. Como te he dicho, tu cerebro está preparado para hacer-

lo por sí solo. Tan solo necesitas relajarte y centrar tu atención en el deseo de despertar.

-Entonces, mejor me siento en la tumbona y cierro los ojos -dijo el joven. Y fue a sentarse a una de las dos tumbonas que había en la terraza de la casa. Quizá fueron imaginaciones suyas, pero le pareció que la luz se había atenuado un poco más. ¿Sería una ayuda extra para despertar?

Antes de cerrar los ojos, tomó la mano de la joven, que se había arrodillado a su lado.

-Hasta pronto, Aurora -dijo Ángel con una sonrisa- ¿Nos vemos en mis sueños?

Ella apretó su mano con fuerza mientras le dedicaba una sonrisa cariñosa. Su respuesta fue lo último que escuchó antes de cerrar los ojos y perder la consciencia.

-Sí, Ángel. Nos vemos en tus sueños.

19

Cuando le pareció que había despertado de aquel lapso de inconsciencia, se encontró con que le resultaba imposible abrir los ojos. Intentó abrir los párpados, pero estos le pesaban como si fueran de plomo. Debía ser de día, pues aunque tenía los ojos cerrados no percibía negrura sino un gris tenue.

Intentó moverse, pero el cuerpo tampoco le respondió. Era como si su cerebro y su cuerpo estuvieran desconectados. Ángel enviaba órdenes a su cuerpo a través del cerebro, pero el cuerpo no respondía. El joven podría haber sentido pánico al comprobarlo, pero sus pensamientos parecían tan embotados como su cuerpo.

Ángel recordó entonces cómo se sentía cuando tenía resaca después de una noche de fiesta. No las tenía muy a menudo pues no le gustaba perder el control bebiendo, y pasarse con el alcohol llevaba inmediatamente a hacer cosas que después podía lamentar (en el caso de que las recordara) Pero esto era mucho peor que la peor de las resacas. Se sentía como si hubiera estado durmiendo mil años y necesitara otros mil para despertarse del todo.

Afortunadamente el sentido del tacto seguía funcionando. Por él supuso que estaba acostado boca arriba en una cama (que imaginó era

de hospital) Notaba vagamente una vía clavada en su mano derecha y una sonda en la entrepierna.

"Afortunadamente, no me duele nada", pensó Ángel, aunque luego se cuestionó si eso podía considerarse buena suerte. De momento la comunicación entre su cerebro y el resto del cuerpo estaba bajo mínimos. Eso no era precisamente bueno.

Intentó aguzar el oído para comprobar si este le obedecía. Para su satisfacción, pudo comprobar que podía escuchar ruidos lejanos. Su cama estaba justo frente a la puerta de donde procedían. De momento no pudo escuchar voces conocidas, y eso le preocupó. ¿Le habían dejado solo?

"Probablemente mis padres habrán salido un momento", acertó a pensar.

Durante un lapso de tiempo que le pareció una eternidad, intentó concentrar toda su atención en mover algunas partes de su cuerpo. Decidió centrarse en los dedos de las manos, que descansaban laxas encima de la cama, debajo de la sábana que le cubría hasta la cintura. Intentaba mover solo un dedo cada vez, y solo al cabo de un buen rato percibió que los dedos comenzaban a responderle, cosa que le alegró enormemente y le animó a hacer lo mismo con otras partes del cuerpo. Entonces le tocó el turno a los pies, que finalmente acabaron también por responder a sus esfuerzos.

Pero lo que más deseaba en ese momento era poder abrir los ojos, así que en cuanto com-

probó que el cuerpo iba respondiendo a las órdenes de su cerebro, se propuso abrir los ojos poco a poco. En eso estaba, cuando oyó voces que se acercaban.

-¡Le digo que se está moviendo! Es algo que no le había visto hacer en todo este tiempo.

-Señora, es normal que se mueva. Ya le dijo el médico que las personas en coma se mueven como cualquier persona que está durmiendo.

-Lo sé, pero esta vez es distinto. Compruébelo usted misma.

La voz de la mujer que hablaba a la que se suponía era una enfermera hizo que Ángel sintiera ganas de llorar. Pero las lágrimas no vinieron a sus ojos. Los tenía demasiado secos.

"Mamá", pensó. Y siguió intentando con nuevos bríos abrir los ojos. Consiguió abrir apenas una rendija en su visión y la luz de la habitación hacía que le dolieran los ojos terriblemente, pero aún así siguió intentándolo.

-¿Lo ve? ¡Está intentando abrir los ojos! -exclamó su madre, visiblemente emocionada-Ahora mismo voy a llamar a su padre para que venga inmediatamente. Me dijo que estaría en la cafetería tomando algo.

-Voy a avisar al doctor -dijo la enfermera, y salió a toda prisa de la habitación.

Al cabo de unos segundos oyó la voz de su madre, probablemente hablando por el teléfono móvil:

-¿Alfonso? Ven corriendo. Parece que Ángel está despertando... Sí, la enfermera ha ido a buscar al doctor. Yo estoy aquí con él.

Percibió que su madre se había sentado junto a la cama y le tomaba la mano con fuerza.

-Ángel… hijo… -dijo, con la voz temblorosa.

El joven intentó abrir la boca. Notaba sus labios resecos, tenía la impresión de tener la boca llena de serrín. Apenas pudo entreabrir los labios y quiso llamar a su madre, pero la voz tampoco le respondía y apenas consiguió emitir un gruñido casi imperceptible.

-Hijo… -repitió su madre, llorosa, mientras le acariciaba la frente- Tranquilo, no te esfuerces. Todo está bien. Ahora vendrá papá.

A los pocos segundos llegó el doctor, que saludó brevemente a su madre. Por la voz parecía un hombre no demasiado mayor, quizá de unos cuarenta años.

-Ha reconocido mi voz -dijo su madre sin más preámbulos- Le he llamado y me ha respondido con un gruñido. Y mire, tiene los ojos entreabiertos.

Su madre se levantó para dejar el sitio al doctor, que no dijo nada y se limitó a examinar al joven. Este notó cómo le estaba tomando el pulso y, sin previo aviso, le levantó el párpado derecho. Inmediatamente, en un gesto reflejo, Ángel hizo fuerza para volver a cerrar el ojo. La luz, aunque no era demasiado intensa, seguía molestándole.

-Increíble… -musitó el doctor en un tono de voz tan bajo que solo Ángel pudo escucharle.

En ese momento llegó el padre de Ángel.

-Ya estoy aquí -dijo, y solo con esas tres palabras Ángel volvió a sentirse inundado por una

ola de emociones, como cuando reconoció la voz de su madre. Algo debió advertir el doctor, pues volvió a repetir “increíble” en voz baja.

-¿Qué sucede, doctor? -preguntó el padre, impaciente- ¿Está despertando nuestro hijo después de todo este tiempo?

-Bueno, me gustaría hacerle algunas pruebas más exhaustivas, pero parece que está respondiendo a los estímulos externos -respondió el doctor. Y añadió- Ahora tendrían que dejarnos a solas con él. Creo que deberíamos hacer esas pruebas ahora mismo.

Sus padres abandonaron la habitación y Ángel, con los ojos entrecerrados, pudo vislumbrar dónde se encontraba y cómo eran las personas que estaban en esos momentos en la habitación con él.

El doctor acercó su rostro al de Ángel.

-Hola, Ángel. Yo soy el doctor Varela, el neurólogo que ha seguido tu caso desde que llegaste a este hospital. ¿Puedes verme? -preguntó amablemente. Ángel intentó contestar, pero las cuerdas vocales no le respondían- No te preocupes, no intentes hablar. Simplemente respóndeme pestañeando. Una vez significará “sí”; dos veces para el “no”. ¿Me has entendido?

Ángel pestañeó una vez. El doctor sonrió, satisfecho.

-Estupendo. Antes he comprobado que tus pupilas han reaccionado bien ante la luz, cuando he levantado tus párpados. Ahora me gustaría comprobar tu psicomotricidad. ¿Estás preparado?

Ángel volvió a pestañear una vez, y el doctor se dedicó a comprobar si el joven podía mover brazos y piernas, así como los dedos de manos y pies. También estuvo provocándole los reflejos más típicos, mientras la enfermera se encargaba de anotar los resultados.

Una vez hubo terminado, el doctor le pidió a la enfermera el informe médico que justamente ella había acabado de redactar. Volvió a leer las anotaciones y, al cabo de unos momentos, se dirigió al joven para decirle con un tono de voz jovial:

-Muy bien, Ángel. Teniendo en cuenta que has estado mucho tiempo en coma y que eso indudablemente ha hecho que pierdas el tono muscular, tu cuerpo está respondiendo bastante bien. De momento no detecto daños en tu sistema nervioso, pero necesitaré hacerte pruebas más exhaustivas para verificarlo.

Ángel intentó asentir con la cabeza, pero apenas pudo hacer un amago.

El doctor le dirigió una ancha sonrisa y le dio una palmada en el hombro.

-De momento vayamos poco a poco. ¿De acuerdo, Ángel? -el joven pestañeó una vez, y el doctor asintió, satisfecho- Muy bien, ahora voy a tener una larga charla con tus padres acerca de cómo veo tu recuperación y de lo que haremos a partir de ahora para que vuelvas a la normalidad en la medida de lo posible. No te importa prestármelos un momento, ¿verdad?

Ángel pestañeó dos veces.

-Buen chico -dijo el doctor, y le dio otra palmada en el hombro antes de dar media vuelta y salir por la puerta. La enfermera verificó el estado de la bolsa de suero y de la sonda y se marchó, no sin antes dedicarle una sonrisa de ánimo.

El joven se quedó, por tanto, solo en la habitación. A pesar de que todavía notaba su mente embotada y de que el cuerpo apenas le obedecía, se alegró de estar en el mundo real.

"He vuelto", se decía una y otra vez, mientras intentaba abrir los párpados un poco más.

Pero hubo algo que le alegró todavía mucho más que haber vuelto al estado de vigilia, y es que recordaba perfectamente todo lo que había vivido en sus sueños y a la muchacha, proyección o lo que fuera, que había sido su compañera inseparable durante todo ese tiempo.

"No ha sido un sueño como los demás. Todo lo que he vivido durante este tiempo ha sido real", pensó, firmemente convencido de que así era.

Tiempo...

"¿Cuánto tiempo he estado en coma?", se preguntó Ángel. El doctor había dicho "mucho tiempo", sin precisar exactamente cuánto. Allí, en la habitación del hospital, con el cuerpo embotado, difícilmente podía averiguar ni siquiera la época del año que era. A su derecha había una ventana que daba al exterior, pero la cortina estaba echada y no tenía los ojos suficientemente abiertos como para percibir si entraba luz natural del exterior o no.

Intentó recordar la fecha del accidente, pero se sentía demasiado confuso y cansado como para hacer ese esfuerzo mental. Su vida antes del accidente era una mancha borrosa en su memoria.

"No importa", pensó. "Tarde o temprano lo sabré".

A pesar de la situación en la que encontraba, se sentía extrañamente tranquilo. ¿Sería porque su cerebro estaba todavía funcionando a medio gas y el miedo y la ansiedad estaban dormidos en algún rincón? No lo sabía. Lo único que tenía claro es que no sentía ninguna emoción negativa. Por un lado tenía la sensación de sentirse apresado en su cuerpo, un cuerpo medio dormido que apenas le obedecía. Pero por otro lado consideraba su situación desapasionadamente, como si él fuera otra persona que le estuviera observando desde fuera. Era una sensación extraña pero que, de alguna manera, le hacía sentirse bien.

"Aurora", pensó. Comenzaba a sentirse cansado, parecía que los esfuerzos que había hecho en esos pocos minutos que llevaba despierto estaban empezando a pasarle factura. "Sé que estás escuchándome. Tenías razón, he vuelto al mundo real. Creía que uno se despertaba fácilmente del coma, pero está resultando más duro de lo que creía. Haré todo lo que pueda por recuperarme, pero espero que me eches una mano. Recuerdo muy bien que me dijiste que éramos socios… o algo parecido".

Apenas acabó de formular estos pensamientos, el cansancio acabó por sumirle en un profundo sueño sin sueños. Y así le encontraron sus padres y la enfermera cuando regresaron a la habitación. Como fuera que sus padres se preocuparon al ver que el joven había vuelto a dormirse, la enfermera les tranquilizó diciendo:

-No se preocupen, que haya vuelto a dormirse es algo perfectamente normal. Su cuerpo todavía necesita descanso. Poco a poco irá permaneciendo más tiempo despierto, ya lo verán.

Sus padres asintieron, no demasiado convencidos, pero no tenían más remedio que esperar.

20

Justo al día siguiente le hicieron toda clase de pruebas con aparatos para comprobar el estado de su cerebro. Pasó ese día en un estado semiinconsciente. Sus padres no se separaban de él, e incluso se turnaban para bajar a comer a la cafetería. A Ángel le hubiera gustado decirles que no era necesario que estuvieran continuamente con él, pero todavía no podía articular ni una sola palabra.

Los días siguientes a su despertar fueron un poco extraños. Ángel se despertaba a ratos, sin seguir un horario definido. Lo mismo podía ser a altas horas de la madrugada que a mediodía. Cuando despertaba de noche se encontraba la mayor parte de veces con su madre. Esta solía estar sentada en un butacón que había a la izquierda de su cama, casi siempre dormida. Ángel se maravillaba de que pudiera dormir en una postura tan incómoda, y procuraba no hacer ruido para no despertarla. Aunque poco ruido podía hacer si apenas podía moverse. En esos casos procuraba no esforzarse por hablar, pues normalmente le salían unos gruñidos que podrían despertar a su madre. Así que se conformaba con contemplarla en silencio, pues ya podía abrir bien los ojos y la luz no le molestaba apenas. A pesar de que se la veía cansada, pálida y ojerosa, sus labios estaban curvados en

una sonrisa mientras dormía, visiblemente contenta con la recuperación de su hijo mayor.

Berto, su único hermano, vino de Burgos al día siguiente de su despertar, y le dio un abrazo tan fuerte que le dejó sin respiración durante unos segundos. Se llevaban ocho años de diferencia y eso había hecho que no hubieran estado muy unidos durante la infancia, pero su hermano era un buen tipo y Ángel sabía que podía contar con él para lo que hiciera falta.

Su padre, que se había jubilado poco antes del accidente, también estaba allí en el hospital todos los días junto a su madre. Tan solo se marchaba por las noches, pues la mujer insistía en quedarse junto a Ángel en ese momento del día. Solo un par de días a la semana accedía a irse, y entonces era su padre el que se quedaba con él. El hombre estaba menos acostumbrado que su mujer a dormir en el butacón y de madrugada no paraba de retorcerse, incómodo, buscando la postura idónea para poder echar una cabezadita.

Era justo entonces cuando, más que en ningún momento, Ángel hubiera querido poder hablar y decirles cuánto les quería. Alguna vez se le había saltado alguna lágrima ante la impotencia de no poder hablar, pero se dijo a sí mismo que tenía que ser paciente. Ahora mismo se sentía como un bebé, tenía que empezar desde cero hasta poder recuperarse totalmente.

“Pero, ¿llegaré a recuperarme totalmente?”, se preguntaba Ángel. Y enseguida se animaba a

sí mismo, repitiendo como si fuera un *mantra*: “Todo va a salir bien”.

Los primeros días recibió también la visita de la señora Remedios, que cuando lo vio despierto no pudo evitar que le saltaran las lágrimas de la alegría y le dio un abrazo de los de cortar la respiración. Según pudo deducir, iba regularmente a visitarle, al menos una vez a la semana. Ella y su madre parecían haberse hecho muy buenas amigas. Remedios se encargaba de mantener limpio el piso de Ángel, y también hacía la compra y la comida para sus padres, a los que les quedaba poco tiempo para ocuparse de esas cosas pues apenas se separaban de él.

-Si necesitáis que me quede una noche con él, no tenéis más que pedírmelo -dijo Remedios, dirigiéndose a la madre de Ángel- No sería la primera vez que lo he hecho por alguien, y deberíais descansar de vez en cuando. Sé lo que es tener a alguien mucho tiempo en el hospital y lo que agota eso.

-Nada, mujer, no te preocupes. Después de casi cuatro meses que llevamos aquí, estamos más que acostumbrados. Además, ahora que sé que está despierto y que nos escucha, prefiero estar con él.

Al escuchar las palabras de su madre, Ángel dio un respingo.

¡Cuatro meses!

Jamás se habría imaginado que llevaría tanto tiempo en coma, y se maravilló que la percepción del tiempo que tuvo durante sus sue-

ños fuera tan diferente al transcurso del tiempo real. Pero la otra Aurora ya le había advertido sobre eso, aquella vez que él le preguntó en sus sueños cuánto tiempo llevaba postrado inconsciente en la cama.

Por un momento se abstrajo de la conversación que mantenían Remedios y su madre e intentó volver a hacer memoria. Las dos mujeres llevaban blusas de manga corta, con lo que dedujo que debía de ser verano. Además, el aire acondicionado estaba encendido. Así que probablemente estuvieran en el mes de agosto. O julio. O junio. ¡Qué diablos! No tenía ni idea. Últimamente los veranos parecían más largos de lo que teóricamente deberían ser.

En la habitación había una pequeña televisión colgada de la pared, pero Ángel no la había visto nunca encendida. O al menos nunca lo estaba cuando él estaba despierto. En caso contrario podía haber sabido en algún momento de la emisión en qué día y mes se encontraba.

"El accidente debió ser en abril", pensó Ángel. "Recuerdo que hacía algo de fresco cuando salí a la calle, pero sin llegar a ser frío. Solo llevaba la chaqueta del traje como todo abrigo, así que no debía de ser invierno". Y de momento no pudo recordar muchos más detalles.

Ya daba por supuesto que no recordaría mucho más, y eso era algo que agradecía enormemente. El cerebro es sabio y sabe protegerse de las experiencias demasiado traumáticas. Bastante tenía con apechugar con las consecuencias del accidente.

Intentó recapitular las pequeñas mejoras que había experimentado desde que despertó. Su movilidad era bastante reducida, pero al menos no había ninguna parte de su cuerpo que no le respondiera. Le preocupaba un poco que la pierna derecha se moviera un poco menos que la izquierda, cosa que también habían detectado en las pruebas que le habían hecho hasta ahora. El doctor le dijo que iba a tener que pasar por un largo periodo de rehabilitación para recuperar el tono muscular y, por extensión, la movilidad.

En cuanto al habla… A pesar de que sus pensamientos ya circulaban más o menos fluidamente por su mente, seguía sin poder pronunciar una palabra por mucho que se esforzara. Y desde luego ni siquiera se planteaba escribir para comunicarse. Todavía se veía incapaz de empuñar un lápiz, mucho menos intentar escribir algo con él.

De momento no controlaba demasiado bien el tiempo; como no sabía en qué día de la semana había recuperado la consciencia, no sabía en qué día de la semana se encontraba. Sus padres nunca habían mencionado ninguna referencia temporal que le hubiera podido servir mientras él estaba escuchándoles. Para ellos, inmersos en la rutina del hospital, todos los días eran iguales.

La verdad es que sus padres hablaban poco, casi siempre sobre él y sobre su hermano, que en ausencia de sus padres estaba solo en el hogar paterno, en Burgos. Sí que mencionaron

algo que dio a entender que su hermano había acabado los exámenes finales del curso (estaba estudiando Derecho y su aspiración era llegar a ser juez algún día), y que había encontrado un trabajo temporal en una caja de ahorros para hacer sustituciones de vacaciones en la sucursal donde fuera necesario.

También mencionaban de vez en cuando a una tal Marta y, por los comentarios que hacían, Ángel dedujo que debía ser la novia de su hermano. No recordaba que su hermano tuviera novia antes del accidente, así que probablemente fuera una de aquellas cosas que sucedieron mientras él se encontraba en el mundo de sus sueños.

“Me alegro por él”, pensó Ángel, y suspiró. En ese momento le hubiera gustado tener una novia que hubiera esperado pacientemente al pie de la cama a que abriera los ojos, pero no había ninguna novia esperándole. Aunque por otro lado se alegraba de tener allí a sus padres, que estaban dedicados por completo a él.

Justo entonces, y para sorpresa de Ángel, alguien más entró en la habitación.

-¡Anda, hija! ¿Cómo tú por aquí? Pensaba que hoy te tocaba visitar a uno de tus ancianitos y que no podrías venir -dijo Remedios, y le dio dos besos en las mejillas a su hija Alba.

-Pues mira, al final sí he podido -respondió la joven, mientras se quitaba el bolso que llevaba en bandolera y lo dejaba en una mesita que había junto a la ventana- La señora a la que tenía que visitar no se acordaba que hoy tenía

visita en el médico. Así que, aprovechando que me ha quedado la tarde libre, he venido aquí.

En esos momentos, Ángel sintió una combinación de sentimientos encontrados. Por un lado le hacía mucha ilusión volver a ver a Alba, y sintió incluso que el corazón le latía más rápidamente, pero por otro le daba vergüenza que le viera allí postrado en la cama, tan limitado en casi todo. Habría preferido que ella no le viera en ese estado. Estaba casi esquelético; entre la pérdida de masa muscular por la inmovilidad y que se había estado alimentando todo ese tiempo por vía intravenosa, debía de haber perdido más de diez kilos, y antes del accidente no le sobraba peso precisamente.

Alba en cambio estaba igual que la recordaba. Llevaba puesta una camiseta entallada de color blanco con estampados étnicos y una minifalda de color ocre que le llegaba hasta medio muslo. Debido probablemente al calor, llevaba la melena recogida despreocupadamente con una pinza grande a la altura de la nuca, y le caían dos mechones grandes que le tapaban casi las orejas. Ángel pensó que, a pesar de que siempre la había visto con ropa muy sencilla, tenía una manera de llevarla que podría considerarse incluso elegante.

La muchacha le miraba con una sonrisa cálida. Ángel notó cómo las mejillas le ardían, y eso le hizo sentirse aún peor.

-Hola, Ángel -le dijo ella mientras le apretaba el brazo izquierdo- Cuánto tiempo.

¿Se lo había parecido, o la voz de Alba había sonado levemente temblorosa?

Ángel intentó sonreír, y parece que lo consiguió a medias.

-Parece que estás bien -dijo ella, ensanchando su sonrisa- Me alegro mucho, de verdad.

-Alba ha venido a verte casi todas las semanas -dijo la madre de Ángel, y por su mirada daba a entender algo más que lo que acababa de decir.

¿Eran imaginaciones suyas, o Alba se había puesto colorada?

-Yo creo que ha sido todas las semanas -corrigió la señora Remedios, también con una mirada significativa- Ha venido las mismas veces que yo, y alguna más.

-Ya vale, mamá -protestó Alba mientras bajaba la vista, azorada. Y añadió, en un intento de quitarle importancia- Si he venido alguna vez más que tú es porque el hospital me pilla de camino a la universidad.

-Pero las clases acabaron hace dos meses -observó Remedios, sagazmente.

-Sí, pero ya te he dicho que he venido porque de repente me he encontrado con la tarde libre y… -la joven soltó un bufido y exclamó - ¡Y no sé por qué tengo que darte explicaciones! ¡No seas coñazo!

-Venga, niña, no te enfades -le dijo Remedios cariñosamente, dándole una palmada en el hombro. Y como no quería incomodar más a su hija, cambió rápidamente de tema- Entonces,

¿qué ha dicho el doctor respecto a la recuperación de Ángel?

-Que tengamos paciencia, porque va a ir para largo -respondió la madre escuetamente.

-¿Y cuánto quieren decir por "largo"? -insistió Remedios.

-Nos han dicho que la rehabilitación podría alargarse perfectamente un año -respondió la madre de Ángel, después de soltar un suspiro

Hubo unos breves segundos de silencio. Ángel no se sintió sorprendido por aquella información, y mucho menos se sintió deprimido. No tenía ningún sentido engañarse a sí mismo si lo que quería era salir cuanto antes de aquella habitación de hospital para volver a vivir una vida normal. En su interior sabía que no iba a ser cosa de semanas sino de meses. No tenía más que ver en qué estado se encontraba su cuerpo actualmente.

-Pero según parece las pruebas que le han hecho han dado muy buenos resultados -continuó la madre, esperanzada- Nos han dicho que, si la recuperación va bien, apenas le van a quedar secuelas.

-¡Eso es estupendo! -exclamó Remedios, visiblemente contenta- Mira que todo lo que daña el cerebro siempre deja alguna lesión. Y si los médicos han dicho que apenas le van a quedar secuelas, con lo pesimistas que son siempre... Eso es señal de que lo ven muy claro.

La madre de Ángel asintió, sonriente. A pesar del cansancio que su cuerpo evidenciaba,

tenía un brillo en la mirada y una sonrisa que daban a entender su buen estado de ánimo.

-Después de lo que hemos sufrido... Ya era hora de que comenzáramos a tener buenas noticias -suspiró.

-Pues claro, mujer, ya verás como a partir de ahora todo va ir bien -la animó Remedios, estrechándole las manos cariñosamente.

Remedios y su hija aún se quedaron un rato más. Por ellas supo que era 5 de agosto. La ciudad estaba casi desierta, como solía ser típico en ese mes del año, pero Alba no iba a poder ir de vacaciones. La joven había conseguido un trabajo temporal como taquillera de un multicine, situado en uno de los muchos centros comerciales que proliferaban a las afueras de Madrid, y justamente empezaba a trabajar a partir del día siguiente hasta finales de septiembre todos los días, domingos y festivos incluidos.

-¿Y qué vais a hacer? -preguntó a Remedios la madre de Ángel- ¿Os quedaréis con vuestra hija en Madrid?

-¿Quedarnos? De eso nada. Mi marido y yo nos vamos a Salamanca, al pueblo de donde somos los dos, tres semanas por lo menos. Mi hija ya es mayorcita para quedarse sola en casa, y yo ya tengo ganas de cambiar un poco de aires. Cuanto más mayor me hago más me agobia la ciudad. En cuanto mi marido se jubile (si Dios quiere, dentro de cinco años) ... Ya verás lo poco que voy a tardar en volverme al pueblo.

-¿Y no echarás de menos a tus hijos? -preguntó la madre de Ángel. El joven conocía lo

bastante a su madre como para estar seguro de que ella sí le echaba de menos.

-Claro que sí -respondió Remedios- Pero mis hijos mayores ya tienen su vida encarrilada fuera de casa. La única que queda viviendo con nosotros es Alba, la pequeña, y tampoco tardará mucho en alzar el vuelo. Siempre ha sido muy independiente.

-No te preocupes, mamá, iremos al pueblo de vez en cuando a gorro….a visitarte -bromeó Alba mientras abrazaba a su madre por detrás y le daba un beso. Su madre la miró, divertida.

-Creo que va siendo hora de marcharnos. Tengo que ir al súper a comprar cuatro cosas para la cena – dijo Remedios, mirando el reloj. Le dio un beso a la madre de Ángel y otro a Ángel, que sonrió, agradecido.

Alba hizo lo mismo pero le dijo a Ángel antes de marcharse:

-Como a partir de ahora trabajaré todos los días por las tardes, vendré a visitarte por las mañanas. Hoy es jueves, así que probablemente venga a verte el lunes por la mañana.

Ángel intentó protestar. Quería decirle que no quería que sacrificara su escaso tiempo libre en ir a verle, pero solo le salieron ruidos guturales. Ella pareció entenderle, porque le respondió:

-No te preocupes, Ángel. Está bien.

Y se marchó con una tímida sonrisa, diciendo adiós con la mano.

Como su madre había ido a despedir a Remedios, se quedó solo durante unos minutos.

No sabía muy bien por qué, pero se sentía extrañamente feliz de haber visto a Alba, después de tanto tiempo. Y todavía se alegraba mucho más al pensar que volvería a verla. Tan contento estaba que, sin pensar, pronunció su primera palabra inteligible después de cuatro meses:

-Alba…

Solo después de decirla, se sorprendió de lo extraña que sonaba su voz.

"Voy a tener que practicar mucho para no parecer una voz de ultratumba", se dijo.

Cuando su madre regresó a la habitación, Ángel tenía una sonrisa en los labios.

-¿Qué sucede, hijo? -le preguntó su madre- Pareces contento.

-Mamá … -dijo Ángel, con la voz ronca.

Su madre no pudo reprimir que se le saltaran las lágrimas. Se abalanzó sobre él para abrazarle y exclamó:

-¡Has hablado!

Ángel la abrazó también, con las escasas fuerzas que todavía tenía en sus brazos, mientras pensaba en cuál había sido en realidad la primera palabra que había pronunciado tras el despertar.

21

Ángel iba haciendo pequeños progresos cada día que pasaba, y eso le daba ánimos para afrontar la rehabilitación del día siguiente. Básicamente, su recuperación consistía en volver a sentir el dolor. Muchas veces volvía a su habitación con la sensación de que no había músculo de su cuerpo que no le doliera. Pero también era cierto que iba ganando en movilidad, y eso suponía un gran estímulo para él.

Transcurridas unas semanas, Ángel ya podía expresarse con cierta facilidad, aunque no podía decir muchas frases seguidas. Su mente iba mucho más deprisa suministrando palabras que su capacidad de pronunciarlas en voz alta. Eso le resultaba exasperante, pero al menos le permitía comunicarse con los que le rodeaban, que no era poco. En cuanto las manos comenzaron a responderle mejor se dedicó a escribir en un cuaderno. Al principio no consiguió más que perpetrar garabatos ilegibles, pero también en eso iba mejorando un poco cada día.

Uno de sus grandes defectos siempre había sido la impaciencia, pero todo ese proceso le estaba enseñando a ser paciente. Y, puesto que una de sus virtudes era la de saber en todo momento lo que quería y cómo conseguirlo, tenía todos sus esfuerzos centrados en rehabilitarse para salir de aquella habitación.

Poco a poco se fue poniendo al día de lo que había sucedido en el mundo durante los cuatro meses que su mente estuvo en otra parte, aunque de momento le habían desaconsejado que leyera, viera la televisión o usara un ordenador. Esto le dejaba mucho tiempo para pensar; también le daba ocasión de conversar más con sus padres. Por un extraño mecanismo de compensación, ahora estaba pasando con sus padres todo el tiempo que había dejado de estar con ellos desde que vino a Madrid. A Ángel no dejaba de parecerle irónico. Había necesitado pasar por un accidente para darse cuenta de muchas cosas.

Las únicas visitas que recibía eran las de Remedios y Alba. Su hermano también venía a verle un fin de semana de cada dos. Ninguno de sus amigos de fin de semana fue a verle. Tampoco recibió ni una sola visita de sus compañeros de trabajo. No es que le importara demasiado pues, con la excepción de Miguel, no había tenido ninguna relación con sus compañeros que fuera más allá de lo laboral. Lo que sí le preocupaba era si podría conservar su empleo cuando le dieran el alta. En esos momentos, y dado el tiempo transcurrido, en su empresa probablemente le verían como una carga de la que librarse en cuanto terminara la baja médica. Ni qué decir tiene que toda posibilidad de seguir en la empresa y de promocionar en ella estaba descartada.

Una mañana, su padre comentó que tenía que ausentarse un momento para llevar el parte

de su baja laboral. Metódico como era, se había encargado de ello religiosamente desde que su hijo tuvo el accidente; jamás faltó a su cita. Ángel le preguntó a su padre si alguien del trabajo se había interesado por su situación, y este torció el gesto y respondió, visiblemente molesto:

-Siempre que he ido no me han dicho ni por ahí te pudras. Bueno, una vez tuvieron las narices de decirme: "pero, ¿seguro que se va a despertar, con todo el tiempo que lleva en coma?" ¡Como si estuvieran esperando a que te murieras! Desde luego, si las miradas matasen... el tipo de Personal que me soltó aquello estaría criando malvas.

-Qué majos... -murmuró Ángel. Desde luego, no cabía la menor duda de que en el trabajo no le estaban esperando con los brazos abiertos precisamente. Pero procuró no angustiarse demasiado por eso. En ese momento lo verdaderamente importante era recuperarse. Del trabajo ya se encargaría más adelante.

Fiel a su palabra, Alba venía a verle siempre por las mañanas. Casi siempre traía algún periódico y le leía las noticias más destacadas del día. A Ángel le gustaba comentar las noticias con ella; era una manera refrescante de romper la rutina de una jornada de hospital.

Siempre que la joven venía a verle, sus padres aprovechaban para hacer algún recado o se iban a la cafetería del hospital, así que siempre estaban solos en la habitación, salvo alguna visita ocasional de la enfermera o la auxiliar de turno. Con el tiempo que llevaba en el hospital

las conocía a todas por sus nombres y sabía cuáles eran sus turnos de trabajo. La verdad es que no podía quejarse: todas le trataban con mucho cariño.

-Siento que tengas que emplear tu tiempo libre en venir a verme -dijo Ángel un día que estaba un poco bajo de ánimo, pues la rehabilitación del día anterior le había dejado completamente machacado.

-No digas tonterías -le reprochó ella, sonriente- Si estoy aquí es porque quiero.

-Pero seguro que tendrás un montón de cosas mejores que estar aquí con un inútil como yo -insistió Ángel- ¿No tienes amigos? ¿O un novio? No me creo que una chica como tú esté libre.

El semblante de Alba se entristeció visiblemente durante unos instantes, pero aún así intentó sonreír al responder:

-Tenía novio, pero cortamos hace un mes. Ahora mismo, aunque te cueste creerlo, estoy libre como los taxis.

-Lo siento -dijo Ángel, pensando en lo torpe que había sido por sacar el tema sin hacer sondeos previos.

-No hay nada que sentir -replicó Alba- Me di cuenta de que no íbamos a la par, que teníamos inquietudes diferentes, y así lo nuestro no iba a funcionar.

-Bueno, si te he de ser sincero… por un lado, y egoístamente, me alegro de que estés libre para venir a verme -reconoció Ángel- Pero por

otro lado me sabe mal que tengas que aguantar a un muermo como yo.

Alba se acercó a la cama y se sentó en el borde.

-Eh, eh, eh, ¿qué es eso? No dejes que los pensamientos negativos te dominen -le dijo, apretando su mano. Él no pudo evitar recordar cuando la otra Aurora hacía ese mismo gesto en sus sueños.

Ángel desvió la mirada, abatido. Ella volvió a apretar su mano y le dijo:

-No te preocupes por mí, estoy encantada de poder ayudarte, y sé lo aburridos que son los hospitales y lo eternas que se hacen las horas. Además, no eres para nada un muermo. Estás trabajando muy duro para poder recuperarte, es normal que de vez en cuando te dé un bajón.

Ángel asintió, aunque sin mirarla. Se sentía un poco avergonzado por encontrarse tan abatido.

-Al final me voy a convertir en uno de tus viejecitos gruñones -dijo él, intentando animarse. Alba rió de buena gana con el comentario.

-Sí, pero todavía te quedan muchos años para convertirte en un viejo gruñón -respondió, con una sonrisa en los labios- Mientras llegue la vejez, es mejor ser optimista y ver la vida con alegría.

Ángel se volvió para mirarla y le dedicó una media sonrisa.

-En serio, te agradezco mucho que estés haciendo esto por mí -le dijo de todo corazón. Se sentía tan sensible que temió incluso que se

le saltara alguna lágrima- En cuanto me recupere intentaré devolverte el favor de alguna manera.

-¿Ah, si? -exclamó la joven, con una sonrisa pícara- ¿Y cómo me vas a recompensar?

Ángel se quedó dubitativo unos segundos, sin saber qué responder.

-Pues no sé…-reconoció finalmente- ¿Tienes algún deseo en especial?

Por unos instantes, Alba cambió su expresión jovial para parecer incluso un poco azorada. Pero enseguida volvió a mostrarse risueña y le respondió con otra pregunta:

-¿Me prometes una cosa?

-Claro. Lo que quieras -respondió Ángel sin pensarlo dos veces.

Alba suspiró profundamente y, mirándole fijamente a los ojos, le dijo:

-Cuando estés recuperado del todo, me gustaría que vinieras conmigo a ver el mar.

-¿El mar? -repitió Ángel, asombrado- ¿Es que nunca lo has visto?

-¡Claro que sí, tonto! ¡Que no estamos en el siglo diecinueve! -exclamó Alba alegremente.

-¿Entonces…? -insistió Ángel- ¿Por qué quieres ir precisamente al mar conmigo?

Alba se puso colorada y de nuevo bajó la vista.

-Tú solo prométeme que vendrás -se limitó a responder.

Parecía que Alba no iba a darle más explicaciones, así que Ángel se encogió de hombros y dijo:

-Está bien. Te prometo que iremos cuando salga de aquí.

La chica se levantó, visiblemente contenta.

-¡Muchas gracias! No te preocupes si no puedes conducir, puedo llevarte yo si hace falta.

Y, después de darle dos besos en las mejillas, se marchó a su casa para comer antes de entrar a trabajar. Ángel la vio abandonar la habitación mientras pensaba en lo mucho que le animaba su presencia, y lo solo que se encontraba cuando ella se marchaba. Pero se encontraba demasiado cansado para ir más allá en sus pensamientos, así que se sumió en un profundo sueño reparador.

Un sábado por la tarde de finales de agosto recibió una llamada de Miguel desde Barcelona. Ese día Ángel había tenido una sesión de rehabilitación especialmente dura. Se encontraba tremendamente fatigado y tenía todo el cuerpo dolorido, pero aún así se alegró de hablar con Miguel y se esforzó por hablar un poco más fluidamente.

-Estoy pasando unos días en Barcelona con mis padres -explicó Miguel- Tu padre me llamó para decirme que habías salido del coma, y en cuanto he podido te he llamado porque quería hablar contigo. ¿Cómo estás, tío?

-Vivo, que no es poco.

-Y que lo digas. Cuando vine a verte al hospital me dijeron que habías saltado por los aires unos cuantos metros. Eso necesariamente tiene que hacer mucha pupa.

-¿Y tú cómo andas? ¿Qué es de tu vida? ¿Te va bien en Helsinki?

-Estupendamente. Hay que currar duro y como en casa no se está en ningún sitio, pero me he adaptado bien.

-Me alegro mucho por ti. De verdad -respondió Ángel.

-Me sabe mal no poder ir a verte -se lamentó Miguel- Pero ya sabes... en cuanto pillo unos días libres vengo a Barcelona para estar con mis padres. Aunque probablemente tenga que ir a Madrid por motivos de trabajo dentro de seis meses. Si fuera así haré todo lo que pueda por verte.

-Estupendo. Yo seguiré aquí para entonces. Me han dicho que todavía tengo para un año... Pero no me importa; el tiempo pasa volando y no creo que lo que me espere sea peor que lo de estos días. Hoy, sin ir más lejos, estoy que me duelen hasta las pestañas.

-Me alegra mucho que te lo tomes tan bien -dijo Miguel sinceramente.

-Hasta yo estoy sorprendido de cómo me estoy tomando mi situación... -admitió Ángel, y se sumió en un silencio momentáneo. Le hubiera gustado contarle a Miguel lo que le sucedió en el mundo de sus sueños mientras estaba en coma, pero no tenía ni las fuerzas ni el tiempo suficientes para contar todo lo que había aprendido en compañía de la otra Aurora.

Además, si se paraba a pensarlo, sonaba demasiado increíble... ¿Lo entendería Miguel si se lo explicara? ¿No pensaría, igual que pensa-

ría toda persona en sus cabales, que lo que había vivido era simplemente un sueño?

-A veces los seres humanos encontramos fuerzas de donde parece que no hay -dijo Miguel- Y tú eres un tipo fuerte. Así que, ¡ánimo y a seguir en la lucha!

-Descuida, que no me pienso rendir -a Ángel le costaba hablar; la rehabilitación de aquel día le había dejado sin fuerzas- Gracias por llamar.

Y en cuanto se despidió de Miguel cayó profundamente dormido.

22

Habían pasado seis meses desde que Ángel despertara del coma. Era pleno invierno en Madrid y, puesto que el joven se estaba recuperando satisfactoriamente, fue trasladado a una residencia especializada en rehabilitación, situada en las afueras. Era mucho más agradable que estar en el hospital, pues su habitación era más parecida a la de un hotel.

Los médicos que le atendían estaban sorprendidos de lo rápido y bien que su cuerpo se estaba recuperando. Ángel también. Sentía como si una fuerza interior le empujara a esforzarse al máximo. Muchas veces se preguntaba si la otra Aurora estaría detrás de esa determinación; probablemente sería así. Pero solo podía suponerlo, pues no volvió a tener contactos con ella en sus sueños. A veces recordaba retazos sueltos en los que el lugar se parecía vagamente a alguno de los lugares que recorrió estando en coma, pero no volvió a disfrutar de la compañía de la muchacha. Y tampoco es que estuviera solo en sus sueños: a veces le acompañaban personas a las que jamás había visto; otras veces aparecían sus padres.

Una noche, soñó que estaba en una playa de arena lisa, muy similar a aquella en la que estuvo con Aurora. La luz que le rodeaba era muy

tenue; el sol estaba muy bajo en el horizonte, justo frente a él, pero su luz no le cegaba.

Justo en la orilla, con los pies metidos en el agua, se encontraba una mujer joven de espaldas a él, mirando al mar. Ángel estaba a unos cien metros y decidió acercarse para ver quién era. A medida que se acercaba, su corazón iba latiendo más deprisa. ¿Sería la otra Aurora, que estaba esperándole en sus sueños, como le había dicho? ¿Conseguiría por fin comunicarse con ella, después de todo ese tiempo?

Cuando estaba justo detrás de aquella mujer, Ángel le tocó el hombro para que se diera la vuelta, cosa que la joven comenzó a hacer, de una manera exasperadamente lenta. Justo cuando ella estaba a punto de mostrar su rostro, Ángel se despertó. El joven maldijo entre dientes y miró el reloj de su mesita de noche. Eran las cuatro y media de la madrugada.

Ángel suspiró y se dio la vuelta en la cama, para intentar dormirse de nuevo. Todavía quedaba tiempo para volver a soñar.

"Aurora", pensó. "Estoy seguro de que eras tú". Pero, aunque no le costó demasiado dormir, no regresó al lugar donde la joven estaba contemplando el mar, ni soñó nada que a la mañana siguiente pudiera recordar nítidamente.

El día siguiente amaneció soleado y, aunque el viento seguía siendo frío, la residencia tenía un amplio jardín interior bastante bien resguardado. A Ángel le gustaba sentarse en un banco y contemplar la pequeña fuente con estanque que había justo en el centro. Estar allí le

recordaba al primer escenario de sus sueños, aquel jardín con una pequeña cascada en el que la otra Aurora se presentó ante él por primera vez.

Estaba rememorando el sueño de la noche anterior cuando, de repente, advirtió que Alba estaba frente a él.

-Hola, Ángel -le saludó la chica con su habitual tono risueño.

-Hola, Alba -respondió Ángel, poniéndose la mano sobre los ojos como visera. La luz del sol le daba directamente- ¿Cómo tú por aquí?

-¿Por qué lo preguntas? Hoy es sábado.

-Es verdad... A veces me cuesta saber en qué día vivo.

Desde que Alba retomó las clases en la universidad, había dejado de visitarle los días laborables por la mañana. Pero, como no había dejado el trabajo en los multicines del centro comercial, donde trabajaba las tardes del fin de semana, solía ir a visitarle los sábados por la mañana.

-Qué suerte tienes de no saber en qué día de la semana vives... -comentó la joven- Yo por desgracia siempre lo he de tener presente.

Ángel asintió, cabizbajo.

-¿Suerte? Tampoco es que lo mío sean unas vacaciones... -replicó, con un deje de tristeza en la voz - Tengo unas ganas de volver a mi vida normal que ni te imaginas.

Alba se sentó junto a él en el banco de madera en el que se encontraba.

-¿Hay alguna novedad de los médicos? -preguntó, con interés sincero.

Ángel se encogió de hombros.

-Lo de siempre... Que “progreso adecuadamente”, como los niños en el cole -ironizó.

-Bueno, eso está bien... Peor sería que te dijeran que “necesitas mejorar“ -bromeó ella.

-Sí, eso es verdad... -respondió Ángel, distraídamente.

-Te veo un poco raro... -comentó Alba.

-¿Raro? -repitió Ángel, saliendo de repente de su ensimismamiento.

-Bueno, más que raro... da la impresión de que estés a años-luz de aquí -se explicó la joven- ¿Prefieres estar solo? Dímelo con toda confianza.

Alba hizo incluso el gesto de levantarse del banco, pero Ángel la retuvo sujetándola por el brazo.

-No es eso, perdona... -se disculpó- Es que esta noche tuve un sueño extraño y le estoy dando vueltas en la cabeza desde esta mañana.

-¿Un sueño? ¿Qué clase de sueño? -se interesó Alba.

Ángel dudó durante unos segundos. Si le contaba lo que había soñado, tendría que dar más explicaciones para que Alba entendiera por qué le preocupaba ese sueño. ¿Y qué pensaría la joven cuando le dijera todo lo que había vivido mientras se encontraba en coma?

No, mejor no entraría en detalles. De repente pensó que le dolería mucho que Alba no le creyera.

-Nada, una chorrada -respondió finalmente- Soñaba que estaba en una playa y había una mujer joven frente al mar y de espaldas a mí, pero no acerté a ver su cara. Justo cuando estaba volviéndose hacia mí me desperté.

La joven le escuchaba con atención, pero por su expresión no entendía demasiado bien cuál podía ser el significado.

-¿Has tenido muchos sueños como este desde que despertaste del coma? -inquirió con curiosidad.

Ángel negó con la cabeza.

-Desde que desperté no recordaba un sueño con tanta intensidad -reconoció.

Alba miró al cielo, pensativa, y comentó:

-Bueno, siempre he pensado que los sueños significan algo… sobre todo los que se recuerdan mejor. Hubo un tiempo en el que, en cuanto me despertaba, apuntaba los sueños que había tenido durante la noche, pero no pude sacar nada en limpio de todo aquello. Algunos sueños eran tan disparatados que no tenían ningún sentido.

-Probablemente sea un problema de comunicación… -musitó Ángel como para sí mismo.

-¿Decías algo? -preguntó Alba, que solo había escuchado un murmullo indescifrable.

-No, nada -respondió Ángel.

Alba le miró durante unos instantes. Finalmente se encogió de hombros y le dijo:

-Lamento no poder ayudarte a descifrar tu sueño. En fin, no le des mas vueltas. Ya sabes

lo que dijo Calderón de la Barca: “los sueños, sueños son”.

Ángel suspiró y, sin levantarse del banco, estiró las piernas. Llevaba demasiado tiempo en esa postura y notaba que las piernas empezaban a dolerle.

-Tienes razón, Amanecer. Mejor no le doy más vueltas.

-¿Amanecer? Últimamente tienes una manía con cambiarme el nombre... -replicó Alba, divertida.

Ángel sonrió para sí.

-Si yo te contara... Desde que tuve el accidente me persiguen los amaneceres -ironizó.

Alba le miró con expresión interrogativa, pero como Ángel no le daba más explicaciones se encogió de hombros y comentó:

-No, si cuando yo digo que hoy estás un poco raro... no lo digo porque sí.

Estuvieron en silencio durante unos segundos, tras los cuales Alba preguntó:

- ¿Te han dicho cuándo piensan darte el alta?

-No, al menos nada definitivo -respondió Ángel- Todos los médicos que examinan mi caso están flipando con mi recuperación. No quieren usar la palabra, pero les parece un milagro.

-Tal y como lo estás contando, parece que no te sorprende lo más mínimo -observó Alba, perspicaz.

Ángel se la quedó mirando durante unos segundos y finalmente le dijo, sonriente:

-Es que no me sorprende.

A Alba le pareció que Ángel estaba guardándose algo, y quiso insistir.

-¿No te sorprende? -repitió, incrédula- ¿A qué te refieres?

Ángel suspiró hondamente antes de responder.

-A que alguien me lo dijo cuando estaba en coma.

"Ya está. Ya lo he soltado", pensó.

Alba le miró con los ojos abiertos como platos.

-¿Qué pasó mientras estuviste en coma? -preguntó, sin asomo de burla en su voz.

A pesar de las dudas que había tenido hacía un momento, Ángel decidió que iba a contarle a Alba toda la verdad. Si después de eso ella no le creía... bueno, prefería saberlo ahora antes que quedarse con la duda para siempre.

-¿Tienes mucha prisa? -preguntó Ángel con una sonrisa. La joven cruzó las piernas sobre el banco como si estuviera sentada en el suelo y respondió, devolviendo la sonrisa:

-Tengo todo el tiempo del mundo.

Ángel vaciló durante unos segundos.

-No sé por dónde empezar... -reconoció.

-Entonces empieza por el principio -replicó Alba jovialmente.

23

Cuando Ángel acabó de relatar lo que había vivido mientras estaba en coma, el sol de invierno estaba a punto de ponerse por detrás de los edificios de la residencia. Alba escuchó en silencio sus palabras, sin una sola interrupción, con el semblante serio. En su rostro se reflejaba asombro, pero no incredulidad.

-Debes pensar que estoy loco, ¿no? -dijo Ángel, con una media sonrisa.

La joven negó con la cabeza.

-Es… increíble -comentó, simplemente- Pero te creo. No veo ningún motivo para que te inventaras todo eso.

-No tengo ni motivos ni tanta imaginación -replicó él.

En ese momento una ráfaga de viento frío le hizo estremecerse. Entonces se fijó en la poca luz de día que quedaba y fue consciente de lo tarde que era.

-Estaba tan concentrado en contar mi historia que he perdido la noción del tiempo -se disculpó tímidamente- Se nos ha pasado hasta la hora de comer.

-No importa, ya miraré de comer algo antes de entrar a trabajar -replicó Alba con una sonrisa. Miró su reloj y añadió- Tengo que irme ya, mi turno comienza dentro de una hora y tengo

por lo menos veinte minutos en coche para llegar al centro comercial.

-¿Ya tienes coche?

-Sí, desde la semana pasada. Mi hermano se ha comprado un coche nuevo y me regaló el viejo, no sin antes hacerle una buena puesta a punto. La verdad es que está impecable y tira bien.

-Hay que ver cómo te miman, ¿eh? -se burló Ángel- No hay nada como ser la pequeña…

-Sí, no hay nada como ser la hermana pequeña… para tener que pasarte toda la infancia defendiéndote de los hermanos mayores -replicó Alba- ¡Menos mal que ahora nos llevamos mejor! Bueno, ahora sí tengo que marcharme. ¡Nos vemos!

La joven se despidió con dos besos, como solía hacer siempre, y se levantó del banco, pero justo en ese momento Ángel la retuvo del brazo.

-Alba… ¿de verdad me crees? -preguntó, con el semblante serio.

-Claro -dijo ella mirándole limpiamente a los ojos- ¿Por qué no iba a creerte?

Ángel suspiró profundamente y soltó el brazo de la joven. Quiso decirle que le aliviaba enormemente saber que ella le creía, que era importante para él que alguien supiera lo que había sucedido durante el coma, pero solo pudo decir:

-Gracias.

-De nada -respondió ella, sonriente. Dio unos pasos hacia la salida y, de repente, se volvió hacia él para preguntarle- ¿Lo sabe alguien más?

Ángel negó con la cabeza.

-Ni siquiera se lo he dicho a mis padres -admitió.

Alba sonrió y, sin decir nada más, dio media vuelta y se dirigió adonde tenía aparcado el coche. Ángel la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista, y luego dio media vuelta y se dirigió al ala del edificio donde se encontraba su habitación. Ese fin de semana iba a estar solo. Había convencido a sus padres para que volvieran a Burgos, al menos durante esos dos días. Hacía meses que no se habían despegado de su lado, y para ellos también era hora de que volvieran poco a poco a su vida normal.

Así que ese día y el siguiente iba a estar solo, aunque la soledad era algo relativo en una residencia donde todos los pacientes eran de larga duración. Ángel había entablado una amistad más o menos estrecha con al menos cuatro o cinco compañeros de fatigas, como decía él. Todos eran aproximadamente de su edad; todos estaban allí debido a accidentes de tráfico.

Ángel volvió a estremecerse con el frío, que iba aumentando a medida que caía la noche, y apresuró el paso todo lo que sus piernas le permitían. En esos momentos deseaba encerrarse en su habitación y estar a solas con sus pensamientos, pero tenía una sesión de rehabilitación a las siete y no podía faltar. Podía saltarse la comida, pero la rehabilitación era sagrada.

De todas formas, tenía todavía algo de tiempo para relajarse en su habitación hasta las sie-

te, así que entró por la puerta de acceso al edificio y se dirigió al pasillo donde se encontraba su habitación. Ya estaba subiendo las escaleras que llevaban al primer piso cuando se encontró con el traumatólogo que seguía su caso.

-Hola, Ángel. Qué suerte que te encuentro. Acabo de ir a tu habitación, y como no estabas allí iba a empezar a buscarte.

-Estaba tomando el aire. ¿Quería verme para algo?

-Sí, quería hablar contigo. Tienes rehabilitación a las siete, ¿verdad? - Ángel asintió- ¿Te importa que hablemos antes?

Ángel exhaló un suspiro, pero no protestó.

-Claro que no.

-Entonces vamos.

Bajaron las escaleras y se dirigieron a uno de los despachos situados en la planta baja. Ángel conocía bien dónde estaba el despacho del doctor. Siempre iba allí cuando le tocaban las visitas de seguimiento.

El doctor indicó con la mano que Ángel tomara asiento, cosa que hizo.

-¿Qué tal estás, Ángel? -le preguntó.

-Bastante bien -respondió el joven.

-Te preguntarás por qué tenía interés en hablar contigo antes de la visita de seguimiento…

-Pues, ahora que lo dice…

El doctor hizo una pausa. Ángel entrecruzó los dedos de las manos y le miró, expectante.

-Si no recuerdo mal, llegaste aquí hace dos meses. Desde entonces tu ritmo de recupera-

ción ha sido espectacular. He hablado con el neurólogo que te atendió en el hospital, y no se explica cómo estás reaccionando tan bien. Es cierto que la constancia y el tesón que estás manteniendo te han ayudado mucho.

Justo en ese momento sonó el teléfono, y el doctor atendió la llamada. Mientras tanto, Ángel se preguntaba qué querría decirle que no podía esperar a la visita de seguimiento. Por muchas vueltas que le daba, no acertaba a imaginárselo.

Al cabo de un minuto, el doctor colgó el teléfono y siguió hablando con Ángel como si no hubiera habido interrupción:

-En todos mis años de práctica médica, jamás me he encontrado con un caso como el tuyo. He estado indagando entre colegas que se dedican a recuperaciones largas, y tampoco ellos recuerdan nada parecido. Si el tuyo fuera un caso estándar, todavía tendrías que estar en una silla de ruedas. En cambio hace ya tiempo que puedes caminar por ti solo. Es cierto que tu pierna derecha todavía no se ha recuperado completamente, pero es apenas una menudencia comparada con el estado en el que debería estar.

El doctor hizo otra pausa. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero Ángel percibió cierta incomodidad en el doctor. Parecía como si la silla le quemara y dudara entre seguir sentado o ponerse de pie, para optar finalmente por lo primero.

-Probablemente te preguntarás a dónde quiero ir a parar -prosiguió. Ángel no dijo nada y se limitó a mirarle con atención- En definitiva, lo que quiero decirte es que, dado que tenemos problema de falta de camas libres y que tu recuperación está prácticamente completa, habíamos pensado en darte el alta antes de lo previsto.

Ángel se quedó tan sorprendido que durante unos segundos no supo qué decir.

-Por supuesto, eso no quiere decir que no sigas con la rehabilitación; necesitamos trabajar un poco más en tu pierna derecha. Pero en lo que respecta al aspecto médico estás preparado para hacer una vida normal, e incluso trabajar.

-Eso es estupendo -musitó Ángel.

-¿Decías?

-¿Cuándo tenían pensado darme el alta entonces?

-Pues... vamos a ver... -El doctor miró un calendario que tenía encima de la mesa- Hoy es sábado... Podríamos darte el alta para el próximo viernes. ¿Qué te parece?

-Me parece bien -dijo Ángel- Pero no acabo de entender una cosa.

-¿El qué? -preguntó el doctor, con semblante preocupado.

- ¿Por qué me lo ha dicho como si fueran malas noticias?

El traumatólogo se quedó algo desconcertado ante la pregunta, pero enseguida respondió, con un tono que denotaba sinceridad:

-No quería que pensaras que nos estamos deshaciendo de ti porque necesitamos tu habitación.

Por primera vez en toda la conversación, Ángel sonrió abiertamente.

-No había pensado en eso para nada. Más bien estoy feliz porque he conseguido lo que quería antes de lo que previsto. No me había tomado esto como unas largas vacaciones en un hotel. Quiero volver a casa y llevar una vida normal. Ya he descansado bastante.

-Tampoco quiero que fuerces demasiado la máquina todavía -dijo el doctor- Aún podemos tardar unas semanas más en darte el alta médica a efectos laborales. Probablemente sería perjudicial para tu salud que volvieras al trabajo tan pronto.

-No se preocupe por eso -respondió Ángel con una media sonrisa- Estoy seguro de que no voy a seguir en la empresa en la que trabajaba.

-Sabes que no pueden echarte mientras estés de baja -afirmó el doctor, con el semblante grave.

-Lo sé -asintió Ángel- Pero también sé que están deseando darme la patada, y yo por mi parte estoy deseando perderles de vista. Así que seguro que llegamos a un acuerdo.

El doctor se encogió de hombros.

-Como quieras. Por nuestra parte no vamos a poner ningún inconveniente en alargar tu baja médica lo que sea necesario.

-Muchas gracias. Va bien saberlo -Miró el reloj que había colgado en la pared y añadió,

mientras se incorporaba -Tengo que irme. La rehabilitación me espera.

El doctor también se levantó de su asiento y, con la mano extendida como para indicarle que esperara, dijo:

-Antes de que te vayas, me gustaría preguntarte algo…

-Sí, claro, usted dirá.

El doctor titubeó un poco antes de seguir.

-Durante todos estos años, he atendido a muchos pacientes que salieron de un coma… No de tanta duración como el tuyo, eso sí. La cuestión es que siempre he tenido curiosidad por preguntarles si habían tenido algún tipo de experiencia durante ese periodo.

-¿Experiencias? ¿A qué se refiere? -Ángel notó como el corazón le latía más deprisa.

-Muchos de ellos han tenido sueños que luego recordaban muy bien, han hablado con gente a la que nunca hasta entonces habían visto, han estado en lugares que podían describir después con todo lujo de detalles… Pero lo más curioso es que todos ellos, sin excepción, reconocían que esa experiencia les había ayudado a ver la vida de otra manera.

Ángel iba asintiendo con la cabeza al escuchar las palabras del doctor. Cuando acabó con su explicación, este finalmente ladeó la cabeza y observó, entrecerrando los ojos:

-Tengo la impresión de que tú también has pasado por algo parecido. ¿Me equivoco?

"¿No es mucha casualidad que el mismo día que le cuento a Alba lo que me pasó durante el

coma, el doctor me pregunte sobre lo mismo?", se preguntó Ángel. Finalmente respondió, con una sonrisa irónica:

-Vaya, parece que no he sido el único…

-Entonces, ¿tú también…? –comenzó el doctor.

-Sí. Y subscribo lo de que la experiencia me ha cambiado la vida. Pero… ¿por qué me lo pregunta?

-Como ya te he dicho, es simple curiosidad. No tiene nada que ver con mi trabajo. Solo que siempre me ha interesado saber más sobre ese tipo de experiencias…ya sabes, coma, paros cardiacos…

-Experiencias cercanas a la muerte –dijo Ángel de golpe.

-Sí, aunque el coma no se podría definir así…En cualquier caso, son estados en los que no estamos conscientes y de alguna manera… no sé… se puede acceder a otro tipo de realidades.

Ángel advirtió que, en esos momentos, el doctor no le estaba hablando como tal, sino simplemente como alguien con una gran inquietud, un buscador que se resistía a confesar abiertamente cuál era el objeto de su búsqueda. De todas formas, el joven sabía perfectamente qué era; no necesitaba que se lo dijeran con palabras. Así que respondió:

-En lo que a mí respecta, y por lo que viví durante esos cuatro meses, lo que sí puedo decirle es que para mí todo aquello fue real, y que

desde luego hay otras realidades. Yo las he visto.

El doctor le miró con los ojos brillantes.

-Te agradezco mucho tu sinceridad –le dijo-Y ahora no te entretengo más. Nos vemos el viernes.

Ángel estaba ya con la mano en el pomo de la puerta cuando se volvió hacia el doctor y le dijo:

-Quizá algún día pueda contarle lo que viví.

-Eso sería genial. Pero se me ocurre algo mejor: ¿por qué no lo escribes?

-¿Escribirlo? No es mala idea, aunque me da un poco de pereza –dijo Ángel, rascándose la cabeza.

-Sería una forma de que lo recordaras siempre, y te sería útil para poder compartirlo con otros. Ahora no te quejarás de que te falta tiempo.

-No. Si hay algo que me sobra ahora, es tiempo -consideró Ángel.

-Por eso. Piénsalo.

-De acuerdo. Lo pensaré. Me alegra haber hablado de esto con usted.

-Y a mí me alegra que me lo hayas comentado. No todos los que han pasado por una experiencia como la tuya se atreven a hablar sobre ella. O bien porque piensan que solo son sueños y no tienen mayor importancia, o porque no quieren que la gente les tome por locos.

-Pero, por lo que veo, ni usted ni yo somos de esos.

El doctor sonrió significativamente y Ángel salió, cerrando la puerta tras de sí.

24

-Hola, Ángel. Tienes muy buen aspecto.

-Gracias.

Ángel se sentó frente al jefe de Personal. Este era un hombre de unos cincuenta años, de estatura media, que destacaba siempre por ir pulcramente peinado y vestido. Ángel apenas había hablado con él tres o cuatro veces.

-Antes de nada… ¿cómo te encuentras?

-Bien. Hace un mes que estoy en casa, aunque sigo yendo a rehabilitación.

-Estupendo. ¿Y el alta? ¿Te han dicho más o menos cuándo te la darán?

"Anda que le ha faltado tiempo para preguntarlo", pensó Ángel.

-No me han dado una fecha concreta. Me han dicho que seguiré de baja hasta que me encuentre bien del todo. Ahora mismo sigo estando demasiado débil como para aguantar una jornada laboral.

El jefe de Personal juntó las yemas de las manos pensativamente.

-Ya veo… Entonces, ¿a qué debemos tu visita? -preguntó, en un tono cortés pero frío.

-He venido a traer el parte de baja -respondió Ángel.

-No era necesario que vinieras para eso, hombre. Sabes que puedes enviar los partes por correo certificado, o pedirle a otra persona que

los traiga. De hecho, si no me equivoco, durante todo este tiempo ha sido tu padre el que se ha encargado de eso.

-Eso es verdad, pero hoy he venido porque quería hablar con usted.

-¿Conmigo? -El hombre enarcó una ceja- Tú dirás.

Ángel intentó no sentirse intimidado por la hostilidad que percibía en esos momentos. Desde luego, el trato era totalmente diferente al que le habían dispensado en el hospital primero, y en la residencia después. Pero no iba a dejar que eso le afectara.

-No creo que falte mucho tiempo para que pueda volver a trabajar... Puede que un mes, puede que menos. Y me interesaría saber en qué condiciones voy a volver. Esto es, si ocuparé de nuevo mi puesto y si voy a seguir haciendo el mismo tipo de trabajo.

El jefe de Personal suspiró y se tomó su tiempo para responder. Ángel sabía lo que iba a decirle, así que su respuesta no le sorprendió.

-Verás, Ángel... Como bien sabes, llevas casi un año de baja, y eso es mucho tiempo para esperarte en una empresa tan dinámica como la nuestra, en la que necesitamos gente que esté al tanto de lo que sucede en los mercados. Además, no sabíamos siquiera si ibas a poder recuperarte como para volver a trabajar. Así que asignamos a otra persona en tu puesto. Lo siento, pero no teníamos otra elección.

“Esta gente ya me había enterrado”, pensó el joven.

-Por otro lado, y con la ley en la mano, debemos permitir que continúes en la empresa -prosiguió el jefe- Así que probablemente vuelvas pero con un trabajo de menos responsabilidad, hasta que demuestres que puedes rendir al mismo nivel en que lo hacías antes del accidente. Por supuesto, no cobrarías los mismos incentivos que antes, pero eso es lo justo hasta que no los merezcas, ¿no crees?

Ángel exhaló un suspiro para intentar calmarse. Lo que le proponían era empezar de cero… y quién sabe si menos que eso.

-A mí se me ocurre una alternativa mejor -sugirió.

El jefe de Personal enarcó una ceja.

-Adelante -le animó.

Ángel juntó las yemas de los dedos y se echó ligeramente hacia adelante.

-Precisamente había venido a proponerles otra cosa. Pueden rescindir mi contrato y pagarme la indemnización que me corresponde por ley, que no será muy alta pues tampoco llevaba mucho tiempo.

El jefe de Personal le miró con desconfianza.

-¿Y no denunciarías a la empresa por despido improcedente?

Ángel negó con la cabeza.

-Tienen mi palabra de que no lo haré. No tengo ningún interés en fastidiar a la empresa. Además, ya lo dice el refrán, “tengas pleitos y los ganes”. Por otro lado, tampoco creo que a la empresa le interese tenerme aquí por obliga-

ción, y menos cuando ya hay alguien ocupando mi puesto.

Su interlocutor estaba callado y le miraba fijamente, como si estuviera valorando la propuesta.

-Así estamos todos contentos -insistió Ángel- Yo me llevo la indemnización que me corresponde por tiempo trabajado, así como la posibilidad de cobrar el subsidio de desempleo, y ustedes se quitan un muerto de encima.

El jefe de Personal respiró hondo.

-Qué casualidad… -dijo en un tono de voz tan bajo que parecía que estaba hablando para sí mismo - Precisamente iba a ofrecerte esta alternativa. Por nuestra parte no hay ningún problema en dejarte marchar, siempre y cuando no nos busques las cosquillas después.

"Eso está bien. Así me voy un segundo antes de que me echen", pensó Ángel.

-Entonces no hay nada más que hablar, ¿verdad? -dijo animadamente, y se levantó del asiento, dando por concluida la conversación- En cuanto me den el alta médica volveré para entregar el parte. Supongo que para entonces tendrán listo todo el papeleo.

-No te preocupes por eso -dijo el jefe de Personal, visiblemente contento por el resultado de la conversación con Ángel. Toda la frialdad de antes había desaparecido como por ensalmo- En cuanto a los partes de baja, puedes enviarlos por correo certificado. No es necesario que te tomes la molestia de venir por aquí.

-De acuerdo -convino Ángel, y tendió su mano derecha para que su interlocutor la estrechara- Nos vemos pronto.

El joven salió del despacho y, aunque no le pillaba exactamente de paso, no pudo evitar sentir la curiosidad de desviarse un poco de su camino hacia la salida para ver quién ocupaba ahora el despacho acristalado que le habían asignado pocos días antes del accidente. No tenía ningún interés en ser visto por sus compañeros, así que se quedó detrás de unos armarios que había junto a la puerta y se asomó al que había sido su lugar de trabajo.

Afortunadamente nadie se cruzó en su camino, y dio las gracias por su buena fortuna. Lo que menos le apetecía en ese momento era entablar una conversación insustancial y llena de lugares comunes. Eso es lo que pasaría indefectiblemente si se topaba con algún ex compañero.

Entonces miró hacia el que había sido su despacho, y no pudo evitar esbozar una sonrisa irónica. Conocía muy bien a quien lo ocupaba, y no se sorprendió lo más mínimo.

El que estaba sentado frente a la mesa, aparentemente concentrado en la pantalla del ordenador, era Valverde.

No necesitaba ver más. Entonces, tan sigilosamente como había llegado, se marchó para tomar el ascensor que le llevaría hasta el hall de la planta baja. Para su sorpresa, no sintió ningún tipo de emoción al saber quién había ocupado su puesto. No sentía nostalgia ni pesar ni

rabia por todo lo que no había podido conseguir en la empresa. Solo tenía un pensamiento en su mente: había pasado página, y no pensaba mirar atrás.

Una vez en la calle, se dirigió a tomar el metro que le llevaría a su casa y, justo al girar la primera esquina, chocó contra una mujer de mediana edad. Por suerte, ni ella ni él cayeron al suelo.

-Discúlpeme -se excusó Ángel- ¿Se encuentra bien?

La mujer le miró, aturdida.

-Sí, no ha sido nada. Ha sido culpa mía, a veces voy tan deprisa que no me doy cuenta de por dónde piso.

Justo entonces, la mujer se le quedó mirando de una manera extraña. Ángel entonces se dio cuenta de que el rostro de la mujer le resultaba familiar, pero no conseguía recordar de qué.

-Tengo la impresión de que te conozco de algo... -dijo ella, pensativa.

-A mí me pasa lo mismo... -reconoció el joven.

Se quedaron los dos mirándose intrigados durante unos momentos, parados en medio de la calle. A su alrededor la gente iba y venía con prisas, ignorándoles por completo. De repente la mujer exclamó, tocándose la frente:

-¡Ya sé de qué te conozco! Tú eres el chaval que encontró a mi hijo cuando se perdió. Eres de Burgos, como yo.

Entonces Ángel recordó aquel episodio. Claro, ella era la madre del niño que encontró perdido en las calles de Burgos aquella lejana tarde de invierno en que volvía a su casa después de pasar unas horas en casa de su amigo Germán. Habían pasado muchos años desde entonces, y obviamente la mujer había cambiado, pero era indudable que se trataba de ella.

-Lo siento, pero no recuerdo su nombre -se excusó Ángel. Y justo cuando acabó de pronunciar esas palabras recordó algo. Rebuscó en su cartera para sacar una tarjeta de visita gastada por los roces y el paso del tiempo- Pilar Fajardo. Es usted, ¿verdad?

La mujer le miraba boquiabierta.

-Es increíble… ¿Todavía conservas mi tarjeta?

Ángel sonrió tímidamente.

-Sí. No sé muy bien por qué la he ido guardando con el paso de los años y el cambio de carteras. Supongo que porque me recuerda un bonito momento en el que me sentí útil.

-¿Y tú te llamabas…? -preguntó Pilar con los ojos entrecerrados, intentando hacer memoria.

-Ángel. Ángel Quintana.

-¡Eso es, Ángel! ¡Ahora recuerdo! Así que vives en Madrid…

-Sí. Desde hace tres años.

La mujer miró a su alrededor, como si buscara algo.

-¿Te apetece tomar un café? Charlar aquí de pie en medio de la calle no es muy cómodo, y

estos zapatos me están matando. Elige tú el sitio, seguro que conoces esta zona mejor que yo.

Ángel la llevó al bar donde él solía desayunar los días de trabajo, ya que estaba muy cerca de donde se encontraban. Además, le apetecía volver a un lugar que tanto había frecuentado, donde había tenido aquellas conversaciones tan animadas con Miguel.

Una vez se sentaron y pidieron los cafés, continuaron con la conversación.

-¿Y qué ha sido de tu vida? –preguntó la mujer.

Ángel sonrió irónicamente. Eran muchas las cosas que le habían pasado, así que lo mejor sería resumir un poco.

-Hace un poco menos de un año tuve un accidente. Crucé una calle sin mirar y un coche me atropelló. Estuve cuatro meses en coma y todavía sigo con la rehabilitación. Cuando nos hemos encontrado acababa de llevar el parte de baja a mi empresa –suspiró- Bueno, también he ido para decirles que, en cuanto me den el alta, dejo el trabajo.

-¿Y eso? ¿Cómo es que no piensas seguir en tu empresa?

Ángel se quedó en silencio unos segundos. Aquella mujer le inspiraba confianza, así que decidió ser sincero con ella.

-Bueno... El accidente me ha hecho reflexionar sobre muchas cosas, y he llegado a la conclusión de que tengo que plantearme la vida de otra forma. A partir de ahora quiero ser dueño de mi vida y confiar más en mi intuición. Y lo

que me dice mi intuición ahora mismo es que necesito cambiar de aires. Si me quedara en la empresa de la que todavía soy empleado, el aire emponzoñado que hay dentro me acabaría envenenando –concluyó, con una sonrisa.

La mujer escuchó sus palabras con interés y parecía estudiarle con la mirada. Finalmente preguntó:

-¿A qué te dedicas?

-Soy economista; estos últimos años he trabajado como consultor. En la empresa me encargaba de asesorar a inversores sobre cómo invertir su dinero.

La mujer bajó los ojos y dijo para sí:

-Qué curioso…

Ángel la miró interrogativamente. Ella añadió con una sonrisa radiante:

-Parece que has venido como llovido del cielo. Verás: tengo un despacho en Burgos donde nos dedicamos a asesorar a gente que quiere montar su propia empresa. De momento nos va tan bien que hace poco decidimos montar otro despacho aquí en Madrid, que además ayudaría a la sucursal de Burgos con los papeleos y los trámites que tienen que hacerse necesariamente en la capital. Justamente estoy pasando unos días aquí para comenzar a montar la oficina y buscar gente de confianza que trabaje en ella.

Ángel la miró sorprendido. ¿Sería posible que esa mujer…? Pero no, sería demasiado bonito para ser cierto.

-Antes has dicho que quieres confiar más en tu intuición –prosiguió Pilar tras tomar un sorbo de café- Yo también suelo confiar en ella y hasta ahora me ha ido muy bien en la vida; no me ha fallado jamás. ¿Y sabes lo que mi intuición me dice ahora mismo? Que tú puedes ser un buen fichaje para nuestra empresa.

El joven casi no se lo podía creer. ¿Una oferta de trabajo cuando acababa de decir en su empresa que no iba a seguir con ellos? ¿Cuándo ni siquiera había comenzado a buscar trabajo?

-Admito que todo esto ha sido muy repentino… - La mujer abrió su bolso y sacó de dentro una tarjeta de visita- Toma, aquí tienes mi número de móvil. Llámame cuando tengas una respuesta que darme. De momento estaré en Madrid tres días más; mi hotel está en la zona de Azca. Lo digo por si quieres que quedemos para resolver alguna duda, o para concretar más los detalles.

Todavía con la tarjeta en la mano, Ángel respondió sonriente:

-No necesito tiempo para pensarlo. Acepto su oferta.

La mujer le miró, estupefacta.

-¿En serio? –exclamó. El joven asintió con la cabeza.

-Tengo la impresión de que usted también me ha llovido del cielo, y mi intuición me dice que este trabajo es justo lo que estaba necesitando. Si está dispuesta a esperarme, por mi parte no hay problema.

La mujer le alargó la mano derecha y preguntó:

-¿Trato hecho entonces?

-Trato hecho –dijo Ángel estrechando su mano.

Después de eso siguió una charla animada en la que Pilar le preguntó por su vida cotidiana tras el accidente, y él le preguntó por su hijo. El entonces niño perdido ahora era un brillante estudiante universitario en Madrid, a quien su madre procuraba visitar cada vez que venía a la capital. Justamente esa noche habían quedado para cenar juntos en el hotel donde se hospedaba su madre.

-Por cierto, ya va siendo hora de comer –dijo Pilar mirando su reloj- ¿Quieres comer conmigo? A las cuatro tengo una cita de trabajo, así que podemos aprovechar este rato para explicarte un poco más a fondo el trabajo que hacemos en general y el que me gustaría que hicieras en particular.

-Por mi parte no hay problema –respondió Ángel- Hoy no tengo rehabilitación, así que no tengo nada que hacer.

-De acuerdo, vamos a comer entonces. ¿Conoces algún restaurante por aquí?

-Sí, no se preocupe. Conozco un buen restaurante cerca de aquí que no sale caro.

-Por el precio no te preocupes, invito yo. Te lo advierto, ¡no me vengas con que no dejas que te invite ninguna mujer!

Ángel se echó a reír.

-De acuerdo. Usted invita.

-Y no me llames de usted, aunque pueda ser tu madre. ¡Me haces sentirme mayor! –protestó Pilar.

-Muy bien, muy bien –dijo, con las palmas de las manos levantadas, como si se rindiera- Yo te llevo y tú invitas.

Justo cuando salían del bar para volver al ajetreo de la calle, Ángel recordó una frase hecha que parecía haber sido formulada justo para él en esos momentos:

“Cuando una puerta se cierra, otra se abre”.

25

-Entonces, ¿a dónde me llevas? -preguntó Ángel cuando llevaban una media hora de camino.

-Creo haberte dicho que lo sabrás cuando lleguemos -respondió Alba con una sonrisa traviesa.

Ángel contemplaba distraídamente el paisaje urbano del extrarradio de Madrid sentado en el asiento del copiloto del coche de Alba. Por lo pronto, la joven había tomado la autovía de Andalucía.

-¿Por qué vamos en dirección Andalucía, cuando tenemos el mar más cerca en Valencia, por ejemplo? -preguntó.

-Porque no quiero ir simplemente a un sitio con mar, sino ir a un sitio especial con mar -respondió Alba rápidamente.

-¿Has estado allí antes?

-Afirmativo.

-¿Con quién, si se puede preguntar?

Alba desvió un momento la mirada de la carretera para mirarle. Después esbozó una media sonrisa y respondió:

-Con unas amigas, durante unas vacaciones de Semana Santa. Teníamos diecisiete años, todavía estábamos en el instituto. Los padres de una de mis amigas eran de allí y nos alojamos

en su casa. Tengo un recuerdo muy bonito de aquellos días.

-Si fuiste allí con diecisiete años, eso significa que hace un par de años escasos... -observó Ángel. Y añadió, con sorna- Todavía eres una cría y dos años te parecen una eternidad.

Alba le miró fugazmente.

-Habló el anciano... -espetó con ironía.

-Soy más de diez años mayor que tú, haz el favor de tener un respeto hacia tus mayores -bromeó Ángel.

Se quedaron un rato callados, cada uno absorto en sus pensamientos. Lo único que se escuchaba era el ruido uniforme del motor mientras se alejaban de la ciudad.

-Menos mal que hemos podido marcharnos justo pasadas las fiestas de Semana Santa -comentó Alba- De lo contrario hubiera sido un infierno salir de Madrid.

-Y que lo digas -asintió Ángel- Además, he de reconocer que quedarse en Madrid cuando todo el mundo se va de vacaciones tiene su encanto. Se puede disfrutar de la ciudad con una tranquilidad que no se tiene el resto del año.

-Hablando de vacaciones... ¿Cuándo empiezas a trabajar donde tu amiga de Burgos?

-En cuanto pida el alta y mis explotadores actuales me liberen.

-¿Y cuándo piensas hacerlo? Lo de pedir el alta, digo.

-En cuanto volvamos a Madrid. Creo que ya va siendo hora de volver a formar parte de la

población activa. ¡Alguien tendrá que levantar el país! -exclamó con ironía.

Alba se echó a reír de buena gana.

Ángel la miró durante unos instantes de reojo, y volvió a sumirse en sus pensamientos. Los días previos al viaje no había podido evitar sentirse algo nervioso y confundido, pues no tenía idea de lo que podía pasar en aquel viaje. La joven había insistido mucho en hacer una escapada con él, y Ángel simplemente se dejó llevar y aceptó. Pero, ¿en calidad de qué iban a viajar juntos? Y, lo más importante, ¿cuáles eran sus sentimientos hacia ella?

Lo cierto es que cuando estaba con Alba se encontraba terriblemente bien y con un estado de ánimo inmejorable. Por otro lado, ella era la única persona a la que le había contado con todo lujo de detalles lo que había vivido durante los cuatro meses que estuvo en coma. Y lo hizo porque sintió que ella comprendería como nadie el impacto que esa experiencia había tenido en su vida.

-Espero que haga buen tiempo -comentó Alba.

-Yo también, pero ya sabes que en abril puede pasar cualquier cosa. De todas maneras, si nos dirigimos hacia el sur, es bastante probable que el tiempo sea bueno y…

Entonces, Ángel cayó en la cuenta de algo y exclamó:

-¡Ahora que lo pienso, hoy hace justo un año que tuve el accidente!

Alba se lo quedó mirando durante unos segundos, procurando no apartar demasiado su atención de la carretera.

-¿Por qué crees que tuve especial interés en salir de viaje hoy, y no ayer ni mañana? -preguntó la joven, con una mirada significativa.

Ángel se quedó tan sorprendido que no supo qué decir.

-Deberías recordar esta fecha como si fuera tu cumpleaños -añadió Alba- Teniendo en cuenta lo que viviste después, fue como un nuevo nacimiento, ¿no crees?

Ángel asintió con la cabeza.

-Tienes razón... y te agradezco el detalle -dijo finalmente.

-De nada -dijo Alba, sonriente.

Unos kilómetros más adelante, la joven dijo:

-Hace ya tiempo que quería preguntarte algo... ¿Has vuelto a soñar con aquella chica?

-¿Con Aurora? No, no he vuelto a verla en sueños -Ángel suspiró con pesar- Ella ya me advirtió que no volvería a tener un contacto tan directo con el Monitor, como ella lo llamaba, pero no sé... En el fondo tenía la esperanza de que algún día, si las circunstancias eran propicias, ella volvería a aparecer en sueños y tendríamos otra conversación interesante sobre cómo encauzar mi vida.

-Quizá esa conversación no sea necesaria... -comentó Alba- Si te paras a pensar un poco, tu recuperación ha sido espectacular, y encima tienes un nuevo trabajo esperándote a la vuelta

de la esquina. ¿No tienes la sensación de que todo ha ido muy bien a partir de ahora?

Ángel se rascó la barbilla, pensativo.

-Bueno, también es cierto que me he esforzado todo lo que he podido. Pero, ¿a dónde quieres ir a parar? -dijo él.

-No sé, Ángel… Tengo la impresión de que Aurora, los de allá arriba o como les quieras llamar… te están ayudando.

Ángel se desperezó en el asiento para evitar que se le entumecieran los músculos.

-Quizá tengas razón, pero no creo que me ayuden a mí más que a los demás. De lo que estoy convencido, y eso es algo que aprendí tras reflexionar sobre lo que la otra Aurora me dijo, es que si trabajas duro, confías en ellos y te pones en sus manos, ellos lo tienen mucho más fácil para echarte una mano.

-Ojalá aprenda eso yo también -masculló Alba entre dientes.

-Solo espero que no necesites pasar por un accidente para aprenderlo, como le pasó a un cabezota que yo me sé –replicó Ángel con una sonrisa triste.

Alba sonrió, y no dijo nada.

Siguieron su camino hacia el sur por la autovía de Andalucía. Se detuvieron en La Carolina para comer, y al reanudar el viaje Alba le pidió a Ángel que la relevara durante un rato para que pudiera echar una cabezada, ya que después de comer siempre le entraba mucho sueño. Ángel accedió de buena gana, e incluso hubiera estado conduciendo mucho más tiempo

si Alba no se hubiera empeñado en hacerle el relevo, argumentando que no quería que se cansara.

-¿Y tú no te cansas? -le preguntó Ángel.

-Hombre, no estoy muy acostumbrada a conducir muchas horas seguidas –respondió Alba encogiéndose de hombros- Pero si vamos haciendo paradas se me hace mucho más llevadero. Además, tenemos tiempo de sobra para llegar a ese sitio a la hora en que quiero llegar.

Ángel se quedó intrigado con la respuesta de Alba, pero no quiso insistir. Supuso que la hora de llegada formaba parte también de la sorpresa.

Divisaron el mar cuando estaban cerca de la ciudad de Málaga. Ángel se preguntó si sería aquel el final del viaje, pero Alba siguió su camino por la autopista en dirección a Algeciras. A partir de allí fueron bordeando las localidades de la Costa del Sol, sin desviarse en ninguna de ellas.

Salieron de la autopista para tomar un café y hacer uno de los descansos de rigor. Ángel no tomaba café por prescripción facultativa, pues todavía se estaba medicando, pero hacía tiempo que su cuerpo se había acostumbrado a la ausencia de cafeína. Por eso le extrañó que, en cuanto emprendieron la marcha, se adueñara de él un extraño sopor. Y más teniendo en cuenta que hacía más de tres horas que habían comido.

Al principio intentó resistirse a las ganas de echar una cabezada, pero tuvo que desistir y

dejarse llevar. Incluso Alba se dio cuenta y le animó a que durmiera un poco.

-Debe de ser el cansancio del viaje -comentó la chica- Ten en cuenta que hace tiempo que no haces un trayecto tan largo en coche. En tus circunstancias cualquiera estaría agotado.

Ángel casi nunca había sido capaz de dormir dentro de un coche, pero en cuanto echó el asiento un poco hacia atrás se sumió en un profundo sopor. Le pareció que, casi instantáneamente después, volvía a encontrarse en la playa de su último sueño, como si hubiera retrocedido al momento en el que se acercaba a la orilla para alcanzar a la joven que estaba contemplando el mar, de espaldas a él.

En esos momentos dio gracias por su buena suerte, pues tuvo la certeza de que -esta vez sí- tendría la ocasión de ver el rostro de aquella mujer, y confiaba en que fuera la otra Aurora. ¡Cómo anhelaba volver a hablar con ella!

Estaba ya a un par de metros de la joven cuando esta, a diferencia de la primera vez, se dio la vuelta antes de que Ángel le tocara en el hombro. El joven se detuvo, expectante, y cuál fue su sorpresa cuando vio que era Alba, y no la otra Aurora, la que estaba ante él.

Justo instantes después de reconocer a la joven, que se limitaba a mirarle con una ancha sonrisa, escuchó en su cabeza una voz que pudo identificar claramente, y que sí era de la otra Aurora:

“No hace falta que me busques; ya me has encontrado”.

En ese momento se despertó bruscamente dentro del coche. Después de unos segundos de desorientación, miró su reloj. Para su asombro, había pasado más de una hora desde que se acomodó en el asiento para echar un sueñecito.

"¿Cómo puede ser?", se preguntó Ángel, intrigado. "¡Si el sueño no ha durado apenas nada!"

-Espero que hayas descansado bien. Te has echado una señora siesta -observó Alba.

Ángel se frotó los ojos y se desperezó todo lo que pudo dentro del coche. Se sentía tan descansado como si hubiera dormido ocho horas.

-Creo que nunca había dormido tanto en un coche como hoy -comentó Ángel- Y la verdad es que me ha sentado de maravilla. Por cierto, ¿dónde estamos?

-En la provincia de Cádiz -respondió la muchacha- Ya nos queda poco para llegar.

Y, efectivamente, al cabo de media hora llegaron al final del viaje.

-Tarifa -dijo Ángel en cuanto se desviaron de la nacional 340 en dirección al pueblo.

-Sí, este es el final del viaje -dijo Alba, sonriente- ¿Sorprendido?

-Un poco -reconoció él- Este no es el típico sitio de playa.

-¿Habías estado aquí antes?

-No, nunca he estado tan al sur. Ya sabes, yo soy más del norte. Lo único que conozco del Mediterráneo es la costa de Alicante.

-Bueno, aquí estamos justo entre los dos mares: el Mediterráneo y el Atlántico. ¿Te apetece dar un paseo?

-Sí, claro. Gracias a la cabezada de antes, no estoy para nada cansado.

Alba dejó el coche cerca del puerto y se adentraron en la parte vieja de la ciudad. Soplaba un viento constante pero dentro de las calles estrechas apenas se notaba. La tarde estaba ya cayendo, pero aún tuvieron tiempo de meterse en un bar para tomarse el último café del día (descafeinado en el caso de Ángel)

Eran cerca de las 8 de la tarde cuando Alba propuso que fueran hacia la playa, a ver la puesta de sol. Se dirigieron hacia una pequeña lengua de arena que separaba los dos mares: el Mediterráneo, calmado y de un azul claro, a la izquierda; el Atlántico, más oscuro y bravío, a la derecha. La costa africana se recortaba nítidamente al otro lado. El viento soplaba sostenido pero, aunque era algo húmedo y frío, no resultaba desagradable pues iban abrigados. A Ángel le gustaba notar el viento en el rostro.

El cielo tenía muy pocas nubes y estaban lejos del horizonte, así que tendrían ocasión de ver una bonita puesta de sol en el Atlántico. Alba propuso que se acercaran a la orilla de la playa que quedaba justo a la derecha, bañada por las aguas del Atlántico. Se detuvieron cuando estaban a unos diez metros de la orilla, contemplando el horizonte. Ángel se giró para mirar a Alba, que estaba a su izquierda, con el sol del atardecer iluminando su rostro y el pelo

suelto meciéndose al viento, y justo entonces se dio cuenta de lo que sentía por ella.

"Dios mío, estoy enamorado hasta las trancas", pensó, y esa certeza le golpeó como un mazazo.

¿Cómo podía no haberse dado cuenta hasta ahora? La había querido desde la primera vez que la vio, el día que él no pudo ir a trabajar porque estaba con la gripe y ella fue a sustituir a su madre con la limpieza del piso. Alba había estado con él después del accidente, le había escuchado, le había apoyado. Y él había sido muy feliz cada vez que ella iba a visitarle.

"Seguro que todos se habían dado cuenta... menos yo", pensó mientras esbozaba una sonrisa triste.

Alba se percató de que Ángel la estaba mirando de una manera más intensa de lo habitual, y volvió su rostro hacia él.

-¿Qué pasa? -preguntó, un poco azorada.

Ángel sacudió la cabeza negativamente y, sin responder, tomó por la cintura a Alba y la atrajo hacia sí. Ella no se apartó, sino que levantó la cara hacia él y le rodeó el cuello con sus brazos. Como si hubieran estado conteniéndose hasta ese momento, se dieron un beso largo y profundo.

Todavía estaban abrazados cuando separaron sus labios.

-¿Sabes una cosa? -dijo ella.

-Dime.

-Si no me hubieras besado, estaba decidida a declararme ahora mismo, en esta misma playa.

-Entonces… Me alegro de haberme adelantado -dijo él mientras le acariciaba la mejilla, fría por el viento del atardecer- Soy de la antigua usanza y prefiero tomar yo la iniciativa.

Ella sonrió tímidamente y se apretó más contra él.

-Lo tenía pensado desde hace tiempo. Cuando estuve aquí por primera vez, me dije a mí misma que volvería con la persona que fuera más importante para mí. Y aquí estamos -suspiró- No me lo puedo creer…

-Gracias -susurró él, y le dio un beso en la mejilla.

-¿Te gusta este sitio?

-Sí, pero no lo decía solo por eso. Lo digo por todo lo que has hecho por mí… y por lo que todavía estás haciendo.

-No tienes que agradecerme nada. Lo hago porque quiero. Porque te quiero -y le dio un beso en los labios.

Se quedaron un buen rato abrazados. Hubiera parecido que el tiempo se había detenido, si no fuera por el viento que soplaba como queriendo atravesarlos.

-¡Mierda! -exclamó Alba de repente, soltándose del abrazo.

-¿Qué pasa?

-¡La puesta de sol! -exclamó la muchacha con pesar- ¡Nos la hemos perdido!

En efecto, el sol ya había desaparecido por el horizonte, y la tarde estaba dando paso a la noche a pasos agigantados.

Ángel volvió a acercar a la muchacha hacia sí y le susurró al oído:

-No importa.

-Pero yo quería… -comenzó a decir la joven, pero él la interrumpió poniéndole un dedo en los labios.

-Tendremos muchas puestas de sol en los próximos cincuenta años -dijo él.

-Ángel… -acertó a decir Alba, emocionada.

-Volvamos al pueblo -sugirió él- Vamos a buscar un sitio donde cenar. Empiezo a tener hambre.

A la vuelta, caminaron cogidos de la mano. Ángel no recordaba haber sido tan feliz como en ese momento. Los malos momentos parecían muy lejanos en el tiempo; ahora solo recordaba los buenos momentos tras su despertar, toda la buena gente que le había ayudado, y dio las gracias mentalmente a todos ellos. Se dio cuenta de que nunca había estado solo; ahora era consciente de ello.

"No sé si te volveré a ver", dijo mentalmente a la otra Aurora. "Pero, ¿sabes? Ya no me importa. Sé que estás ahí, y para mí es suficiente. Solo espero estar lo bastante atento para que puedas ayudarme a ser mejor persona."

Y, con una amplia sonrisa en los labios, se dirigió con Alba a la parte antigua de Tarifa.

Camijanes, 4 de septiembre de 2009